



*Siempre estuve  
esperándote*

**D.J.57**

**ANDREA MUÑOZ MAJARREZ**

Siempre estuve esperándote

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2018 Andrea Muñoz Majarrez

Ilustración: © 2018 Alvaro García Bilbao

Todos los derechos reservados.

ISBN:198089731X

ISBN-13: 9781980897316

Sello: Independently published.

A Álvaro, a mi madre, a mi familia y a mis amigos, por ese apoyo entre bambalinas, que tan importante es para un escritor.

Dedicado a los tímidos, a los *geeks*, a los amantes de los coches y a los soñadores.

## AGRADECIMIENTOS

A Álvaro por asesorarme en el tema automovilístico.

A tí, lector, por darle una oportunidad a mi novela.

## Prólogo

Dublín, Irlanda, septiembre de 2003.

Empezaba un nuevo curso escolar en el Trinity College de Dublín. Hacía un día soleado, no demasiado frío, y todos los alumnos, tanto veteranos como novatos, se dirigían a las aulas. Hacía dos días que Sophia había llegado al campus desde Nottingham, su ciudad natal. La joven de 18 años era una chica del montón, con curvas, melena pelirroja, y ojos castaños. Hija de padre inglés y madre española, manejaba a la perfección sus dos lenguas maternas.

Se enamoró de Irlanda años atrás, cuando fue de vacaciones allí con sus padres. Le gustó tanto el país, que decidió que quería estudiar y vivir allí en el futuro. Se impuso su meta, y consiguió sacar la nota más alta del último curso en el instituto. Esto le permitió conseguir una beca y ahora estaba allí, en Dublín. Iba a comenzar sus estudios de literatura inglesa, y cuatro años más tarde, estudiaría un máster en literatura comparada. Su sueño era trabajar en la biblioteca del Trinity College, una de las más importantes de Europa. Sophia se alojaba en una residencia de estudiantes dentro del campus, y ya había hecho buenas migas con Esther, su compañera de cuarto.

En esos momentos, se dirigía al aula donde tendría lugar la clase de literatura comparada, ataviada con unos vaqueros, una camiseta negra con el logo de Batman y una sudadera gris. Estaba mirando los robustos y preciosos árboles, que ya empezaban a mostrar sus hojas multicolor, anunciando la próxima llegada del otoño, cuando, de repente, chocó con algo. O más bien con alguien. Cayó hacia atrás debido al golpe, y su trasero aterrizó en el suelo, al igual que su mochila. Sacudió la cabeza y pudo oír la voz de un chico, el sujeto contra el que se había chocado. Alzó la mirada y se quedó perpleja. Delante de ella, un chico alto, rubio, y con los ojos azules le tendía la mano mientras le pedía disculpas, angustiado.

—Perdona, es que no iba mirando hacia delante. ¿Te encuentras bien? Déjame ayudarte a levantarte.

Sophia agarró su mano y dejó que la ayudara a incorporarse. No fue capaz de articular palabra. Estaba fascinada, y notaba cómo su corazón latía sin control ante aquella hermosa visión.

—¿Te has hecho daño? De verdad que lo siento.—dijo el chico,

preocupado.

En ese momento, Sophia volvió a la Tierra, soltando su mano, y sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—No te preocupes, yo tampoco iba mirando por dónde andaba. Además, estoy bien, no me he hecho daño, de verdad. —contestó con una sonrisa, intentando tranquilizarle.

—Me llamo Liam O’Brien. —dijo él tendiéndole la mano de nuevo.

—Yo soy Sophia, Sophia Woods. —contestó nerviosa.

Se estrecharon la mano en forma de saludo. Una vez hechas las presentaciones, se quedaron de pie en el sitio.

—¿En qué curso estás? Yo en primero. —comentó Liam.

—Yo también estoy en primero.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! ¿Y qué estudias?

—Literatura inglesa.

—¡Mola! Yo estoy en Magisterio, pero he cogido algunas asignaturas de literatura. ¿Vas a literatura comparada?

—¡Sí! ¿Tú también? —preguntó Sophia con entusiasmo.

—Sí. —contestó él sonriente.

—Pues ibas en la dirección equivocada. Está por allí.— explicó Sophia señalando el camino que ella estaba siguiendo.

Liam se rio y se dio una palmadita en la frente.

—Menos mal que nos hemos chocado, sino ahora estaría en Medicina o algo así.

Los dos se rieron, y decidieron ir juntos a clase.

A partir de ese día, Liam y Sophia se convirtieron en buenos amigos. Descubrieron que estaban alojados en la misma residencia, así que empezaron a verse todos los días. Con el paso de los meses se volvieron más cercanos, compartiendo confidencias y animadas charlas. Liam le contó que había obtenido una beca deportiva, y que jugaba en el equipo de fútbol de la universidad. Al igual que a ella, le gustaban las películas de ciencia ficción, y los cómics de superhéroes.

Gracias a los latidos incesantes de su corazón, y a las mariposas que revoloteaban en su estómago cada vez que estaban juntos, Sophia descubrió, al poco tiempo, que estaba enamorada de él. Pero de momento, prefería no decirle nada, ya que valoraba mucho su amistad. Congeniaban muy bien, y, de hecho,

Esther, su compañera de cuarto, siempre bromeaba con que algún día acabarían juntos. Sophia se limitaba a sonreír tímidamente, albergando cierta esperanza.

Al poco tiempo de conocer a Sophia, Liam fue a ver a su hermano Aiden, que era tres años mayor que él. Su hermano mayor era alto, con una melena morena corta, que le llegaba por encima de los hombros, cuerpo musculoso de infarto y unos bonitos ojos verdes. Aiden trabajaba como aprendiz de mecánico en un taller en Dublín. Estaba a punto de obtener el título y estaba contento, porque por fin trabajaría en lo que le gustaba.

Su relación con Liam era estupenda, siempre se habían entendido a la perfección. Los dos habían decidido estudiar y vivir lejos de Kinsale, su ciudad natal, al sur del país. Aiden se instaló en la capital tres años atrás, y comprobó feliz que Liam, al igual que él, estaba contento en Dublín. Ambos se habían adaptado bien al cambio, para disgusto de sus padres, que los echaban terriblemente de menos.

Aquel día, Liam fue a ver a Aiden al taller, y cuando este terminó su jornada laboral, se fueron a un pub cercano a tomar unas pintas y a comer algo.

—¿Cómo te va en la universidad?—preguntó Aiden.

—Bien. La verdad es que es genial. Además, he hecho ya amigos. Bueno, más bien, una amiga.

Aiden levantó una ceja y sonrió de forma pícaro.

—Así que una amiga ¿eh? ¿Y qué hay de Sarah?—preguntó.

Sarah era una amiga de la infancia de los hermanos O'Brien. Ambos estaban enamorados de la joven, pero fue Liam quien ganó su corazón. Cuando el noviazgo comenzó, Aiden decidió no compartir con nadie lo que sentía por Sarah, dejando a su hermano el camino libre para que fueran felices juntos. Así que su amor por ella era un secreto.

—¡No es esa clase de amiga! Es una amiga a secas. Y en cuanto a Sarah, bueno, ella ha decidido irse a Londres, así que lo nuestro ha terminado. —aclaró tajante.

—¿Así que ya no hay nada entre vosotros?—preguntó Aiden con cautela.

—No, no hay nada.—contestó Liam, molesto.

Aiden no dijo nada, pero por dentro estaba dando saltos de alegría. Después de muchos años, e incontables esfuerzos por olvidarla, ahora tenía vía libre. Y pensaba aprovechar bien su oportunidad.

—Bueno, cambiemos de tema. Como te decía, he conocido a una chica increíble. Se llama Sophia, y estudia literatura.

—¿Y es guapa?

—Es agradable y super inteligente. La verdad es que me encanta pasar tiempo con ella. Es de las mejores personas que he conocido. Y compartimos un montón de gustos y aficiones. —explicó Liam con entusiasmo.

—Vamos, que es un cardo. —sentenció Aiden.

—¡Joder, Aiden! ¡Tampoco es eso! —exclamó Liam enfadado.

—Es lo de siempre, si lo primero que destacas de alguien es su inteligencia, entonces quiere decir que no tiene atractivo físico alguno.

Liam apretó la mandíbula, molesto. Aiden siempre valoraba el físico por encima de todo. Era uno de sus principales defectos.

—Pues te equivocas. Sophia es atractiva. De todas formas, eres demasiado superficial.

—Claro, como Sarah era horrorosa. —dijo Aiden con ironía.

—¡Eso no tiene nada que ver! —exclamó Liam, indignado.

—Entonces, ¿por qué no sales con ella?

—Porque no es para mí. Es mi amiga, no la veo como una novia. En cambio, creo sinceramente que a ti te pegaría. —respondió mirando a su hermano, pensativo.

Aiden alzó una ceja mostrando incredulidad. Liam tenía unas ideas muy disparatadas.

—Sí, claro. —dijo con sorna.

—Pues sí. Estoy convencido de que, si la conocieras, se te metería en el corazón y no podrías olvidarla.

—Sinceramente, no me interesa. —respondió Aiden con aire cansado.

—Siempre estás saliendo con un montón de chicas guapas, pero al final, no te quedas con ninguna. Eso quiere decir que no te dan lo que realmente buscas.

Aiden prefirió no contarle que eso se debía a que él ya estaba enamorado de Sarah, y que las demás eran meras sustitutas temporales. Este alzó su pinta y decidió hacer un brindis.

—Por Liam, el cupido irlandés. —sentenció burlescamente.

Liam se rio y decidió seguirle el juego.

—Por Aiden, mi hermano cabezota y superficial, pero con un corazón enorme, que espero que algún día encuentre dueña.

Los dos hermanos brindaron y sonrieron. Las mujeres que había alrededor estaban disfrutando de la hermosa vista. Un rubio y un moreno, sumamente atractivos, deslumbrando al local con sus sonrisas.

Mientras tanto, Sophia estaba en su cuarto viendo la película Dieciséis velas del director John Hughes. Era fan de las películas de este director, y de la actriz Molly Ringwald, la protagonista de la cinta. Le encantaba esa película, porque se sentía un poco identificada con la protagonista. Una chica del montón, loca por el guaperas del instituto, que no tiene demasiada confianza en sí misma. No podía evitar pensar en ese momento en Liam, y en que ojalá la vida le diera la oportunidad de conquistarlo. Soñaba con que un buen día, él se daría cuenta de que ella era la mujer de su vida. Sí, quería ser como Molly Ringwald en Dieciséis velas, y tener su propio final feliz.

## Capítulo 1

Dublín, 12 años después.

Era sábado por la tarde, hacía frío fuera, pero Sophia no lo notaba. Estaba en su apartamento, sentada en el sofá, tapada con una manta, y sumergida en las páginas del libro *Agnes Grey*. De vez en cuando, tomaba un sorbo de su taza, llena de té bien caliente, que estaba apoyada sobre la mesilla que tenía junto al sofá. Había leído muchas veces esta novela de Anne Brontë a lo largo de los años, pero nunca se cansaba de esta preciosa historia. Estaba enamorada del señor Weston, de Agnes y de la pluma de la más pequeña de las hermanas Brontë.

Habían pasado muchas cosas en estos doce años. Se había graduado con honores, y había conseguido el trabajo de sus sueños. Empezó a trabajar en la biblioteca del Trinity College como bibliotecaria, y pronto ascendió a encargada. Supervisaba la llegada de los nuevos ejemplares, y comprobaba que las devoluciones estuvieran en orden. Muchas veces, cuando alguien venía buscando un ejemplar concreto, no necesitaba comprobar en el ordenador si estaba o no, simplemente, lo sabía. Su trabajo le encantaba y tenía muy buena relación con sus compañeros. No podía pedir más.

Por otro lado, sus padres habían decidido vender su casa de Nottingham e irse a vivir definitivamente a España. Ambos estaban ya jubilados, y preferían pasar el resto de su vida disfrutando del clima, la gastronomía y el estilo de vida español. Tenían una casa en la sierra de Madrid, cerca de El Escorial, en un hermoso entorno donde tenían todo lo que buscaban. Tranquilidad, naturaleza y ocio.

Lo único que no había cambiado en su vida era su relación con Liam. Habían pasado muchos años desde que ella se enamoró de él, y este nunca había dado señales de un posible sentimiento amoroso hacia ella. Sin embargo, Sophia seguía creyendo que estaban hechos el uno para el otro. Trabajaban en la misma universidad, donde él era profesor de Literatura, así que se veían casi a diario. Seguían compartiendo confidencias y momentos, tanto buenos como malos. Como cuando Liam rompía con alguna de sus novias, y Sophia se convertía en su paño de lágrimas. En alguna ocasión, había intentado olvidarse de su amigo del alma y salir con otros chicos. Pero la cosa nunca funcionaba, porque acababa

comparándolos con él, y todos salían perdiendo.

Estaba totalmente inmersa en la historia cuando sonó el teléfono. Era Liam. Sonrió y descolgó.

—¡Hola! —dijo animada.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué haces? —preguntó Liam, jovial.

—Estaba leyendo un rato. ¿Y tú?

—No hacía nada en particular. Aquí estoy en casa, viendo la tele, pero no ponen nada interesante. Oye, había pensado una cosa. Como mañana me voy a Londres y no nos veremos durante muchos días. ¿Qué te parece si hacemos sesión de cine en tu casa? Podemos encargarnos una pizza, y ver alguna saga ochentera, como Regreso al futuro, por ejemplo. Hace mucho que no la vemos, y me apetece algo de acción. A menos que tengas otros planes, claro.

<<Eso suena muy bien>> pensó Sophia. Ese sábado pensaba quedarse en casa, repantingada en el sofá. Pero la oferta de su amigo era, sin duda, mucho mejor. Además, tenía muchas ganas de verle.

—Me parece un plan estupendo, así que ven cuando quieras. —contestó.

Una hora más tarde, ya estaba Liam en su casa. Sophia, como siempre, tenía el corazón latiendo a mil por hora cada vez que estaba con él. Su amigo llevaba un pantalón vaquero, camiseta blanca ajustada y una sudadera verde. Como en el apartamento hacía calor, este se quitó la sudadera, dejándola colocada sobre una silla. Sophia casi se desmaya al apreciar su torso bien torneado, a través de la ajustada camiseta. Ahora era ella la que tenía más calor.

Una vez llegó la pizza que habían encargado, decidieron empezar la sesión de cine por la primera película de la saga dirigida por Robert Zemeckis. Se sentaron en el sofá, y disfrutaron de los viajes por el tiempo de Marty McFly mientras comían.

—Esto es el paraíso. Una buena pizza, un refresco, un peliulón, y buena compañía. Esto nunca pude hacerlo con Jessica. Odiaba estas cosas. Prefería ir de restaurantes. —se lamentó Liam.

Jessica había sido su última conquista. Una mujer remilgada y borde, con quien había estado saliendo tres meses. Sophia nunca entendió como aguantó tanto.

—Supongo que es difícil encontrar a alguien con los mismos gustos. —comentó Sophia, mirándole.

—Bueno, yo ya la he encontrado. Menos mal que te tengo a ti, Sophia. ¿Qué haría yo sin mi mejor amiga? —dijo él con una dulce sonrisa.

Sophia sonrió tímidamente.

—Entonces ¿ya has superado lo de Jessica? —preguntó ella.

—Sí, ya pasó el mal trago. No he vuelto a saber de ella, ni quiero. No

entendiendo como fui tan estúpido, la verdad.

—Bueno, era muy guapa. —comentó Sophia.

—Sí, eso es cierto. Y tenía un cuerpo de infarto. Pero eso es solo el exterior, Sophia. Si dentro no hay nada, entonces, no merece la pena. Era insoportable, no toleraba nada. Y resultó ser muy egocéntrica. Además, no me gustaba la forma que tenía de tratarte. Para mí, tú eres muy importante, y quien esté conmigo, debe aceptar que eres mi amiga, y que eso será así siempre. No permitiría que nadie te arrinconara por nada del mundo. —sentenció.

Sophia sentía que se iba a derretir en ese mismo instante. Las palabras de Liam le habían llegado al corazón. No sabía si era posible quererlo aún más.

—Gracias. —dijo ella un poco emocionada.

Liam la miró, sonrió, y en un abrir y cerrar de ojos, la estaba estrechando entre sus brazos. Sophia se quedó paralizada, y entonces notó que la fuerza la abandonaba. ¿Se estaría derritiendo ya?

—Es que eres monísima, Sophia. Eres tan adorable que siempre tengo ganas de achucharte. ¡Ay, mi preciosa Sophia! —se separó de ella, y la agarró por los hombros. —Estoy convencido de que algún día, conocerás a un tipo maravilloso, que se volverá loco por ti. Pero antes, tienes que presentármelo, que tengo que darle el visto bueno. —advirtió en tono paternal.

Sophia se rio.

—Sí, claro. ¿No has visto la cola de hombres que hay en la puerta, esperando salir conmigo?

A Liam no le hizo ninguna gracia el comentario, y se puso serio.

—Te he dicho mil veces que dejes de menospreciarte. Me voy a acabar enfadando. —advirtió.

Sophia suspiró.

—Lo siento, pero es la verdad. Soy un ente invisible. —afirmó.

—No, el problema es de los demás. Porque habría que estar completamente ciego para no enamorarse de ti. Eres maravillosa, Sophia, y debes convencerte de ello de una vez. Todo llega, te lo digo yo. Y el hombre de tu vida está ahí fuera, esperándote.

Liam le dio un beso en la mejilla, y volvieron a centrar su vista en la película.

Sophia se lamentaba. Por mucho que se pusiera delante, por mucha cercanía que tuvieran, a pesar de que él la valoraba, no parecía que tuviera intención de dar un paso más. Bueno, debía ser paciente. Era mejor tener su amistad. Algún día reuniría el valor para confesarle lo mucho que lo quería. Todo llega, como

decía él. Eran solo amigos. De momento.

Aiden estaba en su casa, terminando de arreglarse para su cita de esa noche. Seguía conservando su melena corta, su cuerpo de infarto, y se había dejado crecer el bigote y la barba. Tenía siempre un aspecto arrollador y sensual, que hacía que no le resultara difícil ligar.

Había quedado con una de sus últimas conquistas. Se llamaba Holly y era modelo. Una mujer rubia, alta, con unos bonitos ojos azules, y un cuerpo escultural. Se veían de vez en cuando para cenar o comer juntos, y pasar un buen rato en la cama. No era una relación seria. Eran amigos con derecho a roce. Aiden no quería compromisos.

Doce años atrás, había viajado a Londres para ver a Sarah. Hablaron de su ruptura con Liam, mientras ella lloraba desconsoladamente entre sus brazos. Al final, acabaron haciendo el amor, y Aiden sintió durante esos momentos que estaba en el paraíso. Pero Sarah, arrepentida, le dijo que aquello había sido un error, que se había sentido vulnerable y había buscado consuelo en el contacto físico.

A Aiden, al principio, le dolió. Sin embargo, decidió que era mejor esperar y mantenerse cerca de ella como amigo, esperando su momento. De esta forma, habían mantenido el contacto casi a diario en los últimos años, y Sarah confiaba en él más que en nadie.

En cuanto al tema laboral, le había ido mucho mejor, y había conseguido abrir su propio taller, *O'Brien Garage*<sup>[1]</sup>. Al principio le costó levantar el negocio, pero el esfuerzo y el sacrificio dieron buenos resultados. Había conseguido incluso ahorrar para poder, en unos meses, comprar su propia casa. En ese aspecto, todo marchaba bien, no tenía queja.

Sonó el teléfono justo en ese momento. Era Sarah. Dibujó una amplia sonrisa, y notó cómo su corazón latía emocionado.

—¡Hola!

—¿Cómo estás? ¿Te pilló en un mal momento? —preguntó Sarah.

—No, aunque estaba a punto de salir, pero tengo tiempo. ¿Qué te cuentas? —dijo mientras se ponía la chaqueta.

—Bueno, quería contarte que Trevor y yo hemos terminado definitivamente. Como bien me dijiste, era un capullo. —suspiró hastiada—. Debí haberte escuchado.

Aiden sonrió, levantando el puño en señal de triunfo. Daba gracias porque su amiga no le estuviera viendo celebrar su ruptura.

—Estas cosas pasan, no te martirices. —comentó.

—Ya, bueno. He tomado la decisión de no liarme con nadie por un tiempo. Prefiero estar sola, a lo mío, y no entregarme. Estoy harta de que me engañen.

Así que, periodo de soledad. —sentenció, convencida.

—No me parece mala idea. Pero tampoco te cierres. Puede que el hombre de tu vida esté más cerca de lo que crees. —dijo él, insinuante.

Sarah se rio.

—Sí, claro. Lo que tú digas. Oye, ¿y tú cómo vas de amores? ¿Sigues viéndote con Holly o has cambiado de novia? —preguntó con tono severo.

Aiden puso un gesto de malestar.

—No, sigo con Holly. Oye, ¿a qué viene ese tono tan serio? Parece que esté cometiendo un crimen.

—No te enfades, anda. Es que, me gustaría que sentaras la cabeza, eso es todo, Aiden. No me gusta que vayas saltando de un lado a otro, sin rumbo. Me alegraría mucho que conocieras a alguien, que te enamoras. Es una experiencia maravillosa. Aunque a veces no salga bien.

Él suspiró molesto.

—Ya sabes que no creo en esas cosas—dijo intentando parecer un tipo duro—. Hace tiempo que decidí que solo me entregaría a una persona. Pero esta pasa de mí, así que nada. O con ella, o con nadie.

Sarah frunció el ceño.

—Ojalá algún día me dijeras quién es, porque la cantaría las cuarenta por haberte hecho daño. Siempre te digo lo mismo, debes dejar eso atrás y mirar hacia adelante. Presiento que te estás perdiendo algo importante.

Aiden decidió no seguir la conversación. No quería acabar haciendo una confesión de amor, que en esos momentos sería inútil. Sarah no pensaba en él como algo más que un amigo. Necesitaba vaciar su mente.

—Bueno, tengo que dejarte, Holly me espera. Hablamos pronto ¿de acuerdo?

—Está bien. Cuídate y pásalo bien. —dijo ella, alegre.

—Adiós, un beso.

Aiden colgó, respiró hondo y terminó de arreglarse. Esa noche podría olvidar a Sarah por unas horas. Tomó la decisión hace años, y no iba a cambiarla. Solo la quería a ella. Era la única con la que quería pasar el resto de su vida. Pero ella no tenía interés alguno. Solo eran amigos, ella siempre lo recalca. A pesar de que él era atrevido a la hora de ligar, nunca era capaz de sincerarse con ella, y declararse. Esperaba reunir el valor algún día, y que la cosa saliera bien. Pero ahora, no tenía fuerzas para ello.

## Capítulo 2

Una semana después.

Eran las 7 de la mañana, y la ciudad despertaba con un sol radiante. Dublín empezaba a desperezarse, y comenzaba su actividad. Era un día casi primaveral, a pesar de que aún era febrero. Hacía un poco de frío, pero Aiden apenas lo notaba. Su cama estaba aún caliente, gracias a una hermosa acompañante que dormía a su lado.

Ese día debía prepararse para abrir el taller. Por ello, y a pesar de que estaba muy a gusto, se levantó y se dirigió al baño para adecantarse. La chica, que estaba tumbada en la cama, se despertó, y empezó a vestirse. Al rato, ya estaban los dos desayunando, pero Aiden se marchó rápidamente, despidiéndose de su amiga. No sabía si volverían a verse. Todo dependería de las ganas que tuvieran los dos de volver a encontrarse.

Mientras tanto, muy cerca de allí, Sophia desayunaba en un café cercano junto a su vecina y mejor amiga, Susan, que le estaba contando su cita de la noche anterior.

—Era guapísimo, Sophia. ¡Qué ojos! ¡Y menudo trasero! —explicaba gesticulando de forma exagerada—. Pero, luego a la hora de hablar, la verdad es que no era gran cosa. —afirmó.

—Y si no hablasteis. ¿Entonces qué hicisteis?

Susan le dedicó una mirada pícara.

—¿Tú qué crees?—preguntó, sonriente.

Sophia empezó a reírse, imaginando lo que su amiga quería decir.

—¡Pero si acababas de conocerle! —exclamó, sorprendida.

—¿Y? Pero estaba buenísimo, nena. Y las oportunidades hay que aprovecharlas.

Sophia tomó un sorbo de su café, mientras negaba con la cabeza. Desde luego, Susan era de ese tipo de personas que no perdían el tiempo.

—Entonces, ¿volveréis a veros?

—No lo creo. Además, la semana que viene ya tengo otra cita. —explicó Susan.

—Vaya, aquí el que no corre, vuela. —comentó Sophia divertida.

—Por cierto, ¿tú para cuando vas a empezar a tener citas? —preguntó su amiga.

Sophia negó con la cabeza.

—Yo ya tengo el corazón ocupado.

—Sí, claro, eso está muy bien. Si no fuera porque ese alguien que ocupa tu corazón, sólo te ve como una amiga. —dijo Susan sin delicadeza alguna.

—Bueno, es que aún no se ha dado cuenta de que yo puedo ser algo más que una amiga. —explicó Sophia, convencida.

—¿En serio esperas que después de doce años se dé cuenta? —preguntó Susan, incrédula.

—En la película Cuando Harry encontró a Sally tardaban muchos años en enamorarse. —contestó Sophia para defenderse.

—Sí, estamos hablando de Meg Ryan, es una actriz que hizo esa peli, muy buena, por cierto, pero no nos vale el ejemplo. ¿Por qué no se lo dices de una vez? —preguntó su amiga, molesta.

—Porque no está en Dublín ahora. —contestó Sophia.

—Bueno, pues cuando vuelva se lo dices de una santa vez. Me parece una tontería que estés esperando. Es mejor que te diga si o no, y así puedes pasar página.

Liam había viajado a Londres hacía una semana, para dar una serie de conferencias en el King's College, y regresaría a Dublín ese mismo día. En su último mensaje, este le había dicho que tenía algo importante que contarle. Desde entonces, Sophia se pasaba el día suspirando y sonriendo como una tonta, imaginando de qué podría tratarse el asunto. A lo mejor, por fin, se había dado cuenta de lo mucho que la echaba de menos, de que era el amor de su vida, y de que no podía vivir sin ella. Y entonces se imaginaba un escenario de película, con ellos dos de protagonistas, besándose bajo la lluvia, mientras sonaba la canción *Everything I do* de Bryan Adams de fondo.

Mientras su imaginación volaba lejos, Susan le hizo volver a la Tierra, recordándole que eran casi las 8 y que debía irse a trabajar. Las dos salieron de la cafetería, y se fueron a sus respectivos trabajos. Susan se dirigió a la peluquería que regentaba con su hermano Richard. Mientras, Sophia se subió a su Nissan Micra y puso rumbo al Trinity College.

A la hora del almuerzo, revisó su móvil y se dio cuenta de que tenía un mensaje de Liam. Acababa de llegar a Dublín, y quería que se vieran esa misma noche.

—¿Y qué crees que querrá decirte?—preguntó su ayudante Fiona, que siempre solía almorzar con ella.

—Pues no lo sé. Aunque tengo una sospecha. —respondió Sophia,

sonriente.

—Cuenta, cuenta. —la instó Fiona.

Sophia miró a un lado y a otro, como si se tratara de un asunto de alto secreto.

—Creo que se va a declarar.

Fiona alzó una ceja en señal de incredulidad.

—¿Tú crees?

—Vamos, Fiona. Y si no ¿qué es entonces?

—No sé, a lo mejor se muda o ha conseguido trabajo nuevo. O le ha tocado la lotería. —contestó su ayudante, encogiéndose de hombros.

Sophia puso los ojos en blanco.

—Esas cosas no hace falta decirlas en persona.

—También es verdad. Bueno, tú espera a ver, y no te hagas ilusiones. A ver si te vas a llevar un chasco. —la advirtió.

Sophia parecía no haber escuchado esto último, porque dijo:

—Tengo que pedir hora en la peluquería, y comprarme un vestido. Tengo que estar deslumbrante. ¡Va a ser perfecto! —dijo, ilusionada.

Fiona no dijo nada. Ya era tarde. Su jefa se había hecho ilusiones, y nadie podría bajarla de las nubes.

Aiden se marchó al aeropuerto, dejando a su compañero Tim a cargo de todo. Llegó a la terminal justo a tiempo y no tuvo que esperar mucho. Los pasajeros comenzaron a salir por la puerta correspondiente, y vio a Liam enseguida. Este, al verle, sonrió mientras caminaba hacia donde él estaba, empujando el carro lleno de maletas. Pero no venía solo.

Cuando Aiden vio a Sarah, casi se desmaya allí mismo. Liam y ella caminaban juntos. Parecían dos novios de catálogo, risueños y sonrientes. Un escalofrío le recorrió la espalda en ese momento. Los dos le saludaron efusivamente. Aiden sentía como los latidos de su corazón se descontrolaban al tener a Sarah delante, y luchó con todas sus fuerzas por no abrazarla y besarla como él quería. Su amiga llevaba un abrigo largo, pero se podían entrever sus bonitas piernas, enfundadas en medias negras, con zapatos de tacón del mismo color. Su larga y oscura melena iba suelta, y sus ojos azules desprendían una luz especial. Los tres se fueron a casa de Liam, y cuando ya dejaron el equipaje, ambos decidieron hacerle partícipe de una importante noticia.

Después del trabajo, Sophia fue a la peluquería de Susan y Richard. Les pidió que le hicieran ese peinado tan bonito, con suaves rizos que daban volumen a su melena pelirroja, y que le pusieran ese maquillaje que le hacía

parecer una estrella de cine. Sus amigos estaban encantados, porque Sophia no solía arreglarse tanto. Cuando Richard le preguntó el motivo de tal cambio, esta dijo emocionada:

—Creo que esta noche, voy a decir adiós a la soltería.

Richard abrió la boca dramáticamente, mientras la peinaba.

—¿Y eso también quiere decir que perderás las bragas?

Una de las clientas que estaba sentada en la silla de al lado, a la que le estaban secando el pelo, se echó a reír.

—Richard, tú siempre tan romántico. —dijo Sophia riéndose.

—Nena, es que ya es hora de que pierdas un poco la cabeza y hagas locuras. ¿Recuerdas aquella novela que leíamos juntos? Esa tan erótica. Pues debes hacer lo mismo. ¡Desmelénate! ¿De quién hablamos?

—Del de siempre. —soltó Susan con aire cansado, mientras peinaba a otra clienta.

—¡Oh, Liam! ¡Nena, está de toma pan y moja! A ese sí que le enseñaba yo cosas eróticas. Aunque mi Julian se pondría celoso. —advirtió.

Sophia sonrió risueña. Sí, ella también había pensado en hacer muchas cosas con Liam. Él era el protagonista indiscutible de sus sueños más eróticos y románticos.

—Así que por fin se va a decidir. —dijo Richard, entusiasmado.

—Sí, bueno, no está confirmado. Pero casi. —comentó Sophia, emocionada.

Richard puso una mueca de preocupación.

—Pero ¿estás segura? Mira que como luego no sea eso...

—¡Lo será! Le conozco bien. —respondió Sophia, tajante. No quería ni pensar en que fuera otra cosa. Ahora no pensaba perder la esperanza.

Richard apoyó sus manos en sus hombros, se acercó a ella, mirándola en el espejo y dijo:

—Entonces, vamos a hacer que ese hombre caiga rendido a tus pies. ¡Déjame a mí!

Sophia se puso en manos de su amigo. Era quien mejor sabía lo que le quedaba bien, y siempre conseguía sacarle un enorme partido a su atractivo.

Cuando terminaron, Sophia llevaba el pelo rizado con volumen, los ojos pintados con un *eyeliner* negro y sombra de ojos color arena, y los labios pintados en un tono rosa suave. Estaba preciosa, y sonrió al mirarse en el espejo. Después, fue a la tienda de ropa que había justo al lado, que tenía unos vestidos muy bonitos. Compró uno de color azul marino, sin mangas, con escote en forma de uve, ajustado a la cintura, y con una falda con vuelo, que estilizaba su figura.

Una vez estuvo lista, acudió al lugar de la cita, que no estaba muy lejos de allí. Habían quedado en Barnaby, el restaurante favorito de Liam, donde servían comida internacional. A Sophia le gustaba ese sitio, porque se comía muy bien. Además, era de los pocos restaurantes donde servían comida española, que le encantaba. Aunque no estaba tan buena como la que preparaba su madre o su abuela materna.

Entró en el restaurante, y enseguida vio a Liam, que estaba sentado en una de las mesas situadas al fondo del local, junto a una ventana. Se dirigió hacia donde él estaba y al acercarse cada vez más, se dio cuenta de que no estaba solo. Había una preciosa mujer sentada a su lado. De repente, Sophia sintió una pequeña sensación de inseguridad, pero al recordar el trabajo realizado por Richard y sus ánimos, decidió sacudir la cabeza, y expulsar el miedo de sus pensamientos.

Finalmente, Sophia llegó a la mesa con una sonrisa en su rostro. Tanto él como la mujer se levantaron para saludarla.

—Sophia, esta es Sarah, mi amiga de la infancia. Sarah, esta es Sophia, mi mejor amiga. —explicó Liam, haciendo las presentaciones.

—Encantada. —dijo Sarah con una resplandeciente sonrisa.

Sophia casi se deslumbra con el brillo que desprendía. De repente, se sintió diminuta y muy nerviosa.

—Por cierto, estás genial con ese vestido, Sophia. —comentó Liam, sonriente.

—Gracias. —contestó ella tímidamente, mientras los tres se sentaban.

Sophia empezó a observarlos discretamente. Se dio cuenta de que ambos estaban sentados muy cerca, y comprobó que estaban agarrados de la mano. Esto empezaba a no gustarle. Se acomodó en la silla, intentando no perder la calma.

—¿Y qué tal ha ido todo por Londres? —preguntó Sophia centrando su atención en Liam.

—Bien, bueno, mucho trabajo, todo el día de arriba abajo, pero ha sido genial. —contestó él, jovial.

Sophia asintió. Se fijó de nuevo en Sarah. Recordaba que, en alguna ocasión, Liam la había mencionado, pero no tenía más detalles.

—¿Y tú donde vives, Sarah? —preguntó intentando mostrarse amable.

—Vivo en Londres desde hace 12 años. Allí estudié Derecho. Y bueno, ahora quiero volver a casa, después de tantos años fuera. Creo que ya es hora. —dijo mirando a Liam con ternura. Él respondió su gesto sonriéndola embelesado.

Sophia notaba cómo su pulso se aceleraba y en ese momento, un escalofrío le recorrió la espalda.

—Bueno, imagino que te estarás preguntando de qué va la noticia que tengo

que darte ¿verdad? —comentó Liam, mirándola. Sophia sentía curiosidad, pero el miedo le agarrotó los músculos. No dijo nada, y prefirió que Liam desvelara el misterio. —Pues bien. Quiero anunciarte que Sarah y yo nos casamos en dos meses.—dijo él, triunfal y sonriente.

El tiempo, el espacio, y el universo entero se detuvieron en ese instante. Sophia lo miró como si hablara una lengua extraña que ella no comprendiera. No podía ser verdad, debía ser una broma.

—¿Qué? —dijo casi sin darse cuenta.

—Verás, cuando viajé a Londres me encontré casualmente con Sarah. Fue algo increíble. Después de unas horas charlando y recordando los viejos tiempos, nos dimos cuenta de que esa llama que surgió hace años, aún seguía viva. Y bueno, es mejor no perder el tiempo cuando has encontrado a tu alma gemela. Así que hemos decidido casarnos. —explicó Liam, risueño y emocionado.

De repente, Sophia sintió un enorme dolor en el pecho. Era su corazón, que se estaba rompiendo en mil pedazos. Notó también una sensación de tristeza enorme, y tenía miedo de romper a llorar en cualquier momento. Quería levantarse, y alejarse de aquellos dos tortolitos enseguida, pero su cerebro actuó rápidamente. Le recordó que debía actuar como la buena amiga que era, en vez de convertirse en la reina del drama delante de ellos, porque sería patético y humillante. Ya tendría tiempo de llorar su tragedia más tarde. Así que se irguió, tragó saliva y les sonrió.

—Enhorabuena. —dijo intentando contener el nudo que ya tenía en la garganta.

—Gracias. —contestó Sarah, sonriente.

Para colmo, celebraron su felicitación con un beso, ahí delante de sus narices. Sophia agachó la mirada. Se sentía miserable y estúpida. Necesitaba pensar y decidió ausentarse, aunque fuera solo un minuto.

—Disculpadme un momento, voy al baño.

Los dos siguieron allí como si nada, mientras Sophia llegaba al aseo. Allí se apoyó en un lavabo y se miró en el espejo. Respiró hondo, intentando luchar contra sus ganas de gritar, llorar y patalear. No podía seguir allí y cenar con ellos como si nada. Así que, decidió inventarse una excusa y librarse de pasar un mal trago.

—Lo siento, chicos, tengo que marcharme, ha surgido una emergencia. —dijo mientras cogía su bolso, que estaba apoyado en la silla.

Los dos la miraron extrañados y preocupados.

—¿Va todo bien? —preguntó Liam.

—Sí, es sólo que el vecino de arriba ha inundado mi piso. Según me ha dicho Susan, parece Venecia—explicó, algo nerviosa—. Así que tengo que irme.

¡Nos vemos!

Dicho esto, se marchó, y Liam y Sarah volvieron a disfrutar de su mutua compañía, ignorando el efecto devastador que su noticia había provocado en Sophia. Salió del restaurante, y nada más pisar la calle, empezó a llorar. Caminaba a grandes zancadas en dirección a su casa, mientras las lágrimas inundaban sus ojos. Estaba enfadada y triste.

Por su mente cruzó la imagen de la perfecta Sarah, con su sonrisa, sus ojos, su cara, su cuerpo, su pelo. Todo el conjunto, sin un solo defecto. La odiaba con todas sus fuerzas, no podía evitarlo. Por ser lo que ella no era, la novia de Liam. Y luego pensó en él, odiándole incluso más que a ella. Había estado 12 años a su lado, en lo bueno y en lo malo. Esperando su momento. Esperando a que él finalmente se diera cuenta de que ella era su media naranja. Porque lo era, de eso estaba segura. Conocía cada uno de sus defectos y cada una de sus virtudes.

Pero no, al final se queda con la amiga de la infancia, que ha pasado de él durante años. La vuelve a ver una tarde y ya está. Decide casarse con ella, sin pensarlo. Había sido una estúpida. No sabía nada del amor, por muchos libros de novela romántica que leyera. No había sabido leer las señales, que claramente le indicaban que Liam no era para ella. Que él prefería a mujeres altas, guapas y perfectas. Ella, que era bajita, algo gordita y del montón, no tenía ninguna oportunidad. Por mucho maquillaje que se pusiera.

Llegó a casa. Al mirarse en el espejo de la entrada, comprobó que parecía un oso panda, con todo el *eyeliner* corrido. <<Necesito chocolate y comida basura en grandes cantidades, que los disgustos te hacen perder energía>>, pensó. Abrió la nevera. Esta estaba prácticamente vacía, y tampoco había dulces en ninguna de las estanterías de la cocina. Pensó un minuto, y enseguida encontró la solución. Iría al pub de McNeal, que estaba en la calle de al lado. Ron McNeal y su mujer Karen hacían unos postres de chocolate increíbles. Y allí que se dirigió.

Sentado en el sillón de su apartamento, Aiden reproducía en su cabeza, una y otra vez, lo que le había dicho su hermano.

<<Nos casamos en dos meses.>>

Entonces pensó en su Sarah. Porque era su Sarah desde que la vio por primera vez hace casi 25 años. Sus miradas se encontraron aquel día de verano, en el que la familia de ella se acababa de mudar a una casa al final de la calle. Sarah entonces tenía 6 años, y él 9. Desde ese día se volvieron inseparables, hasta que se distanciaron en la adolescencia. En esa etapa, Aiden salió con otras chicas, pero con el tiempo se dio cuenta de que nunca podría querer a otra, porque estaba enamorado de Sarah.

Sin embargo, ella empezó a acercarse a Liam y acabaron saliendo juntos. Aiden ocultó su dolor e intentó olvidarla por todos los medios. Ahora que parecía que tendría una oportunidad, su hermano volvía a interponerse en su camino. A pesar de que lo quería, no podía evitar odiarlo.

Necesitaba tomar algo, y olvidarse del asunto durante un rato. Se levantó del sillón, cogió su chaqueta y salió por la puerta. A los pocos minutos, Aiden llegó al pub de McNeal, lugar que solía frecuentar con sus amigos. Normalmente se pedía algo para comer y una cerveza, pero esa noche necesitaba algo fuerte, que le hiciera olvidar el dolor que estaba sintiendo en ese momento.

Se sentó en una de las mesas con sofá que había en el local, y el señor McNeal le sirvió un vaso de whisky con hielo. Tomó un sorbo, y notó como la bebida le calentaba la garganta. Suspiró hastiado, mirando al vacío con pesar. De repente, oyó un sollozo. Giró la cabeza, y vio a una mujer sentada en la mesa de al lado.

Estaba hecha un desastre. Llevaba el maquillaje corrido, el rostro lleno de lágrimas, moqueaba, y tenía hipo. Sobre su mesa, había dos platos con sendos trozos de tarta de chocolate recubierta de nata. La mujer comía sin parar. Daba la impresión de que no había comido en días. Aiden no pudo evitar sentir pena por ella, era la tristeza personificada. Aunque él estaba hecho polvo, decidió acercarse a ella, por si podía ayudarla.

—Disculpe, ¿se encuentra bien? —preguntó él con delicadeza.

Sophia dejó de comer y lo miró.

—No. —respondió con tristeza, sorbiéndose la nariz.

A Aiden le sorprendió la sinceridad de aquella mujer. Ahora sentía curiosidad.

—¿Qué le ocurre?

Ella se secó las lágrimas como pudo.

—Me han roto el corazón. —contestó con pesar.

Aiden se sintió totalmente identificado. Parece ser que aquella noche no era el único al que le habían destrozado el corazón. Odiaba el hecho de pasar ese mal momento solo, así que dijo:

—¿Puedo sentarme con usted?

Sophia lo miró de nuevo. Se dio cuenta de que era un hombre muy atractivo. Le recordaba al actor Clive Standen, que hacía el papel de Rollo en *Vikings*, una de sus series favoritas. Decidió que la compañía no le vendría mal. Así podría hablar con alguien que no le soltara un <<Te lo dije>>.

—Claro, adelante. —respondió asintiendo.

Aiden se sentó en una silla que había colocada al otro lado de la mesa,

frente a ella.

—Pues debo decirle que ya somos dos. A mí también me han roto el corazón. —afirmó él sosteniendo su vaso de whisky en la mano.

Sophia se quedó sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí. Después de años queriendo a la misma persona, esperando a que surgiera la oportunidad, va y me deja por otro.

—¡A mí me ha pasado lo mismo!—exclamó Sophia llevándose la mano al pecho.

—Esto del amor es un asco. —sentenció Aiden, decepcionado.

—Y que lo diga. —Sophia terminó de secarse las lágrimas con una servilleta. —Yo he estado enamorada de él doce años, desde la universidad. Siempre fui su paño de lágrimas. Cada vez que una de sus novias le abandonaba ¿Quién estaba ahí? ¡Yo! Como una tonta. Le abría la puerta, aunque fueran las dos de la madrugada. ¿Y cómo me agradece mi entrega y mi cariño? ¡Casándose con otra! Más alta, más guapa y más todo que yo. —explicó, indignada.

—Lo mío es peor. Yo he estado enamorado de ella desde la infancia. Siempre a su lado. Aguantando incluso que se liara con mi hermano. ¡Y va la tía y se va a casar con él! ¡Yo soy mucho mejor que él! Tengo mi propio negocio, soy más alto, y más guapo. No es que lo diga yo, lo dice la mayoría de la gente. —afirmó él.

—Sí, la verdad es que eres un bombón. Todo un partidazo. —dijo Sophia con sinceridad, intentando consolarle.

Aiden se sentía derrotado e infeliz. Y notó como unas lágrimas surcaban sus mejillas. Hacía años que no lloraba. Y menos delante de nadie. Sophia, al verlo, sintió una enorme ternura. Decidió que ya había comido demasiado azúcar, así que le ofreció un trozo de tarta.

—Toma, creo que lo necesitas más que yo. —dijo ofreciéndole su cuchara.

Aiden la miró, sonrió y se secó las lágrimas. Había tenido suerte esa noche. Había encontrado a una persona agradable con la que conversar. Al menos, no se sentía tan solo.

—Gracias. —dijo cogiendo la cuchara que le ofrecía. Tomó un trozo de tarta, y disfrutó como nunca. Estaba deliciosa.

—Mis amigos me estuvieron advirtiendo durante años. Siempre me decían que él sólo me veía como una amiga, pero yo siempre ponía excusas. No quería aceptar que él nunca me querría. Y después de tantos años de espera, me siento agotada.

—Es normal. Es agotador tener esperanzas. Cuando te das cuenta de que todo es un asco, y que al final no ha servido para nada, te sientes derrotado.

—Sí. Incluso he ido a la peluquería y me he comprado este vestido para impresionarle. —suspiró. —Soy tan estúpida. —se lamentó.

Aiden la observó bien. Sí, el vestido era bonito, y si no fuera porque el maquillaje estaba corrido, juraría que habían hecho un buen trabajo. Era una mujer atractiva, sin duda.

—No eres estúpida. Simplemente estás enamorada, y cuando uno quiere a alguien, hace lo que sea por verle feliz.

—Ya. A mí me da risa cuando dicen eso de que si amas a alguien deseas su felicidad, aunque sea al lado de otro. Pues yo ahora mismo no le deseo felicidad, precisamente.

—Ni yo tampoco. Pero supongo que eso se dice para que no te amargues. Sólo espero que pueda pasar el mal trago rápido. Estoy deseando que llegue la boda y así perderlos de vista. ¿Sabes lo más divertido? Que me han pedido que sea el padrino.

Sophia abrió la boca de la impresión.

—¡No!

—¡Sí!—respondió Aiden metiéndose otro trozo de tarta en la boca.

—Eso es una faena. ¡Es injusto! Parece que quieren restregártelo. —comentó ella, indignada.

—¡Lo sé! Es como, oye, que me habéis roto el corazón, pero vamos, que podéis hacer que camine sobre fuego o algo así, que no me importa un poco más de dolor.

—¡Sí! Eso es tortura. Deberíamos llevar el caso al tribunal de Derechos Humanos, por crímenes contra los corazones rotos.

Los dos se miraron y no pudieron evitar partirse de risa. Sus carcajadas eran tan sonoras, que todo el pub los miró. Ambos sintieron que su carga era menos pesada. Habían sido capaces de reírse de su desdichada situación. Todo un triunfo.

Después de terminar de comer la tarta entre los dos, decidieron que ya era hora de marcharse y volver a la realidad. Salieron del pub, y se quedaron de pie delante de la entrada.

—Bueno, ha sido un placer. Pensaba que pasaría este mal trago solo. Me ha alegrado mucho conocerte. Aunque no sé ni tu nombre. —comentó él.

Sophia sonrió.

—Me llamo Sophia.

—Yo, Aiden. —replicó él.

Se estrecharon las manos, y a continuación, decidieron despedirse.

—Gracias por escucharme. Ha sido genial. Al menos me ha levantado un poco el ánimo.—afirmó Sophia.

—Sí, a mí también. —respondió él.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos. Finalmente, Sophia dijo:

—Bueno, pues, buenas noches.

—Buenas noches. —respondió Aiden, sonriendo tímidamente.

Cada uno se fue por un lado. Sophia ahora había dejado de llorar, y estaba decidida a meterse en la cama, y descansar después de un día tan difícil. Ahora sólo le quedaba asimilar todo lo que había sucedido, y hacer su mayor esfuerzo por superarlo. Aiden le había caído bien, parecía un buen tipo, y le había salvado de atiborrarse de chocolate en soledad. En ese momento, él pensaba lo mismo. Había sido genial compartir su dolor con alguien que se sentía igual que él. Parece ser que los corazones rotos abundaban, y se sentía algo mejor que antes. Ahora tocaba superar la situación de la mejor manera posible. Se tumbó en la cama, e intentó dormirse rápidamente. Sólo esperaba no volver a soñar con Sarah, porque ni siquiera en sus sueños sería alcanzable.

## Capítulo 3

Dublín, un mes más tarde.

Era un precioso y soleado sábado primaveral, y Sophia estaba haciendo limpieza general en su piso. Siempre aprovechaba los fines de semana para hacer esta tarea, porque era cuando más tiempo tenía. Había transcurrido un mes desde que Liam le había contado la noticia. Sus amigos fueron los primeros en saber lo que había sucedido, y a pesar de que, durante mucho tiempo, le advirtieron de que algo así podía pasar, prefirieron no machacarla, y no se volvió a hablar del tema.

A lo largo de ese mes, se dedicó a intentar olvidar sus penas haciendo lo que más le gustaba. Ir al cine, leer, salir con sus amigos. También se dio algún capricho. Compró un conjunto de figuras Funko Pop de los protagonistas de la película *Cristal Oscuro*, además de la colección completa del manga *Lovely Complex*<sup>[2]</sup>, uno de sus favoritos. Ya que tenía el corazón roto, al menos leer una historia de amor tan divertida la animaría un poco.

A pesar de que no habían vuelto a verse, Liam solía mandarle mensajes casi todos los días. Le contó que la boda se celebraría en Kinsale, ya que casi todos sus familiares y amigos vivían allí. También le dijo que su papel en la ceremonia iba a ser esencial, porque ella sería uno de los testigos. Es decir, que estaría en primera fila, contemplando el espectáculo. No podía ser peor.

A pesar de que ya le daba igual conquistar a su amigo del alma, Richard y Susan insistieron en que un día debían ir de compras, para renovar su vestuario con ropa atrevida y provocativa. Según ellos, necesitaba desmelenarse un poco y mostrarse tentadora, para que Liam se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo. Aunque no tenía el menor interés en el tema, pensó que no sería tan mala idea. Al menos pasaría un rato divertido, y se compraría algún vestido para la boda. Así que, finalmente, quedaron en verse dentro de una semana, para recorrer tiendas y comprar ropa nueva.

Esa noche había quedado con Liam y su prometida para cenar en Barnaby. Su amigo le dijo que su hermano los acompañaría durante la cena. Por fin conocería a un miembro de la familia de su amigo del alma, después de tantos años de amistad. Le consolaba el hecho de pensar que, al menos, no pasaría el mal trago sola.

No le gustaba la idea de volver a ver a la pareja ideal, pero no le quedaba otra. Era un compromiso ineludible que le fastidiaba sobremanera. Aún no se sentía preparada para volver a verlos, pero debía ser fuerte. Las cosas eran así, y había que afrontarlas, aunque fueran dolorosas.

Sacudió la cabeza, como intentando alejar de su mente todo el asunto. Encendió su equipo de música, y puso el disco *True Blue* de Madonna a todo volumen. Los primeros acordes de *Papa don't preach* inundaron el salón, mientras Sophia limpiaba y canturreaba imitando a la reina del Pop.

A pesar de que hoy estaba cerrado, Aiden había decidido acudir al taller, aprovechando su día libre, para trabajar en la restauración de su objeto máspreciado, su *Porsche* 911 de los años 70. Llevaba trabajando en él casi dos años. Había sido su sueño desde niño tener uno, y le encantaba dedicar parte de sus horas libres a arreglarlo y restaurarlo. Lo tenía guardado en la parte de atrás del taller, y solía sacarlo a pasear los fines de semana, para que el motor siempre estuviera en buena forma. Le relajaba dedicarle tiempo, cambiando piezas, reparando esto o aquello. Así conseguía olvidarse de los problemas.

Hoy necesitaba evitar pensar en la cita de esa noche. Volvería a ver a su hermano y a Sarah. Pero hoy habría una novedad. Liam le dijo que su mejor amiga de la universidad les acompañaría durante la cena. No recordaba su nombre y poco le importaba. Le daba la impresión de que, seguramente, querían que se liara con ella o algo así, pero él no estaba por la labor. Desde que había conocido la noticia, no había vuelto a salir con ninguna mujer. Todavía se sentía triste y apagado, y tenía ganas de estar solo.

En ese momento, sonó el teléfono. Comprobó que era un mensaje de Liam para confirmar que habían quedado en Barnaby a las siete. Allí estaría.

Ya eran las 6, y Sophia estaba terminando de arreglarse. Un poco de maquillaje, un traje de chaqueta color negro, botines del mismo color, y camisa malva. Esa noche no buscaba deslumbrar a nadie. Incluso le daba pereza arreglarse para la ocasión.

Media hora después ya estaba preparada, y salió por la puerta de su apartamento. Durante todo el trayecto hasta el restaurante, caminó despacio, recordándose una y otra vez que debía poner la mejor de sus sonrisas, y mostrarse amable, como siempre hacía. Ya había perdido a Liam, así que, no podía hacer otra cosa.

Llegó al restaurante, y allí estaban los tortolitos, deslumbrantes, como siempre. Sophia se acercó hasta ellos, y después del intercambio de saludos correspondiente, se sentó justo enfrente de la pareja.

—Todavía estamos esperando a mi hermano. Está a punto de llegar. —dijo Liam.

A Sophia pareció no importarle, porque no comentó nada al respecto.

—Bueno, ¿y cómo ha ido todo este mes? —preguntó su amigo, animado y jovial.

—Bien, trabajando, como siempre. ¿Y vosotros? —preguntó Sophia por pura cortesía.

—Muy ocupados con los preparativos. Hemos estado yendo y viniendo a Kinsale para organizar todo. —contestó Sarah, sonriente.

A Sophia empezaba a fastidiarle esa sonrisa perfecta, pero su rostro no mostró lo que sentía. Fijó la vista en el menú, intentando decidir qué cenaría esa noche. Estaba tan concentrada leyendo, que no se dio cuenta de que el otro invitado acababa de llegar.

—¡Aiden! —exclamó Liam al ver a su hermano.

—Siento el retraso. —dijo este, que estaba justo detrás de Sophia.

Esta frunció el ceño al darse cuenta de que, tanto la voz como el nombre del individuo le resultaban familiares. Se levantó y se giró para saludar al recién llegado. Entonces se quedó totalmente sorprendida. Era el hombre que había conocido en el pub McNeal. Los dos se miraron, estudiándose el uno al otro, desconcertados, tratando de asimilar lo que estaban viendo.

—Aiden, esta es Sophia.—dijo Liam sonriente.

Los dos se estrecharon la mano, aún sorprendidos. Sonrieron con nerviosismo, y se sentaron uno al lado del otro. Aiden tenía un aspecto imponente. Llevaba una camisa blanca, chaqueta, pantalón y zapatos negros, y su melena recogida en una coleta, luciendo una barba perfectamente recortada. Sophia estaba más nerviosa que antes. <<¿Qué narices está pasando aquí?>>, se preguntó.

—Es curioso que en todos estos años, no les hayas presentado, cariño. —comentó Sarah dirigiéndose a su prometido.

Esto captó la atención de Aiden y Sophia, que miraron a Liam con interés.

—Bueno, es que nunca surgía la oportunidad. —respondió este, encogiéndose de hombros. —Pero me alegro de que ahora estén aquí con nosotros. Sois las personas más importantes de mi vida. Junto con papá y mamá, claro.

Este comentario les enterneció. Y al momento, ambos sintieron una enorme sensación de culpa, por haber deseado que su compromiso fracasara un millón de veces a lo largo de aquel mes. Sophia se limitó a sonreír tímidamente, al igual que Aiden, y centraron su vista en el menú, intentando decidir qué pedir para cenar. <<Comer siempre ayuda a pasar un mal trago>>, pensó Aiden.

El resto del tiempo, fueron Liam y Sarah los que lideraron la conversación. No dejaron de hablar sobre los preparativos. La fecha de la boda, los invitados, los trajes, los regalos, el menú de la celebración. Aiden y Sophia apenas intervenían. Comían y bebían de forma mecánica, asentían, o contestaban con monosílabos a las pocas preguntas que les hacían. Deseaban con todas sus fuerzas que la reunión terminara lo antes posible. Para ellos, aquello estaba siendo un suplicio.

Por fin, terminaron de cenar y llegó el momento de despedirse. Liam y Sarah cogieron un taxi, sonrientes y risueños, dejando a Aiden y Sophia solos. Una vez vieron que el taxi se alejaba, Sophia miró a Aiden.

—¿Tú lo sabías? —preguntó ella con aire de sospecha.

—¡No! Yo no sabía quién eras. Ni siquiera me había enseñado una foto tuya. —contestó él.

Sophia decidió creerle. Parecía estar igual de sorprendido que ella.

—Es increíble. No sé, esto debe ser cosa del destino. —afirmó ella.

—Es pura casualidad. Simple casualidad. —indicó Aiden con plena seguridad.

—¿Cómo es eso posible? Coincidimos en el mismo pub, el mismo día que nos sueltan el bombazo, y resulta que estábamos conectados. —dijo ella intentando mostrarle la evidencia.

Aiden consideró lo que acababa de decir. Era increíble, cierto.

—Necesito una pinta. ¿Vamos a McNeal? —propuso él.

Sophia asintió. Empezaron a caminar en dirección al pub, que estaba a un par de manzanas de allí.

—¿Vives cerca del pub? —preguntó Sophia.

—Sí, justo en la misma calle.

Ella abrió los ojos de par en par, asombrada.

—Yo vivo en la calle de al lado. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la zona?

—En este barrio, tres años.

—Yo cuatro. Es curioso que nunca nos hayamos cruzado.

—Seguramente nos hemos cruzado, pero no nos hemos fijado el uno en el otro.

—También es verdad. —dijo pensativa.

Minutos después llegaron a la entrada del pub McNeal, que a esas horas ya estaba lleno de gente. Nada más entrar, se dirigieron a la barra para pedir la bebida. Ron McNeal, el dueño del pub, se quedó sorprendido al verlos de nuevo allí juntos.

—¡Hombre! Parece que al final habéis acabado juntos. Cuando me lo dijo

mi mujer, no me lo creí. Pero tiene buen ojo para estas cosas. —dijo el hombre, jovial.

Aiden y Sophia se miraron divertidos, y rieron.

—No estamos juntos. —aclaró Sophia.

—No, que va. Solo somos ¿amigos? —dijo Aiden, pensativo.

—¿Conocidos? Compañeros de batalla, quizás. —comentó ella.

Ron McNeal los miró alzando una ceja y sacudió la cabeza.

—Lo que vosotros digáis. —dijo.

Pidieron dos pintas de cerveza, y se sentaron en la mesa que compartieron la vez anterior, que casualmente estaba desocupada. Mientras esperaban, centraron la conversación en su tema común, Liam y Sarah.

—¿Y cómo lo llevas? Yo estoy hecha polvo. Y encima tengo que verlos hacerse carantoñas delante de mis narices. Es una tortura. —dijo Sophia con tristeza.

—Yo siento lo mismo. Estoy fatal. Encima mi hermano no para de llamarme para chorradas. Que si llevó chaqué o esmoquin, que si invitamos al primo Alan y a la pesada de su mujer, con los diablos de sus hijos. Y, además, mis padres tampoco paran. Están emocionados y todo es maravilloso. Y yo mientras, me siento como una mierda. —explicó él, molesto.

—Tú ganas. —sentenció ella— Al menos este mes no me ha dado la vara. Pero tengo que ir a la boda, no me libro, soy uno de los testigos.

—Prefiero no pensar en eso. Si por mi fuera, secuestraría a Sarah y me la llevaría al Caribe, a alguna isla perdida por ahí. Y luego, la convencería a base de besos de que soy el hombre de su vida. —dijo él con pasión.

Sophia visualizó esa imagen en su cabeza y le gustó la idea. <<Ojalá Liam hiciera eso>>, pensó. Ella se dejaría secuestrar, no tendría ni que atarla. O mejor, ella sería la secuestradora, y haría que él desarrollara el síndrome de Estocolmo<sup>[3]</sup> con ella, usando todos los medios que fueran necesarios.

—Si tan sólo se fijara en mí. Si tan sólo se diera cuenta de lo mucho que lo quiero. Pero no tengo nada. No tengo manera de hacerle ver que soy su mujer ideal. —dijo Sophia con pesar. —Y eso que siempre estoy ahí para él, pero parece que soy un ente invisible. —se lamentó.

—Bueno, si uno parece disponible, entonces el otro pierde interés. Uno siempre desea lo que no puede tener. Eso es lo que dicen. —comentó Aiden, pensativo.

Sophia consideró un momento lo que él acababa de decir. Sí, era cierto. Uno casi siempre desea lo que no puede tener. El problema era que Liam veía que ella estaba disponible y dispuesta para él. Y claro, él daba por hecho que eso nunca cambiaría. Incluso cuando había salido con otros chicos, Liam siempre había

sido su prioridad. Estaba claro que eso tenía que cambiar, pero ¿cómo hacerlo?

De repente, una idea se coló en su mente. Recordó algo de una novela, ¿o era de una película de Jennifer Aniston?. Daba igual. El caso es que, según recordaba, la protagonista estaba enamorada de otro personaje masculino, que la ignoraba por completo. Entonces, decidía fingir que estaba saliendo con otro, para provocar sus celos y así despertar su interés. Sophia sonrió con aire triunfal.

—Acabo de tener una idea. —dijo.

Aiden la miró.

—Tú dirás.

—Siempre parecemos estar disponibles para ellos. Les cogemos el teléfono rápidamente, dejamos todo por verlos. Pero ¿qué pasaría se dejáramos de hacerlo?

Aiden se quedó pensando. Esto se ponía interesante.

—Continua.

—Tenemos que hacerles ver que no son el centro de nuestro universo. Que estamos centrados en otra cosa. Más bien, en otra persona. Debemos provocar sus celos. Cuando se den cuenta de que pasamos de ellos, atraeremos su atención, y empezarán a reconsiderar su decisión. Recuerda, uno siempre desea lo que no puede tener. Y nosotros debemos dejar de mostrarnos tan disponibles. Tenemos que hacernos desear. —sentenció, convencida.

—¿Y cómo lo haremos? No creo que encuentre a una chica dispuesta a ello, y tampoco quiero engañar a nadie.

Sophia lo miró sonriente, y Aiden leyó en su mirada lo que estaba pensando. Comprendió todo enseguida. Negó con la cabeza mientras reía incrédulo ante la idea.

—No.

—Vamos, sería muy fácil. —dijo ella, suplicante.

—No creo que sea buena idea.

—¡Vamos Aiden! ¡Es perfecto! De repente, surge la chispa, y nos enamoramos locamente. No se lo esperarán, se quedarán alucinados. Ya me imagino sus caras de sorpresa.—dijo, emocionada.

—No me convence. —afirmó él negando con la cabeza.

Sophia respiró hondo. Era la mejor idea que había tenido en mucho tiempo. Era el plan perfecto y debía convencerle.

—Aiden. Hemos sido su paño de lágrimas, hemos esperado pacientemente, siempre a su lado. ¿Y qué han hecho? Nos han roto el corazón y se han quedado tan tranquilos. Nos merecemos al menos hacerles sufrir un poco, y que vean lo que se están perdiendo. Nos merecemos ese triunfo. Y te aseguro que, cuando se den cuenta de que nos han perdido, vendrán, y nos entregarán sus corazones. Y

por fin, obtendremos nuestra felicidad. ¡Merecemos ser felices!

Aiden pensó unos instantes. Sí, deseaba que Sarah se diera cuenta de que él merecía la pena, de que siempre la había querido, y que él también tenía corazón. Quería estrecharla entre sus brazos, despertar todos los días del resto de su vida junto a ella. Miró a Sophia. Aquella mujer estaba dispuesta a todo. Al igual que él, se había entregado y había salido mal parada. Ella comprendía su situación mejor que nadie. Era la única que podía ayudarlo. Y decidió confiar en ella.

—Trato hecho. —dijo Aiden ofreciendo su mano.

Sophia la estrechó, sonriente.

—Trato hecho, novio. —dijo ella, risueña.

Ya estaba metida en el papel. A partir de ese día, fingirían ser la pareja ideal, a pesar de sus diferencias. Brindaron y rieron, deseando ver la cara de Sarah y Liam cuando se enteraran. Debían planearlo todo a conciencia.

—Bien, tenemos que crear una historia. Podemos decir que fue un flechazo al vernos en la cena. ¿Qué te parece? —comentó ella.

—Bueno, eso sería poco creíble. Mi hermano sabe que tú no eres mi tipo. —advirtió.

—Vale, tengo una idea mejor para hacerlo más creíble. Después de la cena, estuvimos hablando, una cosa llevó a la otra, y empezamos a gustarnos. Te enamoraste de mí, porque soy distinta a las demás chicas con las que has estado. Soy algo exótico. —dijo con aire seductor.

—Vale, me gusta esa idea. Bueno, ahora la cosa va conmigo, ¿qué te gustó de mí?

A Sophia no le costó mucho encontrar una respuesta.

—Tu físico, obviamente, es relevante. Y luego, tu simpatía, tu amabilidad. Aunque creo que para hacer esto mucho más creíble, deberíamos encontrar un interés común. Ya sabes, para que la historia quede mejor sustentada.

Aiden pensó un momento, y dijo:

—Bueno, soy mecánico, me encantan los coches.

—¿Eres mecánico? ¡Genial! Sé mucho de coches. Es un tema que conozco bien. —respondió ella, sonriente.

Aiden frunció el ceño.

—¿Ah, sí? Pensé que las bibliotecarias no sabíais de esas cosas.

—Déjate los prejuicios a un lado cuando estés conmigo, amigo. Yo no soy como las demás. Soy una bibliotecaria, cuyo padre es un aficionado a los coches. Y cuyo abuelo materno trabajó en la fábrica de Barreiros<sup>[4]</sup> en España. —afirmó con orgullo.

Aiden se quedó totalmente perplejo.

—¿En Barreiros? Entonces tu abuelo era...

—Sí, era español. Verás, mi padre es inglés y mi madre, española.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! Eres toda una caja de sorpresas. —comentó Aiden mirándola, asombrado—. Así que tu afición a los coches te viene de familia.

—Así es. A mi abuelo le encantaban los coches. Mi padre y él no hablaban de otra cosa, por eso se llevaban tan bien. Cuando murió mi abuelo, dejó en herencia a mi madre su Simca 1000. Mis padres ahora viven en España, y lo tienen guardado en su casa de Madrid. Mi padre lo mima como si fuera un hijo más. Algún día espero poder tener el dinero suficiente para tenerlo conmigo.

Aiden sonrió. No podía creérselo. A parte de su padre y sus compañeros del taller, no conocía a nadie que entendiera de coches.

—De acuerdo, entonces los coches son nuestro punto en común, sin lugar a dudas.

Sophia sonrió.

—Genial.

Sí, era perfecto. Aiden pensó que, seguramente, en otras circunstancias, Sophia habría captado su interés ya sólo por este tema. No como pareja, claro. Ella no era su tipo, aunque era atractiva, eso sí. Pero él no tenía ojos para nadie más.

—Bien, así que nos enamoramos, cuando nos dimos cuenta de que a los dos nos gustan los coches. Y al final, una cosa llevó a la otra, y decidimos salir juntos. Es la primera vez que nos enamoramos de esta manera. Así es más impactante, y no se dan por aludidos. No debemos hacerles ver que estábamos locos de amor por ellos. —advirtió ella.

—De acuerdo, me parece bien. La verdad es que tienes buenas ideas. Parece que sabes mucho de esto.

—Sí, pero no me ha servido de mucho. Espero que funcione.—comentó Sophia, dubitativa.

Aiden agarró su mano, que estaba apoyada sobre la mesa, y ambos se miraron.

—Haré que Liam se arrepienta de no haberte mirado como debía. —dijo Aiden dedicándole una mirada de complicidad.

Sophia sintió un fuerte latido en su corazón, y no entendió por qué. Seguramente esa mirada decidida y seductora la estaba desconcertando. <<No, no y no. Su corazón sólo latía por Liam, aquello era una confusión>> se dijo a sí misma. Sacudió la cabeza y sonrió. Todo iba a salir bien, estaba plenamente convencida.

Una vez tomada la decisión, debían planear el próximo encuentro. Querían

guardar un poco el misterio, así que no se lo harían saber inmediatamente a Liam y Sarah.

—Delante de ellos, debes fingir que recibes mensajes míos, pero no reveles quién soy. Déjales que se hagan preguntas. —explicó Sophia—. Más adelante, ya iremos viendo.

Aiden se daba cuenta de que era una excelente estratega. Eso del misterio le gustaba. Ya estaba emocionado. Entonces, alzó su pinta de cerveza.

—Un brindis por nuestro éxito.

Los dos se miraron sonrientes y brindaron. El plan saldría a pedir de boca. Todo iría bien. Estaban juntos en esto. Dos corazones rotos que lucharían por conquistar a sus almas gemelas, unidos en la batalla.

Dos horas más tarde, salieron del pub y Aiden acompañó a Sophia a casa. Se despidieron en la puerta de entrada al edificio de apartamentos, y quedaron en mantenerse en contacto. Mientras subía las escaleras, Susan y Richard salieron al descansillo en pijama y zapatillas de andar por casa.

—¿Quién es ese pedazo de hombre? —preguntó Richard mirando a su amiga alucinado.

Sophia se rio.

—Si me invitáis a tomar una taza de chocolate caliente, os lo cuento.

Susan y Richard se miraron, asintieron, e invitaron a Sophia a entrar en su casa. Esta les contó todo lo que había ocurrido, y el plan que tenían Aiden y ella.

—A ver, que está muy bien eso de fingir, pero ¿no crees que sería mejor pasar a la acción y divertirse un poco? —comentó Susan.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sophia.

—Que te lo tires, nena. —contestó Richard chasqueando los dedos. — Encerraos en una habitación, y haced muchas travesuras. ¿De verdad vas a luchar por Liam? ¡Pero si su hermano es un bombón!

Sophia puso los ojos en blanco.

—Richard, yo quiero a Liam. Y no pienso acostarme con alguien a quien no quiero.

—Pues deberías. El sexo es bueno para la salud, y te veo un poco pálida últimamente. —afirmó Susan.

—Es muy fácil. Estáis los dos solos, necesitáis consolaros. ¡Pues ropa fuera y a disfrutar! Mira, porque tengo a mi Julian, que si no, ya me encargaría yo. —sentenció Richard, seductor.

—Richard, está fuera de tu liga. —aclaró Susan con aire cansado.

—Todo es cuestión de probarlo. —respondió él con picardía.

Susan ignoró el comentario.

—Yo creo que al final, os acabaréis liando. Quien juega con fuego, se acaba

quemando. —advirtió.

Sophia negó con la cabeza, pero no dijo nada al respecto.

Al cabo de un rato fue a su apartamento, se puso su pijama con estampado de corazones, y se tumbó en la cama. Desde luego, la vida podía cambiar en un instante. Hace unas horas estaba decaída y triste, y ahora estaba emocionada. Nunca se había visto en semejante situación. Estaba deseando ver la cara de sorpresa de Liam. Jamás se esperaba eso de ella, sobre todo, porque hasta ahora no había salido con alguien tan atractivo como Aiden.

Sarah debía estar ciega al dejar pasar a semejante bombón, como decían sus amigos. Era un tipo simpático y agradable, y parecía ser buena persona. Sensible era, eso seguro, aún recordaba las lágrimas que derramó por ella aquella noche en el pub.

En ese momento, sonó su móvil. Era un mensaje de Aiden.

<<Buenas noches, novia.>>

Sophia se rio ante la ocurrencia.

<<Buenas noches, bombón.>>, contestó ella.

Volvió a reírse, y entonces recibió en respuesta un emoticono de risa sacando la lengua. <<Esto va a ser divertido.>>, pensó, emocionada.

## Capítulo 4

Días más tarde.

—Lo siento, no puedo ir, mi hijo se ha puesto enfermo.

Esther, su antigua compañera de cuarto en la universidad, acababa de cancelar el encuentro que tenían planeado. Solían quedar de vez en cuando para ir al cine o a comer algo, y ponerse al día. Cada vez se veían con menos frecuencia, porque el trabajo y la familia mantenían a su amiga totalmente ocupada casi todo el tiempo. Esa semana habían quedado para ir a ver una comedia romántica, pero ya no sería posible.

Sus demás amistades ya tenían planes a esas alturas, así que sólo tenía dos opciones. Ir sola, o quedarse en casa. En ese momento, recibió un mensaje de Aiden. Después de su último encuentro, habían empezado a mandarse mensajes casi a diario.

Ese mismo día, este había ido con Liam a una sastrería para que les tomaran medidas, para los sendos trajes que llevarían a la boda. Le contaba en el mensaje que todo había ido bien, y que Liam ya estaba empezando a sospechar que estaba ocultándole algo. Cada vez que Aiden recibía un mensaje de ella, aunque fuera un emoticono, sonreía como si fuera algo importante. Entonces, Liam lo miraba con interés, y preguntaba quién era el autor del mensaje. Aiden no contestaba, y se hacía el interesante.

En ese momento, Sophia tuvo una idea. ¿Por qué no invitar a Aiden a ir con ella al cine? Así por lo menos charlarían un rato, ya que llevaban muchos días sin verse. Este aceptó la invitación encantado y quedó en ir a buscarla a su casa.

Diez minutos después, ya estaba en la puerta. Se saludaron animadamente, y se dirigieron andando al cine, que estaba muy cerca de allí.

—Así que la cosa ha ido bien hoy.

—Sí, creo que he hecho progresos. Tengo la impresión de que Liam sospecha algo, pero no intuye nada.—dijo Aiden, satisfecho.

—Seguro que ya está comentándole algo a Sarah. Estarán conspirando. —afirmó Sophia, emocionada.

—¿Crees que se imaginan que tú y yo...?

—¡Para nada! Seguro que piensan que es otro de tus ligues. Se van a llevar una enorme sorpresa. —respondió ella, sonriente.

Llegaron a la cola, y compraron las entradas. Al ver el argumento de la película que iban a ver, Aiden frunció el ceño. No le hacía demasiada gracia eso de ver una película romántica.

—Espero que no sea un pastelón. —comentó él.

—No, es una comedia romántica. Es ligera y amena, no te preocupes, no te aburrirás.—¿Te gusta mucho el género?

—Me gusta el cine en general. Veo de todo. No le hago ascos a nada. Elijo según mi estado de ánimo. —contestó ella.

Antes de entrar en la sala de proyección, Sophia se compró un cubo grande de palomitas. Le encantaba comer este aperitivo mientras veía una película. Aiden, por su parte, prefirió comprarse solo un refresco.

Entraron en la sala, que estaba prácticamente vacía, y se sentaron en las correspondientes butacas. Aiden se rio al ver la cara de felicidad de ella, sentada a su lado, comiendo. Parecía una niña pequeña.

—¿Siempre comes tanto? —preguntó divertido.

Sophia lo miró desconcertada mientras se comía una palomita.

—Bueno, esto es excepcional, no como esto todos los días.

Aiden sonrió. Desde luego, era una mujer diferente a las que había conocido antes.

—No he salido nunca con una chica que comiera casi tanto como yo. Nunca suelen tener apetito, aunque en la cama...

Sophia se puso nerviosa, y dijo:

—¡Oye, no me rompas el clímax romántico! No es el momento apropiado para hablar de... ya sabes.

—¿De sexo? —preguntó él en voz alta.

Sophia se ruborizó, aunque Aiden no se dio cuenta. En ese momento, captaron la atención de un par de espectadores, que les miraron con asombro y cierto apuro.

—Sí, de sexo. —contestó ella en voz baja, muerta de vergüenza.

—¿Qué hay de malo en hablar de ello? —preguntó él con curiosidad, sin bajar la voz.

—No hay nada de malo. Es que creo que es algo muy íntimo. —respondió ella.

—El sexo es algo natural, mujer. Y beneficioso. —comentó él, jovial.

Sophia se rio ante el comentario, olvidándose de la vergüenza.

—Me rindo. Eso no puedo rebatirlo. —afirmó.

Se apagaron las luces y la película comenzó. Aiden miró a Sophia de reojo. Esta estaba totalmente concentrada, comiendo palomitas como si no hubiera un mañana. Aiden se rio ante la escena, y decidió divertirse un poco. Mientras

estaba distraída mirando la pantalla, cogió un puñado y se lo comió. Ella lo miró ofendida, pero al ver la sonrisa inocente de Aiden, decidió no enfadarse, y acabaron compartiendo el cubo de palomitas.

Se lo pasaron muy bien, y de hecho, Aiden pensó que la película no había estado tan mal. Sí, era predecible, pero al final se había reído y todo.

Una vez terminó la película, salieron del cine, y Aiden acompañó a Sophia hasta su casa.

—Creo que no voy a comer palomitas hasta el año que viene. —dijo Aiden llevándose la mano al estómago, mientras caminaban.

—Yo ahora me tomo el antiácido y como nueva.

—¿Así es como solucionas los problemas? ¿Con antiácido? —preguntó Aiden, fingiendo indignación.

—Pues sí. Para eso está. —respondió ella, satisfecha.

Los dos se echaron a reír.

—Oye, gracias por venir conmigo al cine. Me lo he pasado genial.

—Gracias a ti por compartir tus palomitas. —respondió Aiden, sonriendo.

—Ha sido una excepción. —le advirtió.

—Tranquila, la próxima vez compro yo el cubo.

—De acuerdo. —respondió Sophia riéndose. —Oye, cambiando de tema. ¿Qué modelo de coche tienes? Tengo curiosidad, siendo mecánico, imagino que tendrás alguna joya.

—Tengo un Ford Focus RS, y además, un clásico, un Porsche 911 de los años 70, que estoy restaurando.

Sophia se quedó sorprendida.

—¡Impresionante! Vaya, tienes suerte. Nunca me he montado en un Porsche, espero que cuando termines de restaurarlo me des una vuelta.

—Eso está hecho. —respondió él.

—Yo tengo solo uno. Un Nissan Micra, pequeñito, pero matón. Me lo compré hace años. Verás, hubo una temporada en la que me obsesioné con los coches japoneses, y pensé en comprarme un AE86, el Toyota Sprinter Trueno.

Aiden se quedó impresionado.

—¿Y por qué ese coche precisamente?

—Por la serie de anime *Initial D*<sup>[5]</sup>, claro está. Empecé a verla en aquella época. —Aiden la miraba con cara de no entender nada, y ella frunció el ceño. —*Initial D*, la serie. El Trueno era el coche de *Takumi*, el protagonista. Hacía carreras en el monte Akina. ¿No conoces la serie? —preguntó mirándolo, asombrada.

Aiden negó con la cabeza.

—No, nunca la he visto.

Sophia puso los ojos en blanco, mientras negaba con la cabeza.

—Joven *padawan*, tienes mucho que aprender todavía. —sentenció ella.

Aiden se rio ante el comentario. Justo en ese momento llegaron a la puerta del edificio donde vivía Sophia.

—Bueno, pues ya hemos llegado. —dijo Aiden.

—Sí. ¿Cuándo quedaremos con ellos?

—A finales de esta semana, creo que el viernes.

—Para entonces ya tendré la ropa para la boda.

—¿Aún no te has comprado nada?

—No, iré mañana. Tengo que encontrar un vestido apropiado para la ocasión. Aunque prefiero pensar que no tendré que llegar a ponérmelo. —comentó con cierta inseguridad.

Aiden la miró fijamente.

—No llegarás a ponértelo, porque no habrá boda ¿entiendes? Lo usarás en otra ocasión, pero no en esta, te lo aseguro. —dijo él, convencido.

Finalmente se despidieron, y a los pocos minutos, Sophia estaba tumbada en su cama, intentando dormirse. Pero su cerebro no la dejaba. Pensaba en lo que había dicho Aiden. Se convenció de que esa boda no se celebraría, porque todo saldría bien, y Liam acabaría perdidamente enamorado de ella. Llevaba demasiados años esperando en la torre, cual princesa de cuento, a que Liam la rescatara. Era hora de forzar las cosas, y hacerle señales de humo, si era preciso. Ella se aseguraría de que su soñado cuento de hadas con Liam, tuviera un final feliz.

Al día siguiente por la tarde, Sophia se preparó para la aventura. Se puso ropa cómoda, es decir, un pantalón de chándal y una camiseta, para así poder cambiarse de ropa con facilidad, y zapatillas deportivas para aguantar el recorrido de tiendas. Susan y Richard ya estaban esperándola. Se subieron al Nissan Micra de Sophia, y se dirigieron a un enorme centro comercial que había en la periferia.

Allí había cientos de tiendas de ropa y complementos, además de cafeterías y restaurantes, para reponer energías. Cuando llegaron al centro comercial, Susan y Richard se convirtieron en auténticos depredadores, sobre todo, cuando veían la palabra <<Rebajas>> en alguno de los escaparates. En cada tienda, miraban, comprobaban y remiraban prendas. Su objetivo era encontrar ropa nueva para Sophia. Modelos que le sentaran bien, que disimularan michelines, y estilizaran su figura. Y, por último, un vestido adecuado para la boda, esa celebración que Sophia deseaba que no tuviera lugar.

El sistema siempre era el mismo, ambos estudiaban su silueta con detenimiento, y configuraban en su mente diseños y colores adecuados. Después

se iban a la zona pertinente y buscaban. Normalmente, uno conseguía entregarle tres o cuatro prendas para que fuera al probador, mientras el otro seguía buscando más opciones. Sophia se probaba la ropa, y Susan o Richard daban su veredicto. Sí, no, o tal vez. A ella le agotaba esta dinámica, pero a ellos parecía encantarles.

Siempre conseguían que comprara alguna cosa, convenciéndola de que era perfecto para ella. Aunque en una de las tiendas que visitaron, compró una prenda por decisión propia. Encontró una camiseta de color negro que tenía escrita una frase: <<*Geeks do it better*>><sup>[6]</sup>. Al verla, pensó que era un lema apropiado para ella, además de ser toda una declaración de intenciones. Se la probó, y vio que le quedaba muy bien, así que, decidió comprarla.

Ya llevaba cinco bolsas llenas de pantalones, faldas, camisas, camisetas y ropa interior, cuando por fin llegaron a una tienda que le encantaba a Susan, donde vendían vestidos diseñados para ocasiones especiales. Divisó en el escaparate un modelo perfecto para Sophia. Era un vestido de color esmeralda, con escote en forma de uve, falda larga hasta los tobillos, sin mangas y con una banda en la cintura de color negro. Sophia lo observó y le encantó, pero se sentía insegura. No creía que le pudiera quedar bien, pues parecía ser demasiado ajustado.

Entraron en la tienda, y Susan le hizo saber a la dependienta lo que querían y cómo lo querían. Enseguida tuvo el vestido en sus manos y se lo probó. Cuando consiguió ajustárselo se miró en el espejo, y le gustó lo que vio. Era precioso y le quedaba muy bien. De hecho, le sentaba genial. Richard y Susan compartieron su punto de vista.

—Va a salir corriendo del altar, y te va a llevar con él, nena. ¡Estás genial!  
—afirmó Richard, entusiasmado.

—¿De verdad? —preguntó Sophia tímidamente.

—¡Pues claro! Además, quedará genial con el pelo suelto, cayendo en cascada, y un maquillaje muy sobrio, nada llamativo. —respondió Susan.

Después de semejante triunfo, se fueron a tomar un café a una de las cafeterías del centro comercial. Sophia tuvo la tentación de comprarse un *croissant*, que tenía muy buena pinta, pero Richard le insistió en que debía procurar no engordar en esos días, así que sólo comida sana. Una vez estuvieron sentados y ya relajados, empezó el bombardeo de preguntas.

—Bueno, ¿y cómo te va con tu hombretón? Ayer te vimos con él. —dijo Susan.

—Bien. Es mi futuro cuñado, ya lo sabéis.

—¿Liam sabe que estáis juntos? —preguntó su amiga.

—No, pero lo sabrá esta semana. Estoy deseando ver su cara. —contestó,

emocionada.

—Yo sigo pensando que deberías quedarte con Aiden. Estoy seguro de que como te vea con ese vestido, él sí que se desmayará. —dijo Richard.

Sophia frunció el ceño.

—¿Por qué esa obsesión? ¿Es que no os gusta Liam? —preguntó ella, enfadada.

—No es eso. —Susan hizo una pausa, y a continuación dijo: —Bueno, un poco. No me gusta que haya pasado de ti tantos años. Creo que no se merece el esfuerzo. ¡Bueno, ya lo he dicho!.

Sophia puso los ojos en blanco, prefería no polemizar.

—Ya soy mayorcita para saber lo que quiero y lo que debo hacer. Igualmente, gracias por vuestra opinión. —dijo zanjando el asunto.

Terminó su café, y en ese momento, sonó su teléfono. Lo sacó del bolso, y comprobó que tenía un mensaje de Aiden. Sonrió triunfal, pues eran buenas noticias.

—¿Quién es? —preguntó Susan mirando de reojo el teléfono.

—Es Aiden, dice que ya hemos confirmado hora y día para quedar con Liam. Pronto le daremos la sorpresa.—respondió Sophia, sin mirarlos, mientras contestaba el mensaje.

Richard y Susan se quedaron callados. De repente, Sophia tuvo ganas de ir al baño, así que se levantó.

—Chicos, voy al lavabo, dejo el bolso y el teléfono aquí, ¿de acuerdo? Ahora vengo.

Se marchó, dejándolos solos. Ambos se dieron cuenta de que Sophia se había dejado el teléfono encima de la mesa. Se miraron y Richard dijo:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Si estás pensando en mandarle un mensaje a Aiden para vernos con él, haciéndonos pasar por Sophia, entonces sí.

Richard cogió el teléfono rápidamente y le mandó un mensaje a Aiden, instándole a verse en media hora en casa de Sophia para cenar. Querían conocerle. La curiosidad era más fuerte que el decoro. Comprobaron la respuesta de Aiden antes de que Sophia volviera. Estaría allí en media hora. Ambos se miraron, satisfechos. Sophia volvió a la mesa sin sospechar nada.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Sí, claro. —contestó Susan mientras se levantaba.

Media hora después estaban en casa. Sophia estaba en su cuarto colocando la ropa en los armarios, mientras Richard y Susan estaban sentados en el sofá del apartamento de su amiga, expectantes. De repente, alguien llamó al timbre.

Richard acudió raudo y veloz a abrir la puerta. Sophia salió de su cuarto, totalmente extrañada, y miró a su amiga, que se encogió de hombros, fingiendo no saber nada. Entonces, Aiden apareció en la puerta. Iba vestido con unos vaqueros, camiseta gris, y una chaqueta de cuero negra. Sophia lo miró desconcertada. Llevaba una botella de vino en la mano, y una sonrisa puesta en la cara.

—Hola, espero ser puntual. —dijo Aiden sin intuir nada.

—¿No nos presentas? —preguntó Susan, sonriente.

Sophia miró a sus amigos con suspicacia. Esto era cosa suya, estaba claro. No sabía que estaban tramando, pero nada bueno sería. Decidió sonreír y hacer como si nada ocurriera.

—Aiden, estos son Susan y Richard, mis vecinos.

Los dos le saludaron. A continuación, le invitaron a quitarse la chaqueta y a sentarse en el sofá con ellos.

—Aiden ¿quieres algo de beber? —preguntó Sophia.

—Sí, un refresco estará bien, gracias. —dijo mientras centraba su atención en Susan, que ya estaba preparada para el interrogatorio.

—Richard ¿puedes ayudarme? —inquirió Sophia.

—¿Ayudarte? Si sólo tienes que traer un refresco. —contestó él sin captar la intención.

Sophia forzó una amable sonrisa.

—Por favor.

Richard sintió un escalofrío. Su amiga estaba enfadada, y con razón, aunque él no consideraba que estuvieran haciendo algo malo. Una vez entraron en la cocina, Sophia se enfrentó a él:

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mirándole enfadada.

Richard se irguió como pudo y le mantuvo la mirada.

—Nada, será una visita sorpresa. —respondió nervioso.

—Richard....

Era débil, muy débil. Si estuviera interrogándole la CIA, no les costaría ni dos segundos sacarle información.

—Vale, le mandamos un mensaje para que viniera a cenar con nosotros. ¡Es que nos pica la curiosidad, Sophia! Además, queremos comprobar qué intenciones tiene contigo.

—¡Richard, por Dios! ¡Estamos fingiendo! —exclamó ella, indignada.

—Vale, vale. Pero, aun así, queríamos conocerlo. ¿Qué hay de malo en eso?

Sophia no veía ningún problema, al fin y al cabo, Aiden era un amigo. Suspiró rindiéndose finalmente.

—Anda, ayúdame a preparar unos entrantes y la pasta.

Richard sonrió triunfal. Lástima que él tuviera que quedarse de pinche de cocina, porque tenía curiosidad por saber más de Aiden.

Mientras, Susan se estaba enterando de todo.

—Así que tienes un taller. Vaya, vaya. Y nosotros tan cerca y ni te habíamos visto. —comentó ella, sonriente.

—Bueno, a partir de ahora, seguramente, me veréis más.

—Eso espero. Oye, ¿y qué opinas de Sophia? Puedes ser sincero, no se lo contaré a nadie. —dijo guiñándole un ojo.

Aiden pensó un instante antes de responder.

—Es una mujer estupenda, divertida, amable, buena. La verdad es que me he encariñado con ella.

—No es difícil encariñarse con Sophia. Es muy dulce y tiene un corazón enorme. —afirmó, convencida.

—Eso creo yo también.

—Es raro que no os conocierais antes. Teniendo en cuenta que lleva muchos años siendo amiga de tu hermano. —comentó Susan, pensativa.

—Sí, bueno, supongo que nunca surgió la ocasión de conocernos en persona, aunque mi hermano me habló alguna vez de ella.

—¿Y qué te contaba? —preguntó con interés.

—Que era su mejor amiga y que era muy maja. Poco más.

Susan puso una mueca de desencanto.

—Ya, lo de siempre. Me ha dicho Sophia que por tu parte también tienes el corazón roto.

—Sí, eso me temo. —dijo Aiden apartando la mirada.

—Sinceramente ¿crees que el plan saldrá bien? —preguntó Susan, incrédula.

Aiden pensó un momento. ¿Si creía que saldría bien? Estaba seguro de que sí.

—Sí, claro que sí, no tiene porqué salir mal. —contestó con plena seguridad.

Susan no dijo nada, a pesar de no estar de acuerdo con él. Prefería no decirle que lo mejor era que se dejaran de tonterías, que aceptarían que habían perdido y que intentarían salir juntos.

Sophia y Richard salieron de la cocina con unos platos de entrantes. Rollos de salón ahumado rellenos de gambas y unos canapés de paté. Todos se sentaron a la mesa, y abrieron el vino blanco que había traído Aiden.

A lo largo de la cena, la cosa se animó más, cuando Richard empezó a contar locas y divertidas anécdotas.

—Fue en invierno. Estaba todo cubierto de nieve y hielo. Lo recuerdo

perfectamente. Yo estaba borracho como una cuba, pero había ligado con un macizo tremendo. Casi me caigo al suelo de la impresión, y Sophia me agarró para que no me cayera e hiciera más el ridículo. Al final, a pesar de que me estaba agarrando, nos resbalamos y nos caímos los dos de culo. —todos empezaron a reírse a carcajadas—. Estábamos despatarrados por el suelo, sin ningún glamour, y entonces vino ese pedazo de hombre, y nos levantó a los dos.

—¿Y salió bien la cosa? Es decir ¿acabasteis liándoos? —preguntó Aiden entre risas.

—¡Que va! Cuando estaba a punto de besarle, le vomité encima, y se rompió la magia. —contestó Richard riéndose.

—Oye, pero Sophia sí que ligó. —comentó Susan.

Sophia puso los ojos en blanco.

—Sí, para mi desgracia.

—Vamos, era un chico muy majo. —dijo Richard con sorna.

—Es verdad que era guapísimo. Yo, al verle, pensé que podía incluso enamorarme de él. Pero, de repente, me di cuenta de que lo único que hacía era hablar de sí mismo. Que si tengo una empresa, que si visto Armani. ¡Por Dios! Total, que perdí el interés.

—A Sophia no le van los macizos sin cerebro. —aclaró Susan.

—Es que pienso que por muy guapo que alguien sea, sino no tiene nada dentro, entonces no merece la pena. Yo necesito conversación, cosas en común, no sé, chispa. Si no, nada. Se me cae el mito. —respondió Sophia.

—¿Y a ti, Aiden? ¿Te van las bellezas sin cerebro? —preguntó Richard con interés.

Todos le miraron, y él no tardó en contestar.

—La verdad es que no suelo hablar mucho. Voy directo al tema. Y ya se sabe que, en ese momento, las palabras sobran. —respondió con una sonrisa pícaro.

En ese momento, Richard alzó su copa.

—Un brindis por esta maravillosa incorporación al grupo. Por Aiden, el seductor.

Entre las risas y la animada charla, la velada pasó volando, y llegó la hora de irse a casa. Los tres acompañaron a Aiden hasta la puerta de entrada del edificio.

—Chicos, lo he pasado en grande. —dijo Aiden, sonriente.

—La próxima vez tráete a más amigos, así la diversión será mayor. —comentó Susan con picardía.

—¡Prometido! —contestó Aiden.

—Buenas noches, Aiden. —dijo Sophia.

Él se despidió con un gesto de la mano, y se marchó. A continuación, los tres regresaron al apartamento de Sophia.

—Nena, ese hombre es lo más. —sentenció Richard.

—Es un tipo genial. —dijo Susan.

—Sí, es genial. —afirmó Sophia.

<<Desde luego que lo era>>, pensó. Unos minutos más tarde, Aiden le hizo saber que había llegado sano y salvo a casa, y reiteró que había pasado una velada fantástica. La verdad es que, aunque al principio se había enfadado, al final había resultado ser un encuentro muy divertido, que esperaba volver a repetir en el futuro.

Ahora solo quedaba esperar la reacción de Liam y Sarah, ante la noticia de su relación amorosa ficticia. El encuentro tendría lugar esa misma semana, y ya notaba los nervios. Estaba segura de que, gracias al nivel de confianza y complicidad que ya tenía con Aiden, todo saldría bien.

## Capítulo 5

Por fin, había llegado el momento crucial. Era sábado por la tarde, y Sophia había quedado con Aiden a las 6, para acudir juntos a su cita más importante. Se había puesto un pantalón negro, unas botas del mismo color, y una camisa fucsia. Llevaba un maquillaje ligero, un poco de *eyeliner*, sombra de ojos de color rosa claro, y labios pintados con *gloss* transparente. Justo cuando se estaba echando un último vistazo en el espejo, sonó el timbre. Aiden ya estaba allí.

Este se había puesto unos pantalones azul marino, una camisa del mismo color, y llevaba una chaqueta negra. Sophia, al verle, consideró que daba igual lo que se pusiera, Aiden siempre estaba genial.

Se subieron al Ford Focus RS de color azul de Aiden, y fueron hacia el lugar elegido para el encuentro. Se trataba de *Suki*, un restaurante japonés, que a Sarah le encantaba.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él.

—Mucho, ¿y tú?

—También, pero esto tiene que salir bien. A partir de ahora, no podemos fallar, tiene que ser creíble.

—¡Y lo será! Desde luego que sí. —afirmó ella.

Los dos miraron al frente, decididos. Por un lado, querían llegar ya y soltarles la noticia, pero por otro, estaban nerviosos, y tenían miedo de que no se creyeran la mentira. Al fin y al cabo, no estaban enamorados, y esas cosas solían notarse.

Aiden dejó el coche en un aparcamiento cercano al restaurante, y allí que se dirigieron. Cuando entraron, ya estaban Sarah y Liam esperándoles. Llegaron a la mesa y se sentaron uno al lado del otro.

—Bueno, estamos impacientes. ¿Qué es esa noticia que nos teníais que contar? —preguntó Sarah, mientras un camarero les servía la bebida.

Aiden y Sophia se miraron, impresionados ante la rapidez con la que se iban a desarrollar los acontecimientos. Respiraron hondo, y fue Sophia quien tomó la iniciativa.

—Bien, pues, queríamos contaros que, desde hace poco, estamos saliendo. —dijo, sonriente.

Liam y Sarah dibujaron en sus bellos rostros un gesto de absoluta sorpresa e incredulidad. Sophia se temía lo peor. Miró a Aiden, que también estaba

preocupado. Necesitaba que le echara una mano. Y así lo hizo. Puso su brazo sobre sus hombros, se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla, y sonrió.

—Sí, desde hace casi un mes estamos juntos. —declaró él con una sonrisa resplandeciente.

Liam y Sarah despertaron del letargo.

—¿Y cómo surgió? —preguntó Liam, todavía sin creérselo del todo.

—Fue la noche que nos presentaste. Después de cenar con vosotros, nos fuimos a tomar algo. —explicó Sophia.

—Sí, y después de casi dos horas hablando, nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común. Como nuestra afición a los coches. —continuó Aiden.

—¡Exacto! —exclamó ella.

—Y entonces surgió el flechazo. Desde ese día, no nos hemos separado. Bueno, menos para ir al trabajo o para ir al baño, claro. —comentó él.

En ese momento, Sophia pensó que, desde luego, Aiden era muy práctico, pero poco romántico.

—Es alucinante. —dijo Sarah, incrédula. Parecía que no se lo creía del todo. —¿Y por qué no lo dijisteis antes? ¿Por qué tanto secretismo? —preguntó con un ligero gesto de malestar en su rostro.

—Es que no queríamos estropearlo. Queríamos ir despacio. —contestó Sophia saboreando el triunfo. La cara de Sarah era un poema, al igual que la de Liam.

Aiden no se apartó ni un milímetro de ella, y eso le dio seguridad. Todo estaba yendo bien. Liam suspiró, como rindiéndose a la evidencia.

—Entonces, hagamos un brindis por la nueva pareja. —dijo alzando su copa, mientras sonreía forzosamente.

Sarah le siguió un poco a regañadientes. Aiden y Sophia brindaron, y se miraron. Todas las señales eran buenas. Durante el resto de la cena hablaron de la boda y de los preparativos, como la vez anterior.

—Por cierto, tenemos que cambiar los planes. En principio, había pensado reservar una habitación para Sophia en la pensión de Clarence. Pero ahora que lo pienso, ya que estáis saliendo, podría quedarse en casa con nosotros y dormir contigo, Aiden. —dijo Liam.

Aiden tragó saliva, al igual que Sophia.

—Oh, no quiero ser una molestia. —comentó Sophia, apurada.

—Además, si mamá no lo sabe a tiempo, se enfadará. —advirtió Aiden.

—¡No hay problema! Es más, cuando mamá se entere de que por fin te has echado novia formal, montará una fiesta. —dijo Liam, divertido. —La llamaré esta misma noche. Además, no tendrá que preparar más camas, porque dormiréis

juntos.

—¡Qué suerte! A nosotros nos toca estar separados esos días. —comentó Sarah con pesar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sophia con curiosidad.

—Tradiciones familiares. Los novios no deben dormir juntos los días previos a la boda, dicen que trae mala suerte. —explicó Sarah.

—Eso es una chorrada. El matrimonio tendrá éxito dependiendo de cómo se lleven los contrayentes, no por el hecho de no dormir juntos los días previos a la boda. —dijo Aiden, convencido.

—Pues a mí me parece una tradición encantadora. —comentó Sophia, soñadora.

—Oh, primeras discrepancias. ¡Qué monos! —dijo Sarah con sorna.

—Es que Sophia es demasiado romántica. —explicó Aiden con una media sonrisa.

—Recuerda que eso fue lo que más te gustó de mí, cuando me conociste. —respondió Sophia guiñándole un ojo.

Un par de horas más tarde, se marcharon del restaurante, y se despidieron de Liam y Sarah, que aún estaban perplejos ante la noticia. Aiden y Sophia se subieron al coche, en dirección a casa de ella.

—¿Viste la cara de Sarah? ¡Estaba super enfadada! —dijo Sophia, emocionada.

—¿Lo notaste tú también? —preguntó Aiden, intentando confirmar lo que ya sospechaba.

—Y Liam parecía estar más comedido, pero estoy segura de que no le ha hecho gracia.

—Sarah parecía que iba a matarte. ¡Dios, esto es genial! Si hubiera sabido esto, lo hubiera hecho antes. —sentenció Aiden.

—Un momento, no cantemos victoria. Esto es sólo el principio, y todavía no han cancelado nada. —advirtió ella.

Pasaron justo delante del pub McNeal, y decidieron ir a tomar algo, para celebrar el pequeño triunfo de esa noche, y seguir conversando.

—¿Y cómo es Kinsale? —preguntó Sophia mientras daba un sorbo a su bebida.

—Es una ciudad grande, tiene muchas tiendas y la vida allí es tranquila. La verdad es que es muy bonita. —explicó él.

—¿Y por qué no te quedaste allí?

—Porque no hay muchas posibilidades de trabajo, o no las había entonces. Además, Dublín me gusta mucho.

Sophia asintió.

—Sí, la verdad es que es genial.

—¿De qué parte de Inglaterra eres? —preguntó él con curiosidad.

—De Nottingham. La ciudad de Robin Hood. —contestó, orgullosa.

—¿Y cómo es que acabaste en Dublín?

—Vine de vacaciones con mis padres cuando era adolescente. Visitamos muchos sitios, incluyendo la biblioteca del Trinity College. Entonces, me enamoré de Dublín y de Irlanda, y decidí que mi futuro estaba aquí. Así que, me esforcé, saqué las mejores notas de mi promoción, conseguí una beca, y cumplí mi sueño. Y el resto es historia.

—Pensé que te habías quedado aquí por Liam.

Sophia frunció el ceño.

—No, claro que no. Es cierto que conocí a Liam cuando entré en la universidad, pero él no fue un factor determinante para quedarme, el sueño estaba antes.

Aiden asintió en respuesta, admirado por su determinación.

—Pero eso no quiere decir que le quiera menos. Es sólo que, yo ya tenía la idea de quedarme aquí. Sinceramente, creo que Liam la reforzó.

Aiden sonrió.

—Está bien eso de tener tus propias metas. No hay que hacer las cosas por alguien, sino por uno mismo.

—¿Por eso no te fuiste a Londres con Sarah?

—Exacto. Mi sueño era abrir mi taller, y en Londres no era viable. Era aquí donde tenía mis contactos. Sinceramente, nunca pensé que Sarah regresaría a Irlanda. Parecía ser feliz en Londres.

Sophia se encogió de hombros.

—Nostalgia, supongo. Aunque creo que influyó más el hecho de que Liam le propusiera matrimonio. Seguramente, ese fue el empujón que necesitaba.

—¿Tú no sientes nostalgia? ¿No echas de menos a tus padres, tu ciudad? —preguntó él con curiosidad.

—A veces, pero tampoco tengo nada en Nottingham ya. Mis padres ya no viven en Inglaterra. Hace un año, cuando mi madre se jubiló, vendieron su casa y se mudaron a Madrid. El sueño de mis padres siempre fue vivir en España cuando se jubilaran.

—¿Y vas mucho a España?

—Todos los años, al menos dos veces. Me encanta ir. ¿Has estado alguna vez?

—Nunca, siempre me quedo con las ganas. —contestó él.

—Pues no pierdas la oportunidad. Además, se come muy bien. Cada vez que vuelvo de allí, vengo con unos cuantos kilos de más—explicó Sophia,

sonriente. —De todas formas, como vamos a ser cuñados, podemos hacer viaje de parejitas a España. Yo seré la guía. ¿Qué te parece?

Aiden sonrió y dijo:

—Sería estupendo.

Se quedaron en silencio unos instantes, y Aiden volvió a hablar:

—¿Sabes? Esta noche está resultando ser fantástica. Hace unos días estaba derrotado, y ahora me siento muy bien.

Sophia lo miró y asintió.

—Yo me siento exactamente igual. Tengo el presentimiento de que las cosas saldrán bien.

—Sí, esta noche hemos obtenido una pequeña victoria. Podemos estar orgullosos. Pero ahora viene lo difícil, así que debemos mantenernos unidos y no dudar. ¿De acuerdo?

Sophia asintió.

—¡Eso está hecho! —contestó ella, sonriente y decidida.

Aiden se fue a dormir con el sabor del triunfo en su boca. Había sido genial ver la cara de enfado de Sarah. Recordó lo preciosa que estaba con ese vestido negro y ese escote ajustado. Si Liam y Sophia no hubieran estado cerca, se la hubiera llevado a su casa, y se hubiera encargado de quitarle el vestido. Cada vez que la veía era una tortura. Deseaba tenerla cerca, despertar con ella cada mañana, y disfrutar juntos de la vida y de otras muchas cosas.

Ahora recordaba aquel viaje a Londres, y la noche que habían pasado juntos. Estaba preciosa con su melena suelta sobre la almohada, diciendo su nombre, mientras disfrutaban juntos. Ojalá esos momentos de pasión hubieran sido eternos. De repente, sintió una enorme tristeza. Ahí estaba, fingiendo una relación para llamar la atención de Sarah. Era ella quien siempre había acudido a él, cuando había tenido problemas, quien le seguía siempre para pasar tiempo juntos en la adolescencia. Cómo habían cambiado las cosas.

## Capítulo 6

Sophia estaba ocupada ordenando unos volúmenes en la sección de historia. Todos esos libros eran préstamos que acababan de ser devueltos, y debían regresar a sus respectivas estanterías. Como siempre, se dispuso a realizar su trabajo con energía y motivación, sin pensar en nada más, ni siquiera en Liam y la inminente boda. En un par de días, pondría rumbo a Kinsale junto a Aiden. Sería a partir de entonces, cuando tendrían que sacar la artillería pesada si querían evitar el enlace.

Cada día hablaba un ratito con él, ya fuera por mensaje o a través de las redes sociales. Era sorprendente la buena sintonía que existía entre ellos. Siempre tenían algo que contarse. Si no era sobre una serie que alguno de los dos estaba viendo, era sobre coches, cine, o cualquier otro tema.

Mientras tanto, el corazón de Sophia seguía llorando por Liam, y el hecho de pensar que se casaría con la perfecta Sarah le producía un enorme dolor en el pecho.

No le había visto desde que le contaron que Aiden y ella estaban juntos. Recordó el gesto serio que puso Liam al enterarse. Sí, era la reacción que ella buscaba, aunque luego su amigo pareció volver a la normalidad. Solo esperaba que esa sonrisa forzada que dibujó Liam en su rostro durante la cena, significara que la cosa iba a salir bien.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que, con la tontería, se estaba desconcentrando, así que decidió volver a la Tierra.

Ya estaba casi terminando la tarea, cuando sintió que su teléfono vibraba. Lo sacó del bolsillo de su chaqueta, y miró el mensaje. Era de Liam.

<<Hola Sophia, ¿tienes planes para esta tarde después de las 5? He pensado que podríamos quedar y tomar algo, hace días que no hablamos. Un abrazo.>>

Sophia se puso algo nerviosa. Justo cuando estaba pensando en Liam, este aparecía en su teléfono. Era cierto que hacía días que no se veían, y ella tenía muchas ganas de verle. Más que de costumbre, de hecho. Por eso, decidió aceptar la invitación. Se verían en la entrada de la universidad a las 5, justo cuando ella terminaba su turno ese día. Lo único que no le gustaba es que no tendría mucho tiempo de arreglarse, aunque tampoco iba mal vestida. Llevaba un pantalón azul oscuro, camisa blanca y una chaqueta negra, con botines a juego. Siempre cómoda y discreta, no le gustaba llamar la atención.

Durante el resto de la jornada, los nervios apenas la dejaron tranquila, y se dispuso a realizar todas las tareas posibles para olvidar la tensión. Aunque estaba contenta con el plan, e intuía que podía salir bien, en esos momentos tenía ganas de dar rienda suelta a su honestidad, y contarle a Liam que él era el hombre de sus sueños. Pero no debía caer en la tentación, porque si no, todo se iría al garete.

Nada más llegar al lugar del encuentro, pudo ver a Liam a lo lejos. Se detuvo un instante antes de acercarse, para observarlo bien. Llevaba un elegante traje gris, una camisa blanca, y una corbata color granate. Estaba semi apoyado en uno de los muros de la entrada, pensativo, e irresistible. Su rostro cincelado, sus ojos azules, su pelo rubio elegantemente peinado hacia atrás. Liam se percató de su presencia y la sonrió. Estaba perdida. Sintió que las piernas le fallaban. Aun así, consiguió llegar hasta donde él estaba.

Liam se acercó a ella y le dio un abrazo, que hizo que Sophia casi se derritiera. Olía muy bien. Llevaba la colonia de *Jean Paul Gaultier*, que ella le había regalado en su último cumpleaños. Siempre que reconocía ese aroma en alguna parte, se acordaba de él. De su amado y maravilloso Liam.

—Ya era hora de que nos viéramos. ¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?—consiguió decir Sophia, mientras intentaba controlar los locos latidos de su corazón.

—Bueno, muy atareado. Con esto de la boda, no tenemos un minuto de respiro. —contestó Liam, cansado pero emocionado.

Sophia dejó de sentir esa felicidad que le inundaba cada vez que estaba junto a él. La maldita boda.

—¿Te apetece un té? He visto un sitio por aquí cerca que tiene buena pinta. Me lo han recomendado mis alumnos. De hecho, al ver los *muffins* que tienen, me ha entrado hambre. ¡Yo invito! —dijo Liam, entusiasmado.

Sophia pensó que era una buena idea. Las cosas dulces solían ser buenos bálsamos para los corazones solitarios y rotos, así que asintió en respuesta.

Durante el trayecto, que no era demasiado largo, Liam le estuvo hablando de los preparativos, otra vez. Su traje, el traje de Aiden, donde tendría lugar la ceremonia, y las actividades que harían antes del gran día.

—Tendremos partidos de futbol, visitas turísticas, y las despedidas de solteros, la haremos cada uno por separado. Así que te encargo que cuides de Sarah. Eres la mejor guardiana que podría tener, porque el resto de sus amigas suelen emborracharse rápido, y tú eres la única que no bebe en exceso. Así que, te la confío. —dijo Liam, sonriente.

A Sophia le entró un malestar tremendo. Lo último que quería era pasar tiempo con Sarah, la roba amores platónicos. Puso una mueca de disgusto, pero

Liam no se dio cuenta. Estaba ocupado hablando.

En pocos minutos, llegaron a la cafetería. Al entrar, se encontraron con un mostrador lleno de dulces de toda clase, como galletas, bollos y tartas. Sophia los miró embelesada y tardó un rato en decidirse. Finalmente, Liam se pidió un *muffin* relleno de chocolate, y Sophia se decidió por una porción de *carrot cake*, su tarta favorita. Ambos se pidieron té verde con leche. Mientras esperaban a que el camarero les sirviera lo que habían pedido, se acomodaron en unos sillones que había al fondo del local.

Al momento, ya estaba todo servido sobre la diminuta mesa que había colocada entre ellos. Probaron la tarta y el *muffin*, intercambiándose trozos, como siempre solían hacer cuando salían a comer algo. Era una especie de tradición. Ambos estuvieron de acuerdo en que estaba todo delicioso. Transcurridos unos instantes, la conversación volvió a fluir entre ellos.

—¿Y estás nervioso?—preguntó Sophia, intentando parecer tranquila y despreocupada.

—Un poco, pero estoy feliz. Creo que he tomado la decisión correcta.

Sophia lo miró con interés.

—¿Crees?

—Bueno, ya sabes. Uno nunca puede estar seguro de estas cosas. Puede que luego las cosas no salgan como uno espera.

Entonces, Sophia se puso seria.

—¿Por qué ella? Has tenido muchas novias, todas buenas chicas, pero al final, has vuelto con un antiguo amor.

Liam dejó la cuchara en el plato, y pensó un momento. A continuación, respondió:

—Creo que lo nuestro nunca terminó, en realidad. Siempre quedó algo pendiente entre nosotros. Verás, llevábamos muchos años sin vernos. Incluso cuando iba a Kinsale, nos evitábamos, para no hacernos daño. Pero, cuando fui a Londres y nos encontramos en la puerta de un restaurante, pensé que era cosa del destino. Imagínate la cantidad de habitantes que tiene Londres, es una ciudad enorme. Y justo me encuentro con ella. Podría haberme encontrado con otra persona, pero fue con ella, Sophia. Y al verla de nuevo, y hablar de los viejos tiempos, como si nada hubiera pasado, lo supe.

Sophia lo miró fascinada.

—¿Qué supiste?

—Que la seguía queriendo igual o más que antes. Y que el hecho de que mis relaciones anteriores fracasaran, era porque mi corazón seguía siendo suyo. Y te aseguro que ya no podrá ser de otra, Sophia. La quiero, y quiero pasar el resto de mi vida con ella. —sentenció.

Sophia se quedó sin palabras. De hecho, sentía que estaba a punto de llorar. Observó a Liam detenidamente. Estaba claro que quería a Sarah con toda su alma. Su mirada se iluminaba cada vez que hablaba de ella. En esos momentos, se sentía como una verdadera estúpida, intentando ligarse a Liam, fingiendo. Era una situación ridícula, y estaba a punto de contarle la verdad cuando Liam habló:

—Por cierto, todavía no puedo creerme lo tuyo con Aiden. Estoy impresionado.

A Sophia le cambió la cara. De repente, sintió curiosidad.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. No eres su tipo, y mi hermano es un hueso duro de roer. Por eso, conociéndote, no entiendo como estáis juntos. No tenéis nada que ver. —dijo él con sorna.

A Sophia le molestó un poco el comentario.

—¿Quieres decir que él nunca se fijaría en alguien como yo?

Liam notó el tono molesto en su voz, y se puso más serio.

—No quería ofenderte. Es sólo que es inusual. Sois una pareja atípica.

A Sophia no le gustaba lo que estaba insinuando.

—Así que como yo soy del montón, y él es un dios nórdico en versión irlandesa, seguramente esté conmigo por pena o porque se aburre ¿no?—dijo Sophia, algo enfadada.

Liam se sintió apurado.

—¡Nada de eso! Bueno, es que, sinceramente, me preocupas. Mi hermano es un tipo que no se ata a nadie, y tú eres como una princesa Disney. Sensible, romántica, delicada. Lo último que quiero es que te haga daño. Aiden es un tipo genial, pero como novio es una calamidad. —le advirtió en tono paternalista.

Sophia frunció el ceño y apretó la mandíbula. Ahora sí que estaba enfadada.

—¡Como si tú fueras perfecto! Aún recuerdo a Lisa, tu novia en segundo de carrera, llorando porque te habías liado con su mejor amiga. —Liam tragó saliva, y la miró asombrado. Nunca le había hablado así. —¡Oh! Y ¿te acuerdas de las gemelas Brown? Te lo hiciste con las dos, cuando salías con una de ellas. Y por supuesto, no nos olvidemos de Laura, con la que saliste hace tres años. La dejaste cuando fuimos a una barbacoa a casa de Esther, y casi quema el jardín del cabreo que se llevó. Y claro, toda la ira de tus ex iba hacia mí, porque todas pensaban que yo era la que malmecía.

Liam quiso protestar, pero sabía que tenía razón. Sophia siguió hablando.

—Así que, antes de criticar a los demás, asegúrate de estar cubierto. Y por favor, deja el rollo de hermano mayor conmigo. Tal vez mi historia con Aiden no sea amor verdadero, quizás nos apetezca pasarlo bien y divertirnos juntos. Cada noche, las veces que sean necesarias, con múltiples orgasmos si es posible. Así,

por una vez, podré dejar de ser tu paño de lágrimas.

Sophia decidió que debido al enfado que tenía, era mejor marcharse. Cogió su abrigo y se levantó. Liam se puso de pie, y la agarró del brazo.

—Lo siento, Sophia. —dijo, arrepentido. —Vaya amigo estoy hecho. En vez de animarte, lo único que hago es darte un sermón. Por favor, no te vayas. Lo siento, de verdad.

Sophia no podía hacer nada contra esos ojos de cachorrito abandonado. Suspiró.

—Te perdono. No puedo enfadarme contigo. —se lamentó.

Ambos se sentaron de nuevo.

—Te invito a otro trozo de tarta como disculpa.

A Sophia no le pareció mala idea.

—De acuerdo. Otra ración de *carrot cake*, con un poco de nata montada, por favor. —dijo, satisfecha.

Liam sonrió contento, y fue a pedirle al camarero la tarta. Al volver, retomaron la conversación, pero de forma más agradable.

—¿Sabes que Aiden jugó al fútbol en el colegio y en el instituto? Era el Beckham irlandés.

—¿En serio? —preguntó Sophia con interés.

—De verdad. Yo siempre lo envidié. Aunque él siempre me ayudaba con el deporte. Gracias a eso conseguí la beca.

—¿Y él por qué dejó de jugar?

—Porque le gustaban más los coches. Siempre ha sido así. Aunque tendrá que demostrar sus habilidades en el partido que jugaremos en Kinsale.

—Estoy segura de que lo hará bien. —afirmó ella, convencida.

—Bueno, pero yo también juego bien. De hecho, creo que mejor que él. —dijo Liam, algo enfurruñado.

—¿No será que tienes un poco de envidia? —preguntó Sophia, divertida.

—¡Para nada! —respondió Liam, nervioso. Se revolvió incómodo en su asiento, y suspiró molesto. —Bueno, admito que tengo un poco de envidia. Pero es que se llevaba de calle a todas las chicas del instituto. —se defendió.

—A todas no, eso lo sé. Con Sarah no pudo. —aclaró Sophia.

Liam se puso serio.

—Me temo que te equivocas. Ella estuvo enamorada de él, antes de salir conmigo.—explicó, apartando la mirada, nervioso.

Sophia se quedó sin palabras. ¿Sarah estuvo enamorada de Aiden en el instituto? Esto cambiaba las cosas bastante. Su amigo parecía preocupado de repente. Sophia tuvo ganas de abrazarlo, pero debía contenerse. Tenía unas cartas muy buenas, y debía utilizarlas bien.

—Bueno, no te preocupes. Eso forma parte del pasado. Además, Aiden está loco por mí. No se fijaría en nadie más. Y Sarah te quiere. Aunque el primer amor nunca se olvida. Pero vamos, que no te preocupes, todo irá bien. —dijo Sophia sonriendo, mientras por dentro chocaba la mano con su yo malvado.

Liam no sonrió, de hecho, se puso peor. Ella le ofreció un trozo de tarta, y Liam lo devoró. Ahora dudaba, y la inquietud no es buena cuando uno está a punto de casarse. Si Liam decidía romper el compromiso, ella estaría preparada para recibirlo, y consolarlo cuidadosamente. En ese momento, una imagen vino a su mente. Una preciosa fantasía.

Liam aparecía triste y destrozado en la puerta de su apartamento, lamentando que Sarah se haya ido con Aiden. Ella le recibía vestida con un ajustado vestido negro. Lo invitaba a entrar y lo abrazaba. Él quedaba embriagado por su perfume, y ambos se miraban. Sophia se abalanzaba sobre él, y lo besaba. Segundos después, acababan haciendo el amor en la habitación de ella, invadidos por la pasión, extasiados. En ese momento, Liam se daba cuenta de que no podía vivir sin ella, porque nadie le había hecho el amor así. Entonces, se convertía en su marido unos minutos después en una rápida ceremonia.

¿Qué podía salir mal? Si Liam supiera la pasión que ella llevaba dentro. El amor tan grande que le profesaba. Si sólo le diera una oportunidad, se daría cuenta de que había estado perdiendo el tiempo en brazos de otra.

Mientras su fantasía llegaba a la parte en la que tenían tres preciosos hijos rubios, y una hermosa casa en el campo, Sophia oía a lo lejos la voz de Liam, llamándola. Era hora de volver al mundo real.

—¿En qué estabas pensando? Esto es como aquella vez que rompí con Lisa. Pusiste la misma cara mientras te hablaba. Parecía que estabas en otra parte. —dijo Liam, un poco indignado.

Ahora Sophia recordaba aquel día. Esa vez, tuvo una visión parecida, pero no había niños todavía, sólo Liam y ella juntos, felices y enamorados.

—Lo siento, pensaba en la lista de la compra. ¿Qué me decías?—respondió, apurada, después de dejar a un lado sus lascivos pensamientos.

—Decía que mi madre ya lo ha organizado todo, para que te quedes a dormir en casa. Aiden y tú dormiréis en su antiguo cuarto, tiene una cama doble. Sophia se alarmó.

—Pero, yo pensaba que a lo mejor eran más tradicionales.

—Son tradicionales con lo de mi boda, nada más. Todavía están alucinando con lo vuestro. Porque no la dejan, que sino mi madre te pondría un monumento en el jardín.

—Ni que hubiera descubierto el Polonio. —comentó, sorprendida.

—No, pero has pescado a Aiden, eso es todo un logro. Pero lo dicho, me

alegro por vosotros. Espero que dure mucho. —dijo Liam.

Una hora más tarde, salieron del local, y se despidieron. Mientras conducía en dirección a su casa, Sophia hizo balance de los acontecimientos de esa tarde. Liam había dudado en un principio de que su romance con Aiden fuera real, o que fuera algo duradero, en todo caso. Era lógico. Sabía bien que su hermano mayor no había tenido una relación estable nunca, pero ella conocía el motivo. No podía enamorarse de nadie, porque ya quería a Sarah. Curiosamente, a Liam le pasaba lo mismo. Empezó a preguntarse, qué clase de poderes tenía esa mujer para encandilar a esos dos hombres, y hacer que fuera imposible para ellos tener éxito en el amor.

La semana que pasarían en Kinsale sería el escenario perfecto para conocer a Sarah a fondo. Encima iría con ella a la despedida de soltera. Ojalá contrataran a un *stripper*, y Sarah se desmadrara. Entonces sería fácil sacar unas fotos con el móvil, y enseñárselas a Liam. Al instante, Sophia desechó esa idea. Le parecía horrible. No, lo mejor era seguir con el plan anterior, que era menos rastrero.

Se preguntaba por qué Liam nunca la había invitado a ir con él a Kinsale. Durante sus años de amistad, él siempre hablaba del lugar, al que describía con cariño. Ni siquiera conocía a sus padres, y le había presentado a Aiden porque iba a casarse, que sino nada. Es verdad que ella era una amiga y no su novia, pero casi era de la familia. Sabía más cosas de él que nadie de su entorno. Como, por ejemplo, que era alérgico a los cacahuetes. Que no le gustaban los jerséis de lana, y que odiaba las coles de Bruselas. Estaba segura de que Sarah sólo sabía la mitad de esas cosas. Y entonces recordó cómo él hablaba de ella, embelesado, con una enorme sonrisa en su cara.

Aparcó el coche, y antes de salir se miró un instante en el espejo retrovisor. Cara redonda, ojos castaños, labios carnosos, nariz chata. Un rostro corriente. Una chica del montón, sin nada destacable. Aunque por dentro tenía miles de cualidades que podían cautivar a cualquiera. Sus amigos no se cansaban de decirle que un poco de colorete no le vendría mal, y que sacara pecho. Pero ella no era capaz. Se sentía pequeña e insegura, sobre todo cuando estaba con Liam. Ahora todos pensaban que le había robado el corazón a un portento como Aiden. Un tipo alto, musculoso, guapo y agradable, que hacía suspirar a cualquiera. Con una sola mirada, era capaz de provocar disturbios. Liam tenía razón, no pegaban ni con cola.

Se dio cuenta de que estaba empezando a sentirse triste, y se dio unas palmaditas en las mejillas. No había lugar para la tristeza, no ahora. Debía ser firme y pisar fuerte. No era el momento de dudar. Era Liam el que debía hacerse preguntas. Sólo esperaba que Sarah se sintiera igual. Ella era la clave. Si empezaba a dudar y reconsiderar su decisión, entonces Aiden y ella debían

atacar sin piedad. Estaba deseando contarle lo que había sucedido esa tarde.

Sacó el teléfono de su bolso y se dispuso a llamarle. Daba señal, pero no lo cogía. Eran casi las ocho, así que le resultó extraño, porque a esas horas, el taller ya estaba cerrado. Decidió que intentaría localizarle más tarde. Ahora tenía ganas de pegarse una buena ducha, ponerse el pijama y descansar.

## Capítulo 7

Eran las 6 de la tarde, y Aiden estaba limpiando y ordenando las herramientas. Hoy la actividad había sido incesante pero beneficiosa, así que estaba satisfecho. Había estado ese día hablando con su segundo encargado, Thomas, que se quedaría a cargo del negocio los días que él estuviera en Kinsale. Le dio las pertinentes instrucciones para que todo fuera sobre ruedas en su ausencia. Confiaba plenamente en él. Era uno de sus mejores amigos fuera del trabajo, y sabía que todo marcharía bien bajo sus órdenes.

Durante esa semana había estado intercambiando mensajes con Sophia, y se sentía positivo. Creía que el plan iba a salir bien, a pesar de que ya quedaba poco para la celebración del enlace. Había hablado también con Liam, que se mostraba ilusionado y risueño con el asunto de la boda, para disgusto de Aiden, que trataba de disimular su molestia como podía. De quien no sabía nada era de Sarah.

Le resultaba raro que no se hubiera puesto en contacto con él, sobre todo ahora que estaban en la misma ciudad. Cuando ella vivía en Londres, hablaban casi todos los días, llamadas que él siempre esperaba con ilusión. Era de las pocas cosas que le hacían sonreír en este mundo.

Pero desde que compartieron la noticia del noviazgo, no tenía noticias suyas. Esto le hizo pensar que, tal vez, y sólo tal vez, cabría la posibilidad de que ella estuviera celosa. Sarah solía ser así. Debías temer más sus silencios que sus gritos.

Justo en ese momento, Fred, uno de los mecánicos, se dirigió a él.

—Jefe, hay una mujer que pregunta por ti. Dice que la conoces. Se llama Sarah.

Aiden se sorprendió. Justo cuando pensaba en ella, aparecía. Magia pura.

—Voy enseguida. —dijo.

Se dio prisa en terminar lo que estaba haciendo, y después se fue al vestuario a cambiarse. A continuación, se dirigió a la salita de espera del taller, que estaba al lado de la entrada. Era una sala acristalada, con unas cuantas sillas y una mesa de té. Tenía en una esquina una máquina expendedora que proporcionaba cafés y tés, al gusto del consumidor. El suelo estaba hecho de madera, y se accedía al lugar por una enorme puerta de cristal.

Allí estaba Sarah, sentada. Iba vestida con una falda corta negra, medias y

zapatos de tacón del mismo color, y un abrigo verde. Llevaba su melena sedosa y suave suelta, labios pintados de color rosa, y sombra de ojos del mismo color. Cuando Aiden la vio desde fuera, sintió un cosquilleo en el estómago. Estaba irresistible, preciosa y seductora. Tragó saliva, intentando controlar el impulso de llegar hasta ella, estrecharla entre sus brazos y besarla. Tenía unas ganas locas de hacer eso, pero no era el lugar ni el momento. Ahora debía averiguar para qué quería verle.

Entró en la sala, y ella lo miró. Se levantó del asiento, sonriente. Aiden llevaba unos vaqueros, camiseta con el logo de una marca de coches y una camisa de franela.

—¡Aiden! Hola ¿cómo estás? —dijo ella mientras él se acercaba.

—Bien. ¿A qué debo tu visita? —preguntó Aiden, embelesado.

—Quería invitarte a cenar. ¿Tienes planes?

—No, no tengo planes. ¿Viene Liam también? —preguntó, sorprendido por la repentina e inesperada invitación.

—No, está en una reunión, y no vendrá hasta más tarde. Así que he pensado que podríamos ir a cenar y charlar un rato. Hace días que no nos vemos, y no hemos tenido tiempo de contarnos cosas. Aunque si te pilla mal, lo dejamos para otro día. Imagino que querrás estar con Sophia. —dijo ella, mirándole con expectación.

—No, no, no te preocupes. Ella también está liada. Vamos a cenar. —respondió Aiden apresuradamente. No quería que nada le estropeará esa oportunidad.

—Genial. ¿Te apetece ir a un italiano que hay aquí cerca? Creo que se llama Vitorino, si no me equivoco.

—Sí, me parece bien. Además, conozco al dueño. Es cliente nuestro. Seguro que nos hace descuento. —comentó Aiden, sonriente.

Minutos más tarde, ya estaban sentados en una de las mesas del restaurante. Sarah se quitó el abrigo, y Aiden casi se queda sin aliento. Llevaba una blusa azul medio desabrochada, que mostraba un hermoso escote. Por un momento pensó que no sería capaz de elegir ningún plato, porque apenas podía concentrarse con semejantes vistas. Sarah era la única que le hacía perder el control de la situación. Era suyo por completo.

Una vez pidieron la comida, Sarah habló:

—Veo que te van bien las cosas. Me alegra que el taller esté siendo un éxito. Aún recuerdo cuando en el instituto te pasabas el día con los coches. Recuerdo que ibas con Rodney y Barry a ver la Formula 1 al pub de Pet, y aquel viaje que os hicisteis a Francia para ver los *rallyes*.

—Ya sabes que siempre ha sido mi pasión. —dijo él con cierto orgullo.

—Por eso me alegro de que puedas vivir de ello.

—Bueno, tú tampoco te puedes quejar. En Londres no te fue nada mal.

—No, la verdad es que no. Pero me he cansado. Bueno, la verdad es que llevaba tiempo cansada de vivir allí. Echaba de menos Irlanda. Y cuando apareció Liam por allí, digamos que terminó de convencerme. —explicó ella, risueña.

Aiden puso una mueca de molestia. Le fastidiaba que fuera Liam el que se llevara el mérito de haberla convencido de volver a casa. Preferiría haber sido él el causante de ese cambio de planes.

—¿Y cómo te convenció? Pensé que lo vuestro había terminado definitivamente.

—Eso pensaba yo también, pero, ya ves. La vida da muchas vueltas. No te lo creerás, pero creo que fue cosa del destino. No puede ser casualidad que, en una ciudad de ocho millones de habitantes, me encuentre en la puerta de un restaurante con Liam. Al principio nos saludamos y poco más, pero cuando terminé mi reunión y él la suya, decidimos ir a tomar algo. Y al final nos dimos cuenta de que no había pasado el tiempo para nosotros.

—Menuda diferencia. —dijo Aiden, dolido.

Sarah lo miró fijamente, y su mirada se ensombreció, como recordando algo.

—Aiden, lo nuestro fue maravilloso, pero sabías que fue algo momentáneo. Con Liam es diferente.

—Sí, siempre es diferente con Liam. —respondió Aiden, aún más molesto. Sentía que ardía por dentro. Él había sido el rollo de una noche, el parche. Ahora se sentía realmente incómodo.

Sarah forzó una sonrisa, intentando quitar hierro al asunto.

—Pero mira, ahora tienes a Sophia. Es genial que hayas encontrado pareja. —comentó ella.

—Sí, genial. —dijo Aiden con desgana.

—Aunque debo decir que para mí fue una sorpresa saber que estabas saliendo con ella. —afirmó Sarah, pensativa.

Esto captó la atención de Aiden, que la miró fijamente.

—¿Y eso por qué? —preguntó él con curiosidad

—Porque, uno, nunca has tenido relaciones serias, sólo líos. Y dos, porque no es como las demás chicas con las que has salido. De hecho, sois muy diferentes. —dijo Sarah en un tono que a Aiden le gustó. Detectaba algo inusual. ¿Celos, quizás?

—Ya sabes lo que dicen. Los polos opuestos se atraen. —respondió él de forma enigmática.

—Vosotros no estáis en polos opuestos, estáis en universos distintos. — aclaró ella con sorna. — Según me ha contado Liam, es una chica muy diferente. Fuera de lo común. No es de tu estilo para nada. —afirmó.

—¿Y por qué no? —inquirió él.

—Bueno, físicamente es del montón, y no tenéis gustos en común. Es una friki que adora los cómics y la ciencia ficción, además de los libros, claro. Según me ha dicho Liam, es alocada y algo torpe. Siempre está en las nubes —explicó Sarah.

—También le gustan los coches. —aclaró Aiden.

Ella se encogió de hombros.

—Al menos tenéis algo en común. Pero, Aiden, en serio. ¿De verdad estás enamorado de ella? Permíteme que lo dude, es que nunca has estado enamorado. Y no me gustaría que le hicieras daño. Liam la adora, es su mejor amiga. —le advirtió.

Aiden frunció el ceño y apretó la mandíbula. Siempre Liam en medio, incluso en su noviazgo de mentira.

—Si Liam la adora, yo la venero. Es una mujer increíble que hace que cada día, me levante y me acueste pensando en ella. Que me alegra el día con sólo un mensaje. En definitiva, estoy loco por ella. Y si los demás tíos han estado tan ciegos como para no darse cuenta de lo maravillosa que es, no es mi problema. —sentenció Aiden, satisfecho. Acababa de hacer una declaración de amor en toda regla. Podían darle el Oscar mañana mismo.

Sarah se quedó sin saber qué decir. Nunca había oído a su amigo hablar así, y en cierta manera, estaba algo desconcertada. Él era un tipo duro, cuyo corazón estaba envuelto en una dura coraza que nadie había conseguido romper, a excepción de esa misteriosa mujer que él había mencionado alguna vez.

Recordó la noche de pasión que vivieron en Londres. Lo suyo solo fue sexo. Excitante e inolvidable, eso sí. Pero aquello no era amor.

Lo observó bien. Algo tenía Sophia que lo había hecho cambiar. Últimamente estaba escuchando ese nombre a menudo. Sobre todo, porque Liam no paraba de hablar de ella, y eso la estaba empezando a molestar.

—Me alegro entonces. Tienes todo mi apoyo. —dijo Sarah, tajante, antes de beberse de un trago su copa de vino.

Aiden sintió una enorme sensación de triunfo. Estaba claro que algo le inquietaba a Sarah. Seguramente, tenía una mezcla de emociones. Por un lado, quería a Liam, pero por el otro, la molestaba que él estuviera con otra. La conocía bien desde la infancia. Cuando a Sarah le molestaba algo o estaba enfadada, el silencio era su arma.

Aunque quería mucho a su hermano, no podía evitar odiarle en parte por

haberle quitado lo que más quería, el corazón de Sarah.

La observó de nuevo. Deseaba perderse en su melena, llenarla de besos, abrazarla, y pasar todas las noches de su vida con ella. Pero no podía hacerlo. No por ahora. Debía ser paciente.

Mientras degustaba sus tallarines, y Sarah le hablaba de temas insustanciales, como las actividades que realizarían durante la semana previa a la boda, notó en el bolsillo una vibración. Era su teléfono, que estaba sonando. Lo sacó y miró quién llamaba. Era Sophia. Vio que tenía más llamadas suyas. Algo importante estaba sucediendo, pero tendría que esperar. Lo guardó en el bolsillo, y siguió comiendo. Justo en ese momento, Sarah sacó su teléfono del bolso. Al comprobar quién llamaba, se puso nerviosa. A pesar de esto, atendió la llamada.

—Hola, cariño. —dijo ella tratando de parecer normal.

Esta actitud a Aiden le escamó. ¿Por qué estaba tan inquieta?

—¿Qué con quién estoy? Con Marcia. Es que hemos salido a cenar... Sí, no te preocupes. En un ratito estaré en casa. Por cierto, ¿qué tal la reunión?... Bien, estupendo. Bueno, en un rato nos vemos. Ciao. Te quiero.

Sarah colgó, y guardó su teléfono en el bolso. Entonces, miró a Aiden. Este la miraba con una ceja levantada.

—¿Desde cuándo me llamo Marcia? —preguntó, serio.

Sarah se puso tensa.

—Verás, es que Liam no sabe que estoy cenando contigo. Y no quiero que se ponga celoso.

—¿Por qué tendría que ponerse celoso? Soy su hermano. No vamos a hacer nada. No hay nada entre nosotros. —respondió él, un tanto molesto.

—Ya sabes cómo es. Además, él sabe que tuvimos algo hace años. Y que yo, bueno, que yo...

—¿Qué tú, qué? —preguntó con interés.

—Será mejor que dejemos el tema. Terminemos de cenar, y vayámonos a casa ¿de acuerdo?. —zanjó Sarah.

Aiden aún sentía curiosidad, pero decidió no insistir. Sarah estaba escondiendo algo, pero no era el momento de hacer averiguaciones. Todo llegaría a su debido tiempo.

Terminaron de cenar, y en cuanto pagaron la cuenta, Sarah se marchó apresuradamente después de despedirse de él. Parecía apurada y nerviosa. De repente, Aiden se acordó de Sophia. Sacó el teléfono y la llamó.

—¡Por fin te encuentro! —exclamó ella al otro lado, algo enfadada.

—Lo siento, es que estaba cenando con Sarah.

Sophia se quedó callada un momento. Estaba sorprendida.

—¿Con Sarah?

—Sí, con Sarah. ¿Qué ocurre? Tengo un montón de llamadas tuyas.

—¿Puedes venir a mi casa ahora?

Aiden miró el reloj. Eran casi las nueve y no estaba lejos de la casa de Sophia.

—No hay problema.

—Genial, te espero aquí. Tengo cosas importantes que contarte.

—Yo también. —contestó Aiden.

A los pocos minutos llegó al apartamento de Sophia. Allí estaba ella, vestida con un pantalón de pijama blanco con corazones verdes estampados, y una camiseta de manga corta azul con el logo de Superman. Había preparado chocolate caliente, y el aroma envolvía todo el salón. Ambos se sentaron en el sofá y Sophia le sirvió una taza. Aiden tomó un sorbo, y se deleitó con el sabor. Enseguida se sintió como en casa.

—Bueno, ¿cuándo pensabas contarme que habías quedado con Sarah? —preguntó Sophia.

—Ha sido una sorpresa. Se ha presentado esta tarde en el taller, y me ha invitado a cenar. Te iba a llamar después de la cena.

—¿Ha ocurrido algo interesante? —preguntó ella con interés.

—Creo que sí. —Aiden dejó la taza sobre la mesa, y se acercó a Sophia. —Tengo la impresión de que tiene dudas. Es más, ha insinuado, bueno, casi afirmado, que Liam tiene celos de mí.

Sophia asintió.

—No lo dudes. Así es.—dijo Sophia, tajante.

Aiden frunció el ceño.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque esta tarde he estado con él, y me lo ha dicho. —contestó Sophia, sonriente.

Aiden la miró, sorprendido.

—¡Vaya! Menuda sorpresa. Así que resulta que no estaba en una reunión. Estaba contigo. Esto se pone interesante. —comentó, pensativo.

—¿A quién le ha dicho que estaba en una reunión? —preguntó ella.

—A Sarah. Pero ella también le ha mentado. Delante de mí, le ha dicho que estaba cenando con una amiga.

Sophia puso una mueca de asombro.

—Ahora cuéntame qué ha pasado esta tarde. —la instó él.

—De acuerdo. Esta mañana me mandó un mensaje para proponerme quedar esta tarde. Yo, como tenía muchas ganas de verle, acepté. Nos fuimos a una cafetería que hay cerca del campus, y empezamos a charlar. La cosa se estaba desarrollando sin novedades. Ya sabes, estábamos con el monotema de Sarah y

de la boda, hasta que salió el asunto de nuestro noviazgo. Ahí empezó lo bueno. Liam sostiene que no pegamos ni con cola, y que yo voy a ser una novia sufrida, porque tú eres un rompecorazones. Vamos, que se ha puesto en plan hermano mayor, y le he tenido que mandar un poco a paseo. En fin, a lo que iba. Resulta que, según tiene él entendido, Sarah se enamoró primero de ti, antes de empezar a salir con él. Vamos, que mi Liam es un parche. Parece ser que Sarah decidió salir con él, después de ver que contigo no tenía posibilidades.

Aiden se quedó perplejo. Ahora le encajaban las piezas.

—Así que por eso ella se ha puesto tan nerviosa. Porque Liam sabe que yo le gusté antes. Un momento. —hizo una pausa, intentando asimilar la repercusión de lo que acababa de decir. —¿Yo le gusté primero? —se preguntó, asombrado.

—Sí, tú fuiste el primero, Aiden. Eso quiere decir que no está todo el pescado vendido. Hay posibilidades de que no se casen. Ahora tenemos que hacer que ella se dé cuenta de que eres tú con quien debe estar. —explicó Sophia.

—Por cierto, ¿por qué Liam le ha dicho a ella que estaba en una reunión, si estaba contigo?

Sophia pensó un momento.

—Pues no lo sé. Es absurdo. Que ella mienta respecto a ti lo entiendo. Pero yo...

Entonces, Aiden comprendió el asunto.

—Estoy seguro de que Liam no deja de hablar de ti. Y a ella no le debe gustar nada. Además, Sarah también me ha dicho que no pegamos. Que si no eres mi tipo, que si somos distintos. Y me ha dicho que Liam te adora.

Sophia se llevó una mano al pecho, emocionada.

—¿Liam me adora?

—Sí, y no quiere que sufras. Pero a mí eso me ha sonado a mentira. Desconfían totalmente el uno del otro. Llevan tres meses juntos y ya se ocultan cosas. Si se casan, se divorciarán a los dos días. —dijo, convencido.

Sophia dibujó en su rostro una sonrisa malvada.

—La desconfianza mata las relaciones.

—Sin duda. —respondió Aiden, dibujando una media sonrisa.

Entonces, se miraron con determinación.

—Ya son nuestros. —sentenció Sophia.

Dicho esto, brindaron, sonrientes. Desconfianza, celos e inseguridades. Con estos tres ingredientes, la ruptura era inminente.

Antes de que Aiden se marchara, acordaron los detalles de su viaje a Kinsale, que tendría lugar en dos días. Viajarían juntos en el coche de Aiden.

Este la recogería en su casa el viernes por la mañana muy temprano, para así poder llegar allí antes del mediodía. Finalmente se despidieron, animados y optimistas.

Aiden se metió en la cama pensando de nuevo en ella, en su Sarah. Volvió a recordar el tiempo que pasaron juntos, y quería que esos momentos tan felices se repitieran durante el resto de su vida. Quería que Sarah despertara, y se diera cuenta de que él era el hombre adecuado para ella. Que la cuidaría, y jamás se iría de su lado. Pero debía demostrar que era un novio dedicado y atento, no un mujeriego empedernido, como hasta ahora. Sophia sería su aliada. En esos días, se desviviría por ella. Si había que fingir besos y arrumacos, regalarle flores, y dar paseos a la luz de la luna, lo haría, con tal de que Sarah cambiara de idea.

Sophia recordó las palabras de Aiden. Liam la adoraba. Esa frase la llenaba el corazón de alegría. Había sido feliz con solo estar a su lado esa tarde, viéndole sonreír, hablar y reír. Siempre había sido así. Ella era su apoyo, su amiga, una simple espectadora, a veces. Pero soñaba con ser algo más. Ahora ese sueño estaba al alcance de la mano.

Se suele decir que el amor te hace resplandecer, así que fingiría estar locamente enamorada de Aiden, y se convertiría en una brillante estrella a los ojos de Liam. Le demostraría que ella es la mujer que siempre ha buscado. Que no hacía falta irse a Londres, ni a ninguna otra parte. Que ella siempre ha estado ahí. Lo que ocurre es que a veces, es necesario alejarse un poco, para valorar algo en todo su conjunto.

## Capítulo 8

Eran las 7 de la mañana, y Sophia ya estaba preparada. Hoy, Aiden y ella viajarían a Kinsale. El día anterior había estado preparando el equipaje, y había resultado ser una tarea agotadora. Había metido en la maleta toda la ropa nueva que se había comprado, y por supuesto, el vestido para la boda, que esperaba no tener que ponerse.

Richard y Susan le ayudaron a elegir qué llevarse y qué no. Ellos querían que solo se llevara la ropa más atrevida, mientras que ella prefería ser más práctica, por lo que siempre había algún que otro desacuerdo. También, metió un neceser lleno de maquillaje y otro con las cosas básicas de higiene. Sus amigos le dieron las instrucciones necesarias para maquillarse de la mejor forma posible, evitando así que se pintara como una puerta. Aunque todo eran consejos dirigidos a seducir a Liam, ambos preferían a Aiden, claramente.

En un momento dado, Richard le dijo con una mirada pícaro:

—Espero que no tengas que usar los pijamas, porque te estés divirtiendo con tu novio de pega.

Sophia se molestó, y contestó:

—No los usaré si es Liam quien me los quita. Yo con otro, no.

Richard soltó una sonora carcajada. Estaba claro que su amigo tenía un favorito, pero se iba a llevar un chasco, porque sería Liam quien acabaría quitándole todo, si había suerte.

Aiden llegó puntual a la cita. Una vez colocaron las maletas en el coche, pusieron rumbo a Kinsale. El viaje duraría aproximadamente tres horas y media, así que tendrían tiempo de sobra para hablar. Liam iría en su coche con Sarah, y no se encontrarían por el camino, porque ellos saldrían más tarde.

Se pusieron en marcha, y debido al poco tráfico que había en Dublín a esas horas, pronto llegaron a la autopista.

—¿Estás nervioso? Ya sabes, por todo esto. —preguntó ella.

—Un poco. Pero tengo la impresión de que va a salir bien. —contestó él, sin quitar la vista de la carretera.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos. Entonces Sophia habló de nuevo.

—Liam me explicó que habían decidido celebrar la boda en Kinsale, porque casi todos los invitados viven allí.

—Así es.

—¿Aún tienes muchos amigos en Kinsale?

—Sí, todos son amigos de la infancia. Nos conocemos desde que éramos niños. Hemos crecido juntos.

—¿Y seguís manteniendo el contacto?

—No tanto como me gustaría, pero cada vez que voy, intento reunirme con ellos. Mis mejores amigos se llaman Rodney, Barry, Spencer y Joe.

—¿Todos ellos viven en Kinsale?

—Rodney, sí. Es el encargado del pub O'Callahan. Sin embargo, Barry vive en Cork, y Spencer y Joe viven en Limerick. Los conocerás, están invitados a la boda.

—¿Son también amigos de Liam?

—Solíamos salir todos en pandilla, así que somos todos del mismo grupo.

—Eso es genial. Yo nunca tuve una pandilla. —dijo ella, con cierto anhelo.

—¿En serio? —preguntó él, extrañado.

—Bueno, nunca tuve demasiados amigos en el instituto ni en el colegio. Me costaba socializar. De hecho, te diré que gracias a Liam conocí a mucha gente en la universidad. Él era quien me presentaba a todo el mundo. Y el que me llevaba a todas las fiestas.

—Sí, eso siempre se le ha dado bien.

Sophia sonrió con ternura.

—Le quieres mucho ¿verdad?

Aiden suspiró con tristeza.

—Sí, pero a la vez le odio.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, el amor y el odio suelen ir de la mano, por desgracia.

Aiden empezaba a sentirse algo incómodo, no quería que Liam fuera el protagonista de todas sus conversaciones. Entonces, decidió que ya era hora de cambiar de tema.

—Oye, siempre estamos hablando de mí. ¿Qué hay de esos novios que has tenido? —preguntó, animado.

Sophia suspiró con cierto aire de aburrimiento. Su vida amorosa había sido de todo, menos interesante.

—No hay mucho que contar, la verdad. Mi primer novio se llamaba Harold, lo conocí en el jardín de infancia, y nuestro noviazgo duró solo la hora de recreo. En el instituto no ligué, de hecho, era del grupo de los empollones, y nadie se me acercaba. En la universidad, salí en segundo año con Arthur, que estudiaba Ciencias Sociales. Era un tipo majo, no demasiado guapo, pero era encantador. Con él tuve mi primera experiencia... —explicó Sophia con timidez.

—¿Perdiste la virginidad tan tarde? —preguntó, asombrado.

Sophia se revolvió en su asiento, algo incómoda.

—Sí, a los veinte años. ¿Y tú? —preguntó con interés.

—Yo a los quince. Con Cindy Bellamy, una de las animadoras. Era preciosa, de las más guapas de instituto. —Aiden sonrió al recordarlo—. Tenía un cuerpazo, y unas peras...

—¡Suficiente! —exclamó alarmada, alzando la mano para que se callara. — Sigamos con mi historia. —se aclaró la garganta, y continuó. —Rompí con Arthur a los seis meses de empezar a salir juntos, cuando Liam lo dejó con Jennifer. No pude evitarlo. Estaba tan guapo y tan triste, que me di cuenta de que lo mío con Arthur era pura fachada. Y después, en el último año, empecé a salir con Brian, de Química. Era del mismo tipo que Arthur, pero lo nuestro duró más, alrededor de un año y medio. Terminó cuando lo pillé comiéndole la boca a su profesora de Tecnología. Por lo visto tenían un rollo profesora-alumno muy ardiente. Aunque, sinceramente, me dio igual. —afirmó con desgana.

Aiden asintió, pensativo.

—Profesora-alumno, buena fantasía. A mí me encantaba mi profesora de Lengua, la señorita Marshall. Pero no fue posible, yo sólo tenía 12 años. —se lamentó, recordando a su atractiva profesora.

Sophia lo miró divertida.

—¡Menudo Don Juan estás hecho! Sólo te pido que esta semana te controles. No me gustaría ser la cornuda de las actividades lúdicas. —dijo con sorna.

—No te preocupes, te seré fiel, cariño. —respondió Aiden, sonriendo ampliamente.

—En resumen, ese es mi historial amoroso. Siempre con Liam en mi mente. Y mira que he intentado que saliera de mi cabeza, pero no hay manera. ¿Te das cuenta de que Liam y Sarah nos han convertido en personas incapacitadas para enamorarse? —dijo, pensativa.

Él asintió.

—Sí, es cierto. El otro día estuve a punto de estrecharla entre mis brazos y besarla. Joder, tenía unas ganas locas, pero tuve que contenerme. —se lamentó.

Sophia asintió.

—Te comprendo. Yo cuando le vi el otro día tuve una fantasía tremenda delante de él. No sólo me imaginé abalanzándome encima de él, y haciéndole de todo, llegué incluso a pedir la hipoteca y a tener niños.

Aiden la miró de reojo.

—Eso sí que es fuerte. —sentenció, asombrado.

—Desde luego.

Se quedaron en silencio un momento, y entonces Sophia dijo:

—Por cierto, me dijo Liam que tenía que vigilar a Sarah en la despedida de soltera. ¿Tanto se desmadra?

—No es ella el problema, son sus amigas. Eve, Joan y Clare. En cuanto salen, beben como cosacos, y al final acaban liándola. Una vez se emborracharon tanto, que acabaron entrando en casa del cura, porque creían que era su casa, y montaron un escándalo tremendo. Otra vez, cuando Eve se casó por primera vez, en su despedida, trajeron a un *stripper*. Maldita la hora. Al pobre casi le hacen de todo, y de hecho, llegaron a romperle el tanga. Tuvimos que sacarle de allí entre todos. Por supuesto, Eve se divorció al año, y buscó al *stripper*, pero este no quería líos. —explicó Aiden.

Los dos se echaron a reír.

—Así que, seguramente, haya un *stripper*. —dijo, pensativa.

—Sí, es lo más probable. Así que, si ves que empiezan a arrancarle la ropa, huye.

—Vamos, creo que exageras, no será para tanto. —respondió ella, quitándole importancia.

—Créeme, ojalá exagerara. Aunque los de nuestra pandilla tampoco se quedan atrás. Una vez, Spencer se pasó con la cerveza, y acabó yendo a casa de Nancy, que ahora es su mujer, a cantarle a su ventana. Tendríamos unos diecisiete años, todavía no estaban saliendo. Fuimos todos con él por hacer la gracia, y al final, el padre de Nancy salió con su escopeta de caza, y nos persiguió por todo Kinsale.

—¿Y cómo consiguió casarse con ella después de eso? —preguntó Sophia, sorprendida.

—Flores, perfume y trabajarse al padre. Esa fue la clave.

Volvieron a reírse.

—Estoy deseando conocerlos. Tengo la impresión de que me lo voy a pasar genial.

—Pues verás cuando conozcas a la familia.

—¿Tenéis muchos bichos raros? —preguntó ella con interés.

—De todo un poco. Somos una familia grande. Entre primos y tíos, podemos ser fácilmente cincuenta personas.

Sophia puso los ojos en blanco, y sacudió la cabeza.

—Eso no es nada. En mi familia, especialmente en la española, somos alrededor de ciento cincuenta.

Aiden se quedó perplejo.

—Vaya, eso sí que es una familia grande.

—Por parte de mi padre somos menos. Recuerdo cuando íbamos a España

en Navidades. ¡Menudas reuniones teníamos! Todos comiendo, hablando sin parar, riendo. La verdad es que a mí me encantaba. Siempre me han gustado esas reuniones familiares ruidosas. Cuando creces ya no es tan divertido, porque empieza a faltarte gente.

—Pues aquí no te aburrirás. Si eres capaz de aguantar el ruido de una familia numerosa, entonces encajarás bien. Mi madre está deseando conocerte.

—Sí, según me contó Liam quiere ponerme un monumento.

—Sí, eso me dijo por teléfono. Me echó una buena bronca por no habérselo dicho a ella primero.

—Bueno, no te preocupes, yo haré que te perdone. Soy buena mediadora y la nuera perfecta. —dijo, sonriente.

—¿En serio? —preguntó, incrédulo.

—¡Claro! Se me da bien hablar con las madres, las tías y las abuelas. Siempre me dicen que soy muy buena chica. —explicó ella con orgullo.

—Entonces me quedo más tranquilo. —respondió, sonriente.

Volvió a hacerse el silencio, y decidieron parar en una gasolinera para echar combustible. Allí Sophia compró una caja de bombones y algunas chokolatinas. Cuando entraron en el coche, Aiden se quedó mirándola.

—¿Para qué has comprado todo eso?

—La caja de bombones es para tu madre. Ya sabes, un detalle. Y el resto es para mis defensas.

—¿Tus defensas? —preguntó frunciendo el ceño.

—Es que ahora que nos vamos acercando, me estoy empezando a poner más nerviosa, y el chocolate me relaja. ¿Quieres? —dijo ofreciéndole una chokolatina.

—Creo que de momento paso.

—Está bien. —dijo guardando la chokolatina en la bolsa.

Aiden arrancó el coche y volvieron a la carretera. Les quedaba aproximadamente una hora para llegar a Kinsale.

—He notado que te gusta mucho el chocolate. —comentó él.

—Sí, es mi perdición. De hecho, estas chokolatinas son mis favoritas. ¿A ti no te gusta el chocolate?

—Me encanta, pero lo como poco. Me gusta cuidarme.

Sophia asintió.

—Se nota. Tienes pinta de ir al gimnasio.

—Sí, voy a ese que está cerca del pub, cinco veces por semana.

—Me parece increíble que alguien ponga un gimnasio al lado de un pub. Es como ponerlo al lado de una pastelería. Tienes la tentación todo el tiempo ahí, delante de tus narices.

—Bueno, de eso se trata, de tener fuerza de voluntad.

—Sí, si se mira de ese modo no está mal. Es una prueba, supongo.

—¿Tú nunca haces ejercicio?

—No, aunque suelo ir a caminar al parque. Siempre suspendía gimnasia. No se me daba bien. Tampoco tenía a nadie con quien ir.

—Pues si quieres podemos ir juntos a correr en Kinsale. Podemos ir al *Old Head*, o recorrer el puerto.

Sophia puso una mueca de disgusto.

—Paso, estoy de vacaciones. —respondió, tajante.

Aiden se rio ante el comentario. De repente, empezó a sonar en la radio una de las canciones favoritas de Sophia. *Let's go crazy* de Prince. Le encantaba la música de los años 80, pero si era una canción del genio de Minneapolis, no podía evitar mover los pies. Como no podía ponerse a bailar, empezó a dar palmaditas sobre sus muslos al ritmo de la música, y a canturrear en voz baja. Aiden la miró de reojo, y entonces, decidió subir el volumen. Sophia ya no tuvo reparo en ponerse a cantar en voz alta.

—¿Te gusta la música de los 80? —preguntó.

—No me gusta. ¡Me encanta! —declaró, sonriente.

Él sonrió al verla tan emocionada, y como si se tratara de algo contagioso, también empezó a canturrear, y a menearse ligeramente. Al final, acabaron desmadrados. Aquel coche parecía una discoteca de los años 80. Otra canción sonó, *The Reflex* del grupo Duran Duran, y siguió el desmadre. La fiesta ochentera duró el resto del viaje.

Una hora después llegaron a Kinsale. Sophia no pudo evitar enamorarse del lugar nada más verlo. La ciudad, bañada por las aguas del río Bandon, estaba rodeada de hermosas colinas y praderas. Había construcciones hechas de madera y de piedra, todas con una bonita arquitectura. Había calles donde las casas estaban pintadas de diferentes colores, iluminando así el panorama urbano.

El color verde de los árboles y de la hierba dominaba el paisaje, sobre todo en los parajes más altos. Calles llenas de modernos comercios, restaurantes y cafeterías, conviviendo con tesoros históricos como el castillo Desmond. Era Irlanda en estado puro. Un bonito entorno para crecer y para vivir. Una ciudad con mucha vida, que tenía mucho que ofrecer.

Aiden estaba contento de estar en casa, aunque fuera solo por unos días. En un momento dado, miró a Sophia. Le gustó ver su cara emocionada e ilusionada. Parecía que le gustaba mucho la ciudad.

La casa de los padres de Aiden y Liam estaba en *Drom Daireach Compass Hill*, una calle paralela al río Bandon. Las casas en esa zona eran individuales,

con grandes terrenos verdes a su alrededor. Aiden le contó que su abuelo paterno compró los terrenos y construyó una casa para cada hijo, además de la suya, para que nunca tuvieran que buscarse un hogar lejos de Kinsale, y así tenerlos a todos cerca.

Dejaron el coche aparcado en la entrada, y una mujer salió a su encuentro. Era la madre de Aiden y Liam, sin duda. Alta, con el pelo moreno, recogido en una coleta, los ojos verdes, y facciones suaves. Era toda una belleza. Iba vestida con unos pantalones oscuros, una camisa azul y llevaba el delantal puesto. Se lanzó a los brazos de Aiden y ambos se abrazaron, sonrientes, mientras Sophia esperaba a ser presentada.

—¡Oh, Aiden! ¡Qué alegría verte, hijo! No te vemos el pelo desde Navidad.

—Lo sé, mamá, pero ya sabes que con el negocio no tengo mucho tiempo.

—Lo sé, no te preocupes. Los negocios hay que cuidarlos. Bueno, preséntame a tu novia. —dijo la mujer, mirando a Sophia con una cálida sonrisa.

Aiden se dio la vuelta, e invitó a Sophia a acercarse. Estaba muy nerviosa, pero al ver la sonrisa de la madre de Aiden, se tranquilizó.

—Mamá, te presento a Sophia, mi novia.—dijo Aiden con naturalidad.

La madre de Aiden la dio un abrazo, y Sophia se emocionó. Parecía ser una mujer cariñosa y agradable.

—Encantada, Sophia. Soy Carol. Tenía unas ganas locas de conocerte. —dijo mientras se separaba de ella. —Ahora pasad dentro, y dejad vuestras cosas. Hoy tenemos mucha actividad en casa.

Aiden puso los ojos en blanco.

—No me digas que has invitado a todos.

Carol puso cara de sorpresa.

—¡Pues claro que sí! Es un acontecimiento importante, Aiden.

—Mamá, es la boda de Liam, todos conocen a Sarah. Además, ellos no llegarán hasta las seis de la tarde.

—No, si no es por Liam. —dijo su madre, mientras ellos entraban en la casa con las maletas y las dejaban en la entrada.

—¿Entonces por quién? —preguntó Aiden frunciendo el ceño.

Su madre lo miró, sonriente.

—Por Sophia. Todos quieren conocerla. —contestó, jovial.

Aiden y Sophia se miraron.

—Bienvenida a la familia. —dijo Aiden, sonriente.

## Capítulo 9

La casa de los O'Brien era bastante grande. En la primera planta estaba el salón, que daba a un hermoso jardín trasero, la cocina, y el comedor. En la segunda planta había tres habitaciones y tres baños. Y en la última, estaba el desván.

Entraron en la habitación de Aiden, y se dispusieron a deshacer el equipaje. Dos grandes ventanas, cuyas vistas daban al jardín, iluminaban la estancia, y la cama estaba colocada justo delante, situada entre dos mesillas de noche. En las paredes del cuarto, que estaban cubiertas de papel pintado de color verde oscuro, había colgados varios posters. El más llamativo era el que estaba justo encima del cabecero de la cama. Era una fotografía de un *Lamborghini Countach* de los años 80 de color rojo. Había también una enorme estantería, un pequeño escritorio, con una silla, y justo al lado de este, había un pequeño armario, que la madre de Aiden había vaciado.

Mientras este terminaba de colocar su ropa, Sophia aprovechó el momento para observar el paisaje que se podía contemplar desde una de las ventanas. Desde allí se podían ver los verdes prados y las colinas, además de un hermoso cielo azul. No había apenas casas en el horizonte, así que el lugar parecía ser tranquilo. El jardín era un lugar encantador. Albergaba una considerable variedad de flores y plantas, incluyendo un hermoso rosal, además de un huerto, y un pequeño invernadero.

—A tu madre le gusta la jardinería ¿verdad?—preguntó Sophia.

—Al contrario, es mi padre a quien le gusta. Se pasa horas en el jardín cortando el césped, arreglando las plantas, cultivando... —contestó Aiden.

—Vaya, pues hace un trabajo magnífico. A mi madre le encanta la jardinería, es una de sus mayores pasiones, aunque no tiene un jardín tan grande.

—Oye, una pregunta. Estaba pensando, ¿cómo vamos a organizarnos para dormir? Lo digo porque sólo hay una cama. —comentó Aiden con cautela.

Sophia se giró, y lo miró.

—Bueno, a mí no me importa compartir cama. —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Aiden dejó lo que estaba haciendo, y la miró.

—¿En serio?

—Pues claro. Sé que no me vas a hacer nada, ni yo a ti tampoco. Así que no

hay problema ¿no?

Aiden pensó unos instantes, y a continuación, respondió:

—No, claro que no.

—De hecho, se me ocurre una idea. Podemos poner entre medias unos cojines. Así no habrá contacto físico y no pasaremos apuros.

Aiden sonrió.

—Has pensado en todo ¿eh?

—Soy bibliotecaria, lo mío es ordenar espacios. —contestó Sophia.

Después de deshacer las maletas y poner todo en los armarios, ambos bajaron a la cocina, donde su madre estaba enfrascada preparando unos canapés.

—Gracias a Dios que estáis aquí. Tía Melissa y la abuela Betty están a punto de llegar, y todavía no me he arreglado. Vosotros os encargaréis de poner la mesa. —dijo Carol, apurada, mientras se quitaba el delantal.

—¿Cuántos seremos? —preguntó Aiden.

—Hoy seremos trece. Papá, tía Melissa, Gabriel, Duncan, Joanna, la abuela Betty, tío Steve, tía Adele, Fanny, yo y vosotros dos. ¡Vamos, deprisa! ¡Están a punto de llegar!

Carol salió a toda prisa de la cocina, dejándoles solos. Cogieron todo lo necesario, y se dieron toda la prisa que pudieron en poner la mesa. Justo cuando todo estaba ya colocado, llamaron al timbre.

Aiden abrió, y se encontró con los rostros de su abuela y de su tía materna. La abuela Betty era una mujer de ochenta años, bajita, con el pelo canoso y los ojos verdes. Iba vestida de negro, y caminaba apoyada en su bastón. Nada más verlo, le dedicó a su nieto favorito una amplia sonrisa. Aiden se agachó para darle un abrazo.

—¡Aiden! ¡Como has crecido, cielo!—dijo la anciana, emocionada.

—Mamá, Aiden ya pegó el estirón hace años, no va a crecer más.—afirmó su tía ante el comentario. Tía Melissa rondaba la edad de la madre de Aiden. Era una mujer alta y delgada, y tenía el pelo cobrizo y los ojos verdes. Llevaba un vestido de color blanco, estampado con flores azules y amarillas, y una chaqueta de punto de color azul, a juego con su bolso. Ella también se acercó a Aiden para abrazarle. —¿Cómo estás, cielo?

—Bien, tía. Contento de estar en casa. —respondió Aiden, sonriente.

Las dos mujeres cruzaron el umbral y se encontraron con Sophia, que estaba un poco nerviosa ante la idea de conocer a toda la familia. Ambas mujeres la miraron con ternura.

—Así que tú eres Sophia, la novia de mi Aiden. —dijo la abuela, sonriente.

—Sí, señora. —contestó Sophia con timidez.

Aiden se puso a su lado, y colocó su brazo sobre los hombros de ella.

Sophia sonrió, algo aturdida.

—Abuela, tía, os presento a Sophia, mi novia.—dijo Aiden con orgullo.

Ambas mujeres se acercaron a ella, y le dieron un beso en la mejilla, dedicándole una cálida sonrisa. Enseguida la abuela Betty la agarró del brazo, e hizo que la acompañara al salón. Allí las dos se sentaron en uno de los sofás, mientras Aiden se quedaba de pie, charlando con su tía, delante de la puerta acristalada que daba al jardín.

—Bueno, así que por fin mi Aiden se ha echado novia formal. Mira que se ha hecho el duro todos estos años. —la abuela Betty se acomodó, dejando el bastón apoyado en el reposabrazos del sofá—. Bien, cuéntame. ¿De dónde eres?

—Soy de Nottingham, pero vivo en Dublín desde hace doce años.

—¡Ah! Entonces eres prácticamente irlandesa. ¿Y tus padres? ¿Viven en Inglaterra? —preguntó con interés.

—No, viven en España. Es que mi madre es española, y mi padre es inglés. Cuando ella se jubiló, decidieron comprarse una casa en España, y se marcharon allí a vivir. —explicó Sophia.

—Eso está muy bien. Sol, buen clima. Yo estuve en España hace muchos años. Me fui de vacaciones a Benidorm un verano, y después estuvimos en Sevilla, Barcelona y Madrid, en un tour de esos en el que no tienes tiempo ni de ir al lavabo. Ya sabes cómo es eso.

Sophia se rio.

—Sí, lo sé bien. Por eso prefiero viajar por mi cuenta.

—Es lo mejor. Y ¿dónde trabajas?

—En la biblioteca del Trinity College.

—Así que eres un ratón de biblioteca, nunca mejor dicho. Eso es bueno, hay que alimentar el cerebro para que a una no la tomen el pelo. —afirmó, convencida.

—De hecho, allí conocí a Liam.

La abuela Betty frunció el ceño.

—¿Conoces a Liam? ¿A mi nieto?

Sophia asintió.

—Sí, le conocí hace doce años allí en Dublín. Estudiamos en la misma universidad. Pensaba que lo sabía. —comentó, algo desconcertada.

La abuela Betty negó con la cabeza, pensativa.

—No, no recuerdo que Liam nos hablara nunca de ti. ¿Os presento él?

Sophia estaba asimilando lo que acababa de averiguar. Liam nunca había hablado de ella. Era raro, porque llevaban siendo los mejores amigos desde hace doce años. En algún momento debía haberla nombrado. Por ahora, lo dejaría pasar. Volvió a centrar su atención en la abuela Betty.

—Sí, nos conocimos cuando Liam nos contó que iba a casarse. Fue él quien nos presentó.

La abuela Betty sonrió, emocionada.

—¡Oh, qué romántico! Entonces fue amor a primera vista ¿no?

—Sí, por supuesto. Como en las películas. —Sophia sonrió, pero por dentro sintió una terrible sensación de culpa. No le gustaba mentir.

—Bueno, yo solo espero que tengáis la misma suerte que mi Ciaran y yo. Y mira que la cosa no fue fácil al principio. A pesar de todo, conseguimos salir adelante. Cincuenta años de matrimonio y tres hijas. No está mal ¿verdad? —concluyó con orgullo.

Sophia sonrió.

—Desde luego que no. Me encantaría que mi historia fuera así.

—No te preocupes, rezaré porque así sea. Dios y yo nos entendemos bien, y suele escuchar mis ruegos. Aunque a veces tarde un poco en echarme una mano. Verás, una amiga mía me trajo de Italia una pequeña estatua de San Antonio de Padua. No sabes la de veces que recé a ese santo, para que Aiden encontrara una novia formal, y sentara la cabeza. Y menos mal que ha oído mis plegarias, porque...—la anciana miró hacia donde estaban Aiden y su tía charlando. Entonces se acercó a Sophia, y dijo en voz baja. —Sólo salía con pendones.

Sophia no pudo evitar reírse ante el comentario.

—Oiga, ¿no se enfadará Dios con usted por decir esa palabra? —preguntó Sophia, divertida.

La abuela Betty agitó la mano, quitando importancia al tema.

—No te preocupes. Dios está ocupado con cosas más importantes. Además, estoy segura de que él piensa lo mismo.

En ese momento, el padre de Aiden entró en el salón.

—Hola a todos. —dijo.

El hombre se había pasado toda la mañana en el río, pescando, sin demasiada suerte, y llevaba puesto su atuendo de pesca y las botas. Se acercó a Sophia y ambos se saludaron dándose la mano.

—Encantado de conocerte. Me llamo Sean. Bienvenida a Kinsale, y a la familia. —dijo él con una sonrisa, que a Sophia le recordó a la de Liam. Estaba claro que había heredado de su padre todos los rasgos físicos. Eran casi idénticos.

De repente, Carol, que ya estaba arreglada, entró en el salón. Al ver a su marido con semejantes pintas, puso cara de espanto.

—¡Sean, por el amor de Dios! ¿Cuántas veces te he dicho que cuando vengas de pescar, no te pasees por la casa con esas botas? ¡Ay, señor, no sé qué voy a hacer contigo! —dijo, enfadada.

Carol se alejó de allí, dirigiéndose a la cocina. Sean les dedicó una divertida mirada.

—Será mejor que me cambie, o sino oleréis todos a pescado.—y dicho esto, se marchó.

A los pocos minutos, la casa se llenó de gente. Primos y tíos daban muestras de alegría, y hacían preguntas sobre la nueva incorporación a la familia. Altos, rubios, pelirrojos, morenos, algunos con los ojos azules, otros con los ojos verdes. Todos agradables y simpáticos. Las primas de Aiden rondaban su misma edad, y enseguida, entablaron conversación con ella, haciéndole todo tipo de preguntas. Mientras, Aiden charlaba con sus primos y su tío sobre su novedosa situación sentimental. Parece ser que la boda les importaba poco o nada.

En un momento dado, todos se sentaron a la mesa. Aiden y Sophia se pusieron uno al lado del otro. La abuela Betty se sentó junto a Sophia, mientras Sean lo hizo al lado de su hijo mayor. El banquete comenzó con unos canapés de paté y queso, y a continuación, se sirvió un *Irish stew*, típico plato irlandés, una de las especialidades de la madre de Aiden. Mientras comían, las conversaciones se sucedían.

—¿Visteis a George Mallory el otro día? Tiene mejor aspecto desde que se divorció. —comentó tía Melissa.

—Sí, lo vi hace poco. Después de liarse con su secretaria, que podría ser su hija, parece que ha rejuvenecido. —respondió Carol.

—Creo recordar que su mujer se la pegaba con un fontanero de Cork. De hecho, me contaron que los pilló en pleno acto, haciéndolo sobre la encimera de la cocina. —explicó tía Adele.

—Hablando de eso. ¿Sabéis con quien se ha liado Stephanie Dalton? —preguntó tía Melissa.

—¿Quién es Stephanie Dalton? Ahora no caigo. —preguntó la abuela Betty, pensativa.

—Es esa chica que vive al lado del restaurante chino que han abierto cerca del puerto. La que lleva el pelo teñido de amarillo pollo, y lleva a veces esos pantalones dorados tan horribles. —explicó tía Melissa.

La abuela Betty asintió.

—Ahora caigo. Bueno, cuenta.

—Se ha liado con un presentador de la teletienda. Ese que anuncia la cortadora de patatas. Rubio, con una sonrisa de anuncio, que tiene la piel como de color naranja. —dijo tía Adele.

Todos se quedaron perplejos.

—¡Madre mía! ¡Qué hombre! Si yo tuviera unos cuantos años menos, ese no se escapaba. —afirmó la abuela Betty.

Sophia y Aiden se miraron con cara de circunstancias.

—¿Y cómo está Callum? Me dijo su mujer que estaba fatal con el reuma.— comentó tío Steve.

—Sí, está el hombre fastidiado. Pero peor está Jane McArthur. El otro día fue al médico, y le han dicho que tiene almorranas. La mujer está en un sin vivir.—explicó tía Adele.

—Pues el otro día vi a Jamie McAllister, y me dijo que en la última cena familiar que tuvieron, le empezaron a salir unos sarpullidos enormes, después de tomarse unas gambas. Fue horrible. Me contó que le salieron granos con pus y todo.—dijo Carol, horrorizada.

A Aiden y a Sophia se les estaban quitando las ganas de comer con aquella conversación.

—¿Podríais hacer el favor de dejar el tema para más tarde? No quiero vomitar lo que acabo de comer.—dijo Aiden, incómodo.

—Tienes razón, Aiden. Es de mal gusto. Es mejor esperar al postre, así al menos ya has digerido lo demás.—respondió su abuela con total normalidad.

Aiden la miró y no pudo evitar reírse.

—Bueno, cambiando de tema. Sophia, ¿qué día naciste?—preguntó Carol con sumo interés.

Sophia no entendía a qué venía la pregunta, pero no tardó en contestar.

—El 9 de enero.

Carol pensó un momento, y entonces, chasqueó los dedos.

—Eres Capricornio. Responsable, tímida, decidida y ambiciosa. Y Aiden es Virgo. ¡Esos dos signos son la combinación perfecta! Según he leído, os complementáis muy bien.—explicó Carol, entusiasmada.

Sophia miró a Aiden, totalmente desconcertada. Entonces, este se acercó un poco más a ella, y le dijo en voz baja:

—Debí comentártelo antes. A mi madre le encanta todo el rollo ese de los horóscopos. Cree firmemente en ello.

Sophia asintió, ahora entendiendo mejor de qué iba todo aquello.

—Y Liam combina bien con Sarah.—advirtió Carol.

Sophia la miró, preocupada.

—¿Qué signos son?

—Aries y Leo. Son signos de fuego. Totalmente explosivos. Son la combinación perfecta.—afirmó.

Aiden suspiró, cansado.

—Mamá, cuando uno elige pareja no lo hace por su horóscopo. No es un dato relevante.

—Pero es bueno saberlo, Aiden. El nivel de compatibilidad en esos

aspectos es muy importante.—dijo Carol, tajante.

Aiden decidió dejar el tema como estaba. No tenía ganas de iniciar un debate.

—Por cierto ¿Cuándo vendrán los novios?—preguntó su prima Fanny.

—Esta tarde. He hablado con Liam antes. Estarán aquí para la hora de cenar.—comentó Carol.

—La verdad es que ha sido toda una sorpresa, después de tantos años. Yo pensaba que esa historia había terminado. —dijo Fanny.

—Ya se sabe que donde hubo fuego, quedan cenizas. —comentó tía Melissa.

—A mí me gustó mucho aquella novia que vino en Navidades hace unos años. ¿Cómo se llamaba? —inquirió Fanny.

—Louise. Era esa chica alta y rubia. —explicó Sean.

Sophia frunció el ceño, pensativa. Conoció a Louise en su momento, y recordaba que su relación con Liam fue muy corta.

—Duraron apenas seis meses, si no recuerdo mal.—dijo Carol.

—Ya sabes cómo es Liam. Aunque Aiden se lleva la palma. —afirmó tía Adele.

Aiden miró a su tía con una ceja levantada.

—¿Cómo se llamaba aquella pelirroja con la que estabas en el último curso del instituto? ¿Susan, Celia?—preguntó tío Steve.

—¿Cuál de ellas? —inquirió la abuela Betty.

—Sí, porque trajo a dos pelirrojas. Una se llamaba Mandy y la otra, Celia. —aclaró Fanny.

—Creo que era Celia, esa que era tan pechugona.—comentó tío Steve.

Aiden hizo memoria, y enseguida la recordó. Celia era una chica escultural. Fue uno de sus ligues durante su último año en el instituto.

—Sí, Celia. ¿Qué pasa con ella? —preguntó Aiden.

—¿Sabes que me la encontré unos años después en Limerick? Está casada con un empresario. —comentó tío Steve.

—Me alegro por ella. —dijo Aiden sin ningún tipo de sentimiento.

—Sophia parece asustada. Debes tener cuidado, Aiden es un ligón.—afirmó la prima Joanna.

Sophia sonrió, nerviosa.

—Lo sé. Pero ahora ha cambiado. —respondió ella, poniendo su mano sobre el antebrazo de Aiden. Este sonrió, simulando ser un novio enamorado.

Todos los miraron. Carol casi llora de la emoción al verlos tan unidos. Había una atmósfera muy tierna.

—Pues claro que sí. El problema era que no habías conocido a la persona

adecuada, hijo.—sentenció su madre con ternura.

Aiden la miró, sonriente, aunque se sentía mal. Él también odiaba tener que mentir a la familia. Todos parecían encantados con Sophia. Pero ellos sabían que solo era puro teatro.

Después de terminar el postre, todos se fueron al salón. Las charlas se sucedieron, y todos se pusieron al día. Alrededor de las 6, llegaron los novios. Liam y Sarah estaban agotados después de tres horas de viaje. Sophia, al verlos, se puso más nerviosa y tensa, al igual que Aiden. Liam, a pesar del cansancio, tenía muy buen aspecto, y Sarah estaba impecable, con su melena recogida en una cola de caballo. Para Aiden y Sophia, ahora empezaba el verdadero desafío.

Sarah no se quedó mucho tiempo, pues iba a quedarse en casa de sus padres, que vivían a una manzana de allí. Liam, en cambio, se dejó querer, y charló con sus primos y sus tíos. Todos querían saber más detalles de la boda, y de las actividades que tendrían lugar esa semana.

—Mañana nos veremos con la pandilla e iremos a comer al pub de Pet. Después, iremos a casa de Mark, que nos ha organizado una pequeña fiesta para ponernos al día. El domingo iremos al Museo del vino y al castillo Desmond, y también a la fortaleza Charles. El lunes iremos a recorrer el río en el barco de Paul. Martes, partido de fútbol por la mañana, y por la tarde, picnic. El miércoles, despedida de solteros. El jueves, día de playa, y por la noche fiesta en el pub McLeod. Y el viernes descansamos para la boda ¿Os gusta? No vamos a tener tiempo de aburrirnos.—explicó Liam, contento.

—¿Y qué hay de los regalos?—preguntó Carol. —Hay que hacer una fiesta para la entrega de los regalos.

Liam pensó unos instantes.

—Es cierto. Podemos hacerlo si quieres el lunes por la tarde aquí en casa.

Aiden y Sophia se acordaron de que no habían comprado nada. Con todo el lío del plan, se habían olvidado de comprar un regalo.

—Liam, nosotros necesitaremos comprarlo. Así que creo que pasaremos de la excursión en barco.—comentó Aiden. De esa manera, se libraba de montarse en el barco de Paul. Su amigo era un auténtico peligro, un temerario.

A Liam no le hizo gracia la idea.

—¡Oh, vamos! No nos tenéis que comprar nada. Prefiero que vengáis a la excursión en barco. ¡No os la podéis perder! —dijo Liam poniendo cara de cachorro abandonado.

—Mejor no. Aprecio mi vida, gracias. Y yo si fuera tú, no subiría con Paul ni a un triciclo.

—¿Tan malo es? —preguntó Sophia con interés.

—La última vez que me monté con él en su barco, nos llevamos a dos

chicas con nosotros. El loco de Paul iba tan deprisa, que cuando giró el barco, una de las chicas se cayó por la borda, y tuvimos que rescatarla. Y en otra ocasión, iba tan deprisa al entrar en el embarcadero, que casi nos llevamos por delante a una fila de veleros. Por lo tanto, ya he tenido suficiente experiencia como para saber lo que hago.—sentenció Aiden.

—Exagerado.—dijo Liam, divertido.

—Ya me lo dirás cuando vengas con un brazo menos o con el ancla clavada en la cabeza. —advirtió Aiden con sorna.

—¡Ay, por Dios! No digáis esas cosas. —dijo Carol, enfadada.

Después de cenar, toda la familia, menos el núcleo de los O'Brien, se marcharon a sus respectivas casas. Antes de irse, la abuela Betty le dio un cariñoso abrazo a Sophia. La mujer ya había entrado en su corazón para quedarse, y le daba pena mentirla. Aunque esperaba que, si todo salía bien, se alegrara por ambos.

Llegó la hora de irse a dormir después de un día agotador. Sophia colocó unos cojines en la cama para que hicieran de muro entre ella y Aiden. Seguía nerviosa ante la idea de compartir techo con Liam. Hacía años que no estaban en esa situación, aunque en la residencia de estudiantes no estaban tan cerca. La habitación de Liam estaba justo al lado de la de Aiden, así que tenía una enorme sensación de cercanía, que hacía que los latidos de su corazón se aceleraran sin control. Ya le gustaría a ella dormir con él. Se alegraba al menos de que Sarah estuviera lejos.

Se fue al baño, y se puso su pijama rojo con ositos marrones estampados. Cuando regresó a la habitación, Aiden ya estaba tumbado en la cama. Llevaba un pantalón de pijama y una camiseta de manga corta gris. Al entrar se quedó mirándola, divertido.

—Un atuendo muy sexy. —comentó.

—Muy cómodo, de hecho. Y fácil de quitar.—advirtió Sophia en tono burlón.

Aiden se rio ante la ocurrencia. Estaba acostumbrado a dormir con féminas despampanantes que solían llevar camiones semi transparentes, y lencería de encaje. Todas las mujeres con las que había estado hasta entonces, a excepción de Sarah, siempre mostraban una actitud seductora y provocativa, totalmente fingida.

Pero Sophia era muy distinta. Le gustaba aquella actitud desenfadada y honesta de su novia ficticia. Con ella, era imposible aburrirse.

Sophia se tumbó a su lado, y apagó la lámpara de su mesilla. La habitación quedó en completa oscuridad.

—Aiden.—dijo Sophia mirando al techo.

—¿Sí?—contestó él, ya con los ojos cerrados.

—Tu familia es genial. ¿Crees que se enfadarán si descubren que les mentimos?

Aiden abrió los ojos de repente, algo tenso.

—Imagino que sí. Pero, al fin y al cabo, mentimos por una buena causa.

—Sí, claro. Eso es verdad. —suspiró, intentando quitarse de encima la sensación de culpa. De repente, le vino a la cabeza la imagen de la abuela Betty —. Tu abuela es encantadora. —comentó sonriendo con ternura.

—Sí. ¿Sabes que soy su nieto favorito?

—Lo he deducido.

—Aunque nos quiere a todos, conmigo tiene una conexión especial.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella con interés.

—Tal vez porque fui el primero. De niño siempre estaba en su casa. Me gustaba mucho pasar tiempo con mi abuelo y con ella.

—¿Cuánto hace que murió tu abuelo? —preguntó Sophia con delicadeza.

Aiden suspiró con tristeza al recordarlo.

—Hace diez años. Por suerte, pude llegar a tiempo para despedirme de él. Fue muy duro.

Sophia lo miró en la oscuridad con cierta tristeza.

—Lo imagino. ¿Le echas de menos?

—Siempre. —contestó él, tajante.

—A mí me pasa lo mismo con mis abuelos. Siempre les echas de menos. —dijo Sophia, volviendo la vista al techo.

Aiden miró a Sophia.

—¿Liam nunca te habló de la familia?

—Alguna vez, pero no daba detalles. De hecho, tu abuela no había oído hablar nunca de mí. —comentó ella.

Aiden volvió la vista al techo.

—Eso es porque Liam no suele hablar de sus amistades. Es más reservado con esas cosas, no lo tengas en cuenta. —dijo él, intentando quitar importancia al tema.

—Sí, claro. —respondió Sophia, poco convencida.

Tenía una amarga sensación, pero no sabía por qué. Pensó en ese momento que lo mejor era dormir después de un día tan largo y agotador. A partir de entonces, necesitaba darlo todo. La función acababa de empezar.

## Capítulo 10

Al día siguiente, Aiden se despertó temprano, y salió de la habitación sin que Sophia, que aún estaba durmiendo, se diera cuenta. Se puso ropa deportiva, desayunó y una vez estuvo listo, salió por la puerta. Como cada mañana, se disponía a salir a correr durante una hora. Pero esta vez no iría solo. Liam iba a acompañarlo. Siempre que estaban en Kinsale, solían salir a correr juntos. A ambos les gustaba mantenerse en forma. No en vano, era una buena preparación para el partido de fútbol que disputarían en unos días.

Aunque Aiden prefería estar solo en esos momentos, para poder pensar en soledad, decidió no poner objeciones. Los dos hermanos corrían uno al lado del otro, manteniendo el mismo ritmo, callados y concentrados. Pero en un momento dado, Liam decidió romper el silencio:

—Debo admitir que aún sigo un poco sorprendido por lo tuyo con Sophia. Apenas me lo pude creer cuando me lo contó.—admitió Liam, mientras resoplaba por el esfuerzo.

Aiden le echó un vistazo, visiblemente molesto.

—¿Por qué te extraña tanto?

—Porque no es tu tipo. No sueles salir con chicas así.—respondió, encogiéndose de hombros.

Aiden sonrió con sorna.

—Me da a mí que estás un poco celoso.

Liam lo miró indignado, sin dejar de correr.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Lo que oyes. Te fastidia no ser el centro de su atención. —contestó Aiden.

Liam puso una mueca de enfado y apretó los labios con furia.

—¡Retíralo!—exclamó como si fuera un niño pequeño.

Ambos empezaron a acelerar el paso.

—Si me ganas, lo retiro.—le retó Aiden con gesto desafiante.

—¡Vale! Cuento hasta tres. ¡Uno, dos y tres!—dijo Liam, saliendo disparado del lado de su hermano.

Aiden no se amedrentó y salió corriendo tras él. Liam llevaba ventaja, y miraba de vez en cuando hacia atrás, buscando a su hermano. Viendo la enorme distancia que los separaba, sonrió triunfal. La gente por la calle los miraba

asombrados, y alguno incluso los animaba.

Minutos más tarde, cuando iban a cruzar la esquina de la calle que los llevaba directos a casa, Aiden consiguió reunir toda su fuerza, y adelantó a su hermano. Liam se quedó con cara de tonto, al verlo pasar a su lado a toda velocidad. Parecía un rayo. Este no se rindió, e intentó recuperar el primer puesto, sin éxito. Finalmente, llegaron a casa, totalmente exhaustos y agotados.

Sophia estaba bajando por las escaleras, justo cuando los dos hermanos entraron por la puerta principal. De repente, se quedó sin aliento. La visión de Liam, sudoroso, con esa camiseta ajustada deportiva que le sentaba tan bien, le imponía muchísimo. Los miró con cierta preocupación, al verlos a los dos tan cansados y azorados.

—Buenos días.—dijo Sophia.

Ambos la miraron, asintieron y le hicieron un gesto con la mano en forma de saludo, sin articular palabra. Ella se rio tímidamente, y se fue hacia la cocina, donde Carol estaba sirviendo el desayuno. Sean estaba ya sentado a la mesa, con el periódico abierto, leyendo la página de deportes. Liam y Aiden se sentaron uno a cada lado de Sophia, que los miró estupefacta y algo nerviosa. Nunca había estado sentada entre dos hombres tan atractivos.

—¿Ya habéis estado echando carreras?—preguntó Sean, sin mirarlos.

Liam y Aiden tomaron el vaso de zumo que su madre les sirvió a cada uno, y lo bebieron de un trago. Los dos dejaron el vaso sobre la mesa a la vez, y suspiraron.

—Viene bien echar una carrera de vez en cuando.—comentó Liam.

—¿Quién ha ganado?—preguntó Sophia.

Liam señaló a Aiden, que se acomodó en la silla, lleno de orgullo.

—Tu novio.—contestó Liam, con aire molesto.

Sophia puso gesto interrogante. Estaba embelesada mirando a Liam.

—¿Quién?—preguntó, desconcertada.

Aiden le dio un ligero codazo en la zona de las costillas, y Sophia dio un brinco, que la hizo reaccionar.

—¡Ah, Aiden! Mi Aiden. Claro, no podía ser otro.—dijo forzando una resplandeciente sonrisa.

Aiden la miró divertido, mientras se servía otro vaso de zumo. A partir de entonces, Sophia centró su atención en su desayuno, que consistía en una tostada con mantequilla y huevos revueltos.

A los pocos minutos, los dos hermanos se levantaron al unísono. Querían ir a ducharse y cambiarse de ropa cuanto antes.

Sean salió al jardín a arreglar las plantas, mientras Sophia terminaba su desayuno. Carol aprovechó el momento para hablar un poco con ella.

—Espero que hayas dormido bien esta noche.

—¡Oh, sí! Por supuesto. He dormido como un lirón.—afirmó Sophia con energía.

Carol suspiró.

—No sabes lo contenta que estoy de conocerte, y de que estés con Aiden. Hacéis muy buena pareja. Se nota que os gustáis.

Sophia se limitó a reír con nerviosismo. Se sentía muy incómoda fingiendo.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro que sí! Esas cosas se notan. Aunque deberíais dejar de ser tan tímidos, y daros un beso en público alguna vez. No debéis preocuparos, somos padres liberales.—afirmó Carol, guiñándole un ojo.

—Fantástico.—dijo Sophia, sonriendo forzosamente.

Carol suspiró de nuevo.

—¿Sabes? Hoy hace treinta y siete años que empezamos a salir juntos Sean y yo. ¡Cómo pasa el tiempo!

Sophia abrió los ojos sorprendida.

—¿De verdad? Entonces, estáis de celebración.

Carol se encogió de hombros.

—Bueno, cada día es una celebración. Hemos luchado mucho por llegar hasta aquí. El amor no es sólo arrumacos y besos, es también comprensión y apoyo mutuo.

Sophia suspiró con tristeza.

—Eso sí que es bonito.

Carol rio.

—Vosotros estáis empezando. Ahora estáis en la parte bonita. Ya os tocará luchar un poco.—dijo Carol, acariciándole la mejilla y mirándola con ternura.

Una hora después, Aiden y Liam estaban preparados. El primero se puso unos vaqueros oscuros, a juego con su chaqueta vaquera, y una camiseta ajustada de color verde, mientras que el segundo llevaba puestos unos pantalones vaqueros de color gris, a juego con su chaqueta de lana del mismo color, y una camiseta roja ajustada. Ambos estaban sumamente atractivos. Sophia casi se cae allí mismo de la impresión. Como siguiera así, se derretiría un día de estos.

—¿Lista?—preguntó Liam.

Sophia frunció el ceño.

—¿A dónde vamos?—preguntó.

—A enseñarte un poco Kinsale.—contestó Aiden.

Salieron de la casa y empezaron a andar calle abajo. A pesar de estar cerca, no daba la impresión de que Aiden y ella fueran una pareja enamorada. Liam los miraba de reojo cada cierto tiempo, y Sophia intuía que sospechaba algo. Así

que tomó cartas en el asunto, y agarró el brazo de Aiden. Este se quedó un poco sorprendido, y miró a Sophia. Esta le lanzó una mirada que lo decía todo. Enseguida captó el mensaje y la siguió el juego, manteniéndose a su lado, sin separarse un milímetro.

En ese momento, Liam se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta, sintiéndose algo incómodo, y no volvió a mirarlos.

De repente, al otro lado de la calle, vieron a Sarah, que se mostraba sonriente y risueña, mientras caminaba hacia ellos.

Esta vestía impecable, a pesar de ir informal. Lucía un vestido azul con flores blancas estampadas, una chaqueta vaquera, acompañada de un bolso del mismo tono azul, y unos botines de color marrón oscuro. Llevaba el pelo recogido en una trenza ladeada, con mechones que le caían a los lados. Elegante pero casual. Parecía que lo tenía estudiado. Y entonces Sophia ardió de envidia. <<Siempre estará guapísima, aunque se ponga una maceta en la cabeza.>> pensó con rabia.

Sarah sonrió y abrazó a Liam, que la besó apasionadamente. Aiden y Sophia apretaron sus mandíbulas, muertos de celos. De repente, Sarah los miró. Sophia ocultó su malestar rápidamente, y sonrió, al igual que Aiden.

—¡Buenos días, Sarah!—exclamó Sophia con entusiasmo, intentando parecer relajada y jovial.

Aiden no dijo nada, y se limitó a mirarla, embelesado.

—Hola chicos, ¿cómo estáis? Apenas tuvimos tiempo de hablar ayer.—dijo Sarah acercándose a ellos. A Sophia le pareció que daba brincos al andar. <<Mírala, la tonta del culo parece Heidi>>, pensó su yo malvado.

—Sí, la verdad es que sí.—respondió Aiden, ensimismado.

—¡Hoy va a ser un día estupendo! Estoy deseando que conozcas a todos nuestros amigos, Sophia.—comentó Sarah, animada.

—Y yo, y yo.—replicó Sophia forzando más la sonrisa. Estaba deseando perderla de vista, y quedarse con Liam.

—Bueno, chicos, nosotros nos vamos a dar una vuelta. Nos vemos luego en el pub ¿vale?—dijo Liam agarrando la mano de Sarah. A continuación, la pareja se alejó de allí rápidamente.

Aiden y Sophia pusieron cara de sorpresa, y se miraron. ¿Les habían dejado plantados? ¡Qué descaró!

—¡Yo alucino!—dijo Aiden molesto, cruzándose de brazos.

Sophia también cruzó los brazos sobre su pecho.

—¡Increíble! Han pasado de nosotros. Son unos maleducados. —afirmó, indignada.

—¡Ya te digo!—exclamó Aiden.

Sophia lo miró decidida.

—¡Muy bien! ¡Que les den! Vamos a divertirnos, y a pasar de ellos.

Dicho esto, se marcharon.

En pocos minutos llegaron al centro de la ciudad. Al ser fin de semana, había muchos turistas, y las calles bullían de actividad. Calles llenas de gente disfrutando del soleado día, niños jugando en la calle, y el sonido de las animadas charlas como música de fondo.

A media mañana, decidieron tomarse una buena taza de café, en un sitio que Aiden conocía bien. Se trataba del *Poet's Corner*, una cafetería que ejerce la función de librería, donde la gente puede tomar algo, mientras lee alguno de los libros que albergan sus estanterías. Pensó que sería el lugar ideal para Sophia.

Cuando entraron, esta se quedó totalmente anonadada al ver las estanterías llenas de libros. Paula, vieja amiga de Aiden, y dueña del local, les saludó al entrar. Se sentaron en una mesa junto a una de las ventanas. Aiden miró a Sophia con curiosidad. Parecía contenta y emocionada.

—¿Qué te parece?

Sophia lo miró, entusiasmada.

—¡Me encanta! Me quedaría a vivir aquí.

Aiden sonrió en respuesta.

—Gracias por traerme. Es un sitio estupendo. Con semejante alegría, podré afrontar lo que sea.—dijo ella con plena seguridad.

—Esto es más duro de lo que parece.—comentó Aiden.

Sophia se puso seria.

—Lo sé. Lo peor es que estamos mintiendo a todo el mundo. Y encima tu madre me dice que hacemos una pareja estupenda, y que se ve que nos queremos —De repente, Sophia recordó algo—. A propósito, tenemos que mostrarnos más cariñosos. Si no, van a sospechar.

—Sí, bueno, Liam no se lo cree del todo.

Sophia puso una mueca de preocupación.

—Pues tenemos que hacer que se lo crea. Hoy es un día importante. Empieza la cuenta atrás. Tenemos que hacer el papel de nuestra vida, Aiden. A partir de ahora, tenemos que ser empalagosos. No digo que nos peguemos un morreo o algo así, pero tenemos que ir agarrados de la mano y esas cosas.

—No te preocupes. Seremos como lapas. —respondió él.

Ambos se miraron, y sonrieron.

Un par de horas más tarde, llegaron al pub de Pet. Estaban algo nerviosos ante lo que se iban a encontrar. Los amigos de Aiden, seguramente, les bombardearían a preguntas, pero ellos ya sabían lo que tenían que decir. Debían

estar seguros y no mostrarse dubitativos. Antes de entrar, intercambiaron unas miradas de complicidad.

—Allá vamos.—dijo Aiden antes de abrir la pesada puerta de madera.

El lugar estaba lleno a rebosar, pero Aiden vio enseguida a sus amigos al fondo del local, en una esquina. Habían reservado una enorme mesa alargada con asientos acolchados, y ya estaban todos sentados. Solo faltaban ellos.

Mientras Aiden saludaba a sus amigos con entusiasmo, ella se quedó un poco apartada, observando la escena. Desvió la mirada, y vio a Liam, que estaba sentado junto a Sarah. Parecía no haberla visto. De repente, Sophia sintió una punzada de dolor e inseguridad. ¿Cómo iba a verla cuando tenía a semejante preciosidad sentada a su lado?

Justo en ese momento, Aiden le pasó el brazo por los hombros.

—Chicos, esta es Sophia, mi novia.—dijo él, orgulloso, captando la atención de todos.

Enseguida se vio rodeada de gente que quería conocerla. Las amigas de Aiden, entusiasmadas, la invitaron a sentarse con ellas. Gracias a la simpatía y a la amabilidad de estas, Sophia se sintió integrada y bienvenida en pocos minutos.

—Has conseguido atrapar al pez gordo.—afirmó una, asintiendo.

—¿Cómo lo has hecho?—preguntó otra con curiosidad.

Sophia se sintió un poco abrumada ante tanta atención, pero consiguió contestar con calma.

—Bueno, poco a poco, y a fuego lento.

Todas la miraron con ternura, ladeando la cabeza, y a continuación, una de ellas exclamó:

—¡Oh, qué mona!

En ese instante, Sophia se sintió como una especie de adorable gatito al que todas ellas querían achuchar.

En un momento dado, la empezaron a contar anécdotas sobre Aiden.

—Una vez, me quedé tirada en medio de la carretera. Acababa de estrenar el coche, con el carné recién sacado. Mi coche era de segunda mano, y Aiden me advirtió que el motor no iba bien. Yo, a pesar de todo, no le hice caso. Y entonces, el coche me falló. Con todo y con eso, lo llamé y vino en mi ayuda. No me dejó hasta que vino la grúa, dos horas después.—explicó Jenny, que era vecina de Liam y Aiden.

—¿Y aquella vez que llevó a la señora Delaware al hospital cuando estaba a punto de parir? Recuerdo que casi da a luz de camino al hospital. Fue durante las vacaciones de verano. Al marido se le había estropeado el coche, y Aiden les llevó al hospital, que está bastante lejos.—dijo otra.

Sophia sonrió con cierto orgullo. Parece ser que se había echado un novio

de pega que valía su peso en oro, aunque para ella, Liam seguía siendo el mejor. Igualmente, le alegraba saber que Aiden era muy apreciado por su familia y amigos. Era un bueno tipo, un amigo leal.

Más tarde, se marcharon a casa de Mark, para celebrar el compromiso de Liam y Sarah, que no se despegaban el uno del otro. Las bromitas sobre el futuro matrimonio se sucedían, para fastidio de Aiden y Sophia. Caminaban uno al lado del otro, agarrados de la mano, fingiendo ser una pareja enamorada, como habían acordado. Sophia se sorprendió al darse cuenta de que esa cercanía no la incomodaba en absoluto. De hecho, la estaba empezando a gustar. Pensó que eso era bueno, ya que así podría fingir sin problemas. Como hacían las actrices.

Cuando llegaron a casa de Mark, ya estaba todo preparado. El anfitrión había colocado una mesa alargada en su amplio salón, donde uno podía servirse té, chocolate caliente, café, pasteles, galletas y dulces de distinta clase.

Sophia decidió tomarse un chocolate caliente, y se sirvió cuatro galletas de mantquilla en un plato pequeño. Necesitaba azúcar para aguantar semejante muestra de amor entre Liam y Sarah, que estaban haciéndose arrumacos en ese mismo momento, dentro de su campo de visión. Aiden permanecía a su lado, aunque estaba charlando con otras personas, ajeno a lo que ocurría.

En un momento dado, Eve, Joan y Clare, las amigas de Sarah, se acercaron a ella. Ya se las habían presentado, y nada más conocerlas, tuvo la impresión de que eran muy divertidas. Le recordaban un poco a Susan y Richard.

—Oye, Sophia. ¿Vendrás a la despedida de soltera?—preguntó Eve.

Sophia tragó el trozo de galleta que estaba masticando.

—¡Claro! No me lo perdería por nada del mundo.

Ellas sonrieron, satisfechas.

—¡Genial! Por cierto, esto es un secreto. Lo saben todas menos ella, pero...

—Clare se acercó más. —Vendrá un *stripper*. ¡Va a ser fantástico!

Sophia sonrió con malicia.

—¡Nos lo vamos a pasar en grande!—exclamó Eve, emocionada.

Las amigas de Sarah empezaron a reírse. Aiden se giró hacia ellas, y las miró con curiosidad.

—¿De qué os reís?

—De nada en particular.—dijo Sophia encogiéndose de hombros, mientras comía otro trozo de galleta.

Aiden le quitó importancia, aunque sabía que, viniendo de las amigas de Sarah, se trataría de alguna locura. Sophia observó que Sarah las miraba con el ceño fruncido. Esta conocía bien a sus amigas, y sabía que no planeaban nada bueno.

De repente, Liam dio unos golpecitos a su taza, y todas las miradas se centraron en él. Al mirarlo, Sophia sintió una terrible sensación de incomodidad, y agarró su taza como si alguien se la fuera a arrancar de las manos.

—Quisiera daros las gracias a todos por acompañarnos en este momento tan especial. —hizo una pausa, y respiró hondo, visiblemente emocionado—. En la vida, se dice que hay pocos momentos de felicidad, y este es uno de ellos. Aún recuerdo cuando vi a Sarah por primera vez, y debo decir que no nos llevamos demasiado bien al principio. —todos rieron, menos Aiden y Sophia, que permanecían serios. —Pero hace años, surgió el amor. —dijo mirando a Sarah, embobado. Ella lo miró de la misma manera. Liam alzó la vista de nuevo. —No ha sido un camino fácil. Durante un tiempo, creíamos que nunca volveríamos a estar juntos. Pero el destino hizo que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Y no vamos a volver a separarnos. Lo nuestro es para siempre. —miró de nuevo a su prometida, y declaró con fervor. —Brindo por Sarah, el amor de mi vida.

Todos brindaron, y los novios se besaron. Aiden y Sophia sintieron lo mismo en ese momento. Parecía que alguien les había dado un puñetazo en el estómago. Después, ese alguien cogía sus respectivos corazones, los tiraba al suelo, y los pisoteaba una y otra vez. Sophia buscó una silla. Notaba que le fallaban las piernas. Aiden cogió otra, y se sentó a su lado. Estaban destrozados y totalmente desmoralizados.

Intentaron mantener el tipo durante el resto de la tarde, pero acabaron marchándose antes. Sophia simuló tener un terrible dolor de cabeza, y Aiden, como un novio diligente y preocupado, la acompañó a casa. No articularon palabra en todo el camino.

Cuando llegaron, se sintieron afortunados al ver que los padres de Aiden habían dejado una nota, diciendo que habían salido a cenar fuera, y que había comida preparada en la nevera. Así no tendrían que inventarse alguna excusa, para justificar esas caras de pena que tenían en esos momentos. Apenas probaron bocado, y enseguida, se fueron a dormir, o por lo menos, a intentarlo.

Ambos miraban al techo, metidos de lleno en sus pensamientos. Sophia no dejaba de reproducir en su cabeza esa última frase de Liam.

<<El amor de mi vida.>>

Estaba furiosa. Ella, que siempre había estado a su lado. Apoyándolo. Queriéndolo. Echándolo de menos. Siempre esperando. Dispuesta a todo por él. Y Liam ni siquiera se había fijado en ella.

Aiden sintió lo mismo. Él siempre la esperó. Siempre se hizo a un lado cuando fue necesario. Fue comprensivo. No forzó nunca las cosas. No se entregó a nadie porque su corazón era de Sarah. La consoló cuando más lo necesitaba. ¿Y ahora qué?

Después de un buen rato, consiguieron cerrar los ojos y dormirse. Pero el sueño duró poco. De repente, algo les despertó. Sophia abrió los ojos de par en par, y miró su reloj. Era la una de la madrugada. Se incorporó un poco, algo desconcertada por lo que parecía estar escuchando. Parecía que alguien estaba gimiendo. Aiden se incorporó también, y la miró.

—¿Qué demonios es ese ruido?—preguntó, molesto.

—¡Silencio!—dijo Sophia en voz baja, instándole a callarse.

Entonces, pudo escucharlo con mayor claridad, y se empezó a reír al darse cuenta de qué se trataba.

—No sé de dónde viene, pero sé con seguridad, que se lo está pasando muy bien. —dijo ella.

Aiden se llevó una mano a la cabeza.

—No me lo puedo creer.

Sophia se sentía algo apurada, pero al mismo tiempo, le divertía la situación.

—Oye, estoy pensando que, como no puedo dormir, voy a bajar a vaciar la nevera. ¿Te apuntas?—dijo él, levantándose de la cama.

—Me apunto.—contestó ella, apartando las sábanas.

A los pocos minutos estaban los dos en la cocina. Aiden abrió la nevera, buscando alguna cosa que llevarse a la boca. Y encontró algo delicioso.

—¡Oh, Dios mío!—dijo él, como si hubiera encontrado un tesoro.

—¿Qué?—preguntó Sophia con interés, apoyándose en la mesa de la cocina.

Aiden sacó un pequeño pastel de chocolate, y le dedicó a Sophia una mirada pícaro y travieso. Ella sonrió en respuesta.

Instantes después, ya estaban devorando sus respectivos trozos de pastel, sentados uno frente al otro, deleitándose con el sabor del chocolate mezclado con el bizcocho y la nata.

—Está buenísimo.—afirmó Aiden con gusto.

—Esto era lo que necesitaba. ¡Chocolate para las penas!—dijo Sophia, satisfecha.

Aiden la miró con tristeza.

—¿Tú también?

Sophia lo miró, seria.

—Estoy hecha polvo. Todo esto es horrible. Me siento como si me hubieran pisoteado.

—Yo igual.—respondió Aiden, asintiendo.

—No era necesario que lo gritara a los cuatro vientos. Hoy ni siquiera ha hablado conmigo. Está pegado a ella. Enamorado como un estúpido. —se

lamentó.

—Igual que yo.—afirmó Aiden, casi para sí mismo.

Sophia suspiró.

—A pesar de que sé que seguramente no saldrá bien, no quiero dejar de luchar. Siempre he estado escondiéndome de este tipo de situaciones, y cuando llega el momento de enfrentarse, parece que ya es tarde.—dijo con pesar.

Aiden la miró con determinación.

—No nos rendiremos. Hemos perdido una batalla, pero no la guerra.—advirtió.

Sophia lo miró, decidida.

—Tienes razón ¡Maldita sea! ¿Qué hago comiendo chocolate y metiendo calorías en mi cuerpo? ¡Así no arreglo nada! —dijo ella, irguiéndose.

—¡Así se habla! —exclamó Aiden sin dejar de comer.

—No se admite la rendición. ¡No, señor!—dijo Sophia, orgullosa. —El día que se dé cuenta de lo maravillosa que soy, voy a tener que llevarle al hospital de la bajada de azúcar que le va a dar.

—¿A quién le va a dar una bajada de azúcar?—preguntó Liam desde el umbral de la puerta.

Sophia lo miró, perpleja, pero enseguida apartó la mirada, muerta de vergüenza. Aiden permaneció quieto en su sitio, observando como Liam se acercaba a la mesa. Este se sentó al lado de Sophia, que no se movió ni un milímetro.

—¿De qué hablabais con tanto ahínco?—preguntó Liam con interés, mientras se acomodaba en la silla.

Al ver que Sophia se quedaba callada, Aiden reaccionó rápidamente.

—De su jefe. —soltó de repente.

Sophia lo miró, sorprendida.

—¿Su jefe? —preguntó Liam, extrañado.

—Sí, su jefe. Es un capullo que no sabe lo que vale, ¿verdad, cariño?—dijo Aiden, mirándola.

Sophia asintió, y contestó:

—Sí, así es.—entonces miró a Liam. —Es que me grita mucho en el trabajo, y eso que estamos en una biblioteca. Es un poco... faltón.

—Un momento. ¿Estás hablando de John Hilton? Pero si ese hombre es la calma y el sosiego personificados. —aseveró Liam.

Aiden la miró alarmado, pero ella actuó enseguida.

—No, no es John. Es uno nuevo que nos han puesto temporalmente. Es que John tiene lumbago. Y el nuevo se cree el *sheriff* de la biblioteca. —explicó Sophia, mintiendo descaradamente.

Liam se encogió de hombros, y dijo:

—Bueno, entonces tienes que hacerte valer.

Aiden asintió, disimulando.

—¿Lo ves? Ya te lo dije yo. Te tienes que hacer valer.

—Y si no, le denuncias al sindicato.—comentó Liam, mientras cogía un trozo de pastel.

Ambos asintieron nerviosos.

—Claro, sí, al sindicato. Pues a lo mejor lo hago, no te creas.—advirtió Sophia acomodándose en la silla, dándose importancia.

Aiden y ella se miraron, aliviados.

—Sabéis que mamá mañana nos matará a todos ¿no? Aunque, bueno, yo soy su favorito, así que llegaré vivo a la boda.—dijo Liam dibujando una pícaro sonrisa.

Aiden se rio con sorna.

—Me temo que Sophia te ha quitado el puesto.

Ella sonrió, orgullosa.

—Pero Sophia testificará a mi favor.—aseguró Liam.

Esta negó con la cabeza.

—¡Ni hablar! Yo voy con Aiden.—respondió, risueña.

Liam abrió la boca, poniendo un gesto de fingida indignación.

—¿Hablas en serio? A mí me conoces desde hace más años que a él. ¡Qué vergüenza! ¡Dejar a tu mejor amigo en la estacada!—dijo haciéndose el ofendido.

Aiden y Sophia se rieron a carcajadas, mientras Liam comía pastel. Un rato más tarde, se fueron finalmente a dormir.

Sophia se sentía como si estuviera en una nube. Desde que Liam se había comprometido, no habían vuelto a vivir momentos tan divertidos como aquel. Recordó su sonrisa perfecta, y su mirada pícaro. Él era todo lo que deseaba en este mundo.

Se imaginó compartiendo momentos así con él a solas, aunque más íntimos y apasionados. Juguetones, coqueteando. De repente, su imaginación voló.

Estaban los dos en una estancia. Liam y ella estaban abrazados, sentados en un sofá, haciéndose arrumacos, mientras él le daba a ella pastel de chocolate. En un momento dado, Sophia, totalmente excitada, le arrancaba la ropa, le embadurnaba de chocolate, y le saboreaba.

Ahora sí que tenía calor. Pero el sonido de los pájaros la despertó, y volvió al mundo real, para su desgracia.

## Capítulo 11

Esa mañana, nada más entrar en la cocina, Sophia y Aiden se encontraron con la cara malhumorada de Carol, que había descubierto la fechoría de la noche anterior. Con una mirada inquisitiva, les echó un buen sermón sobre su falta de modales. Aiden empleó como excusa para su comportamiento, el hecho de que los habían despertado unos sospechosos gemidos. Carol se ruborizó, mientras Sean los miraba, divertido. Al final, el enfado se le pasó enseguida.

Después de desayunar, se arreglaron, y se dirigieron al punto de encuentro, donde habían quedado con sus amigos. Irían hasta allí solos, porque Liam se había marchado antes, para ir a buscar a Sarah. Se encontrarían en la entrada del castillo Desmond, donde estaba el Museo del Vino. Como estaba un poco lejos, se dirigieron al sitio en el coche de Aiden.

Llegaron diez minutos más tarde, y ya estaban todos esperándoles. Disfrutaron de un rato agradable viendo todo lo que el lugar les podía ofrecer, recorriendo con curiosidad e interés la vieja construcción del siglo XV, que estaba en muy buen estado de conservación.

En todo momento, Sophia se mantuvo cerca de Aiden. Ambos intentaron mostrarse cercanos y casi cariñosos, pero sin exagerar. En cambio, Sarah y Liam estaban totalmente dedicados el uno al otro, coqueteando todo el tiempo. Las caras de Aiden y Sophia eran un poema.

—¡Ay, qué travieso eres!—decía Sarah, risueña, mientras Liam la abrazaba y la besuqueaba la oreja.

Liam se reía, y le dedicaba miradas lascivas. Parecía que querían desaparecer, y dedicarse a otros menesteres más íntimos. Sophia respiró hondo, y puso una mueca de disgusto.

—Mírala, la tonta esta, créida.—dijo en voz baja, molesta.

—Imbécil, atontado.—soltó Aiden del mismo modo.

Entonces, Sophia lo miró indignada.

—¡Oye! No te consiento que le insultes. ¡Con mi Liam no se mete nadie!—le advirtió, enfadada.

—Pues yo tampoco consiento que se metan con MI Sarah.—respondió, desafiante.

Sophia suspiró, exasperada.

—Está bien. Podemos insultarles entre nosotros. Solo nosotros. Así, en

confianza. ¿De acuerdo?

Aiden asintió.

—Vale. Caraculo, gilipollas.—dijo mirando a Liam.

Sophia hizo lo mismo, mirando a Sarah.

—Presumida, idiota.

Ambos, sin mirarse, chocaron los cinco, en señal de aprobación. No tenían otra manera de desahogarse.

Tras terminar la visita, se dirigieron a otro de los lugares más visitados de la ciudad. La fortaleza Charles había sido levantada en el siglo XVII, sobre las ruinas de un antiguo castillo, a la orilla del río Bandon. Desde donde estaban, se podía ver parte de otra de las joyas de Kinsale, la fortaleza James, y un poco más lejos, una preciosa panorámica de la ciudad. Sophia se quedó maravillada ante tan hermosas vistas.

Ella consideraba que Kinsale era un lugar de ensueño. Una ciudad donde convivían en perfecta armonía las construcciones más modernas, y las ruinas, vestigios de un pasado lejano. Era algo mágico y singular. Como viajar en el tiempo. Un escenario propio de una novela. Por un momento, consiguió olvidar su tristeza, y se sintió relajada contemplando el paisaje.

—¿Qué te parece?—preguntó Aiden, que se puso a su lado, mirando al frente.

Sophia sonrió.

—Es un lugar precioso. Me encanta. Me siento tan tranquila. Tan bien. No sé. En paz.—respondió, pensativa.

Se quedaron en silencio, disfrutando del momento. Pero la calma duró poco. De repente, Sophia oyó unas voces cerca de ellos. Esto captó su atención y giró la cabeza. Sarah y Liam estaban hablando y riendo, abrazados, contemplando el horizonte. Entonces, la tristeza volvió a invadirla. Con una mueca de disgusto, dio media vuelta, y se alejó de allí, dejando a Aiden solo con sus pensamientos.

Tras la visita cultural, regresaron a casa algo desanimados. A pesar de haberse mostrado como una pareja feliz y compenetrada, esto no había surtido el efecto deseado.

Entraron en casa, y se encontraron a Sean, que estaba en el salón, sentado, viendo la televisión. Carol había salido en ese momento a ver a una vecina, y él estaba solo, esperándoles.

—Por fin habéis vuelto. Os estaba esperando. Tengo algo que enseñaros. —dijo mientras se levantaba del sillón, y apagaba el televisor.

Aiden puso cara de cansancio.

—Papá, estamos derrotados. Mejor mañana ¿vale?

Sean hizo caso omiso, y se dirigió a la puerta principal. A pesar de que no estaban de ánimo para sorpresas, le siguieron.

—Quedaos aquí. —dijo el hombre, haciendo que esperaran justo delante de la puerta del garaje.

Cuando Sean la abrió, mostrando por fin lo que quería enseñarles, se quedaron totalmente petrificados. Sophia estrechó la mirada, intentando verlo mejor. Estaba segura de que había mirado bien la primera vez, pero quería asegurarse de que no se equivocaba. Aiden casi se desmaya de la impresión. No podía creerse lo que estaba viendo. Sean se puso a un lado, y sonriente, con los brazos en jarras, dijo:

—¡Tachán!

Aiden y Sophia se acercaron despacio. Él negaba con la cabeza a medida que se aproximaba.

—No puede ser cierto. ¿Cómo? ¿Cuándo?—preguntó, desconcertado.

Sean se mostró satisfecho y emocionado.

—Esta misma mañana. Te dije hace algún tiempo que el señor O'Connor quería deshacerse de él. Y finalmente, llegamos a un acuerdo y me lo ha dado. Es cierto que necesitará algunos arreglos. Pero lo he probado esta mañana, hijo, y ruje perfectamente.

Aiden pasó los dedos delicadamente por el capó. La verdad es que el coche tenía buen aspecto en el exterior. Habría que revisar el motor, porque, seguramente, habría muchas piezas que cambiar. Entonces, miró a Sophia, que seguía estupefacta.

—¿Sabes qué coche es? ¿Habías visto alguno así?—preguntó.

Sophia asintió, y dijo:

—Jaguar E-Type. Año 1961. Enzo Ferrari<sup>[7]</sup> dijo de él, que era el coche más bonito del mundo. ¿Qué si lo he visto?—preguntó Sophia, totalmente anonadada—. Solo en el museo de Coventry<sup>[8]</sup>, y en alguna exhibición. Este coche es la elegancia con motor.—sentenció.

Aiden dibujó una sonrisa de satisfacción. No necesitaba explicarle absolutamente nada, eso estaba claro. Sean la miró, sorprendido.

—Así que ¿te gustan los coches?

Sophia lo miró y, respondió:

—Sí, me gustan. Es cosa de familia. Mi abuelo trabajó en Barreiros, y mi padre es un enamorado del mundo del motor. Gracias a ellos, sé alguna que otra cosilla. —entonces, se acercó más al coche. —¡Guau! Y de color verde oliva. Me encanta.

Entonces, Sean puso su mano sobre el hombro de su hijo mayor.

—Hijo, no dejes escapar a esta muchacha. ¿Me has oído?—dijo el hombre con firmeza.

Sophia sonrió tímidamente, mientras Aiden ponía cara de circunstancias.

—¿Puedo conducirlo?—preguntó este en tono de súplica.

Sean asintió.

—Adelante. Aquí tienes las llaves. Pero no lo fuerces mucho.—le advirtió.

Aiden sonrió triunfal, y miró a Sophia.

—¿Te apuntas?

Esta asintió. Pero, de repente, puso una mueca de desaprobación.

—Un momento. No podemos subirnos con estas pintas. —llevaban ropa informal, vaqueros y camiseta—. Tenemos que ponernos elegantes. Este coche no merece menos. —afirmó, acariciando la carrocería.

Aiden se rio, y asintió. Sophia tenía razón. Ese coche era pura elegancia, así que fueron rápidamente a cambiarse, para ponerse algo más adecuado para la ocasión.

Sophia se puso unos pantalones negros de vestir, zapatos de tacón bajo de color rojo, y una camisa del mismo color. En el rostro se aplicó un poco de maquillaje, *eyeliner* negro y sombra de un tono rojizo en los ojos, colorete, y *gloss* transparente para los labios. Aiden eligió unos pantalones negros, zapatos de vestir del mismo color, y una camisa de color azul. Iban elegantes y glamurosos, perfectos para un paseo subidos en un clásico.

Se sentaron, y se deleitaron observando el interior. Los asientos y las puertas estaban tapizados en cuero de color avellana, y el volante tenía un precioso acabado en madera. No era el modelo descapotable, era el *coupé*, primera fase. Aiden acarició el volante, mientras observaba el cuadro y el salpicadero. Era un coche de ensueño. <<Sí, Enzo Ferrari tenía razón>>, pensó Sophia. Se pusieron en marcha, y el motor arrancó a la perfección. El sonido era mágico. Parecía que habían viajado atrás en el tiempo.

Decidieron dar una vuelta corta, y pasear por la carretera que iba paralela al río. La gente les observaba a su paso, con admiración. Sophia se sentía como una estrella de cine.

—Es maravilloso.—dijo ella.

—Ya te digo. Es un coche fantástico. Y es sorprendente que responda tan bien después de tanto tiempo

—Sí, antes las cosas se hacían para durar. ¿No crees?

Aiden asintió.

—Sin duda.

Sophia sonrió.

—Es genial. Este paseo me está animando mucho. Después de un día tan malo.—comentó, apenada.

Aiden la miró de reojo.

—Mira, disfrutemos del paseo, y olvidemos los problemas. No merece la pena estar sufriendo todo el tiempo. Necesitamos un respiro.—afirmó.

Sophia lo miró.

—Tienes toda la razón. ¡A disfrutar se ha dicho!—respondió, sonriendo.

Minutos más tarde, volvieron a casa, animados y contentos. Habían conseguido olvidar su tristeza, y disfrutar del momento. Porque sus corazones rotos se lo merecían.

Al día siguiente, Aiden y ella salieron pronto para ir en busca del regalo de boda para Liam y Sarah. La verdad es que se levantaron con desgana. ¿Para qué comprar nada, si la intención era impedir que la boda se celebrara? Aunque esto era lo que pensaban, debían disimular por el momento.

Se dirigieron al centro de la ciudad, y resolvieron buscar un sitio especializado en estas cosas. Pronto encontraron una tienda de regalos donde había casi de todo. Vajillas, muebles pequeños, cestas con varios regalos y utensilios.

—¿Por qué no les regalamos una vajilla? Seguramente les venga bien.—dijo Sophia, mirando una estantería que estaba repleta de vajillas.

Aiden se acercó a ella.

—Buena idea, así terminamos con esto cuanto antes. Aunque no sé cuándo van a tener ocasión de usarla, si se supone que no va a haber boda.

Sophia lo miró, y con una sonrisa malvada dijo:

—La pueden usar para tirarse los platos a la cabeza, cuando cancelen la boda por nuestra culpa.

Ambos se rieron a carcajadas, ante la mirada atónita de la dependienta, que no se movió del mostrador. Finalmente, eligieron una con motivos florales, bastante cursi y horrorosa.

Después, decidieron ir a tomar algo a la zona del puerto. Se sentaron en la terraza de una de las cafeterías que había repartidas por el lugar, y enseguida les sirvieron dos tazas de café. Desde allí, podían disfrutar de unas hermosas vistas.

A esa hora, Liam y sus amigos estarían subidos en el barco de su amigo Paul. Según le había comentado a Aiden antes de salir de casa, iban a aprovechar el buen tiempo para hacer esquí acuático, deporte que a Liam le encantaba.

—Está mal de la cabeza. No sé cómo se le ocurre subirse a un barco con Paul. No he conocido a un tipo más chalado en mi vida. Es un peligro. —explicó Aiden.

Sophia agitó la mano, como quitando importancia al asunto.

—Seguro que exageras. Si Liam se fía, por algo será. Además, las personas pueden cambiar. A lo mejor ya no hace el loco como tú crees.

En ese momento, se oyeron unos gritos. Ambos se miraron sorprendidos, y a continuación, fijaron su vista en el río, que estaba justo delante. Todos los que estaban allí hicieron lo mismo.

De repente, apareció una enorme lancha, navegando a toda velocidad. Entre las muchas personas que estaban subidas en la embarcación, distinguieron claramente a Sarah, que gritaba desesperadamente. Justo detrás, arrastrándose por encima del agua, estaba Liam, con su chaleco salvavidas, sujetándose a la cuerda con la que tenía que estar haciendo esquí acuático. Ni que decir tiene que no había ni rastro de los esquís.

Pasaron rápidamente delante de ellos, y entonces, Aiden miró a Sophia. Esta agachó la mirada, algo avergonzada.

—Sí, está chiflado. Ni loca subo a un barco con él. —afirmó.

Aiden se tomó su taza de café con cierto aire triunfal. Se miraron de nuevo, y no pudieron aguantar la risa. Empezaron a reírse a carcajadas recordando la divertida escena. Paul conduciendo la lancha a toda velocidad, con su ridículo gorro de capitán, sin enterarse de nada. Sarah chillando como una posesa, y Liam tragando agua, totalmente hecho un desastre.

—¡Menudos gritos! Parecía que se estaba ahogando ella.—dijo Sophia mientras se reía.

—Y Liam hecho una piltrafa. No creo que pueda moverse mucho después de esto. —respondió Aiden, riéndose.

—No sé, a mí me parece ahora más humana, viéndola así. —comentó ella, pensativa.

Aiden frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Sophia se revolvió en la silla.

—Verás, a veces parece tan perfecta que da miedo. Nunca tiene un mechón colocado fuera de sitio. Siempre va con el maquillaje bien puesto. Y sin olvidar esos andares de princesa que me lleva cada vez que camina. No sé, me da mal rollo.—concluyó.

—Lo que acabas de decir es una tontería. Y eso demuestra que tienes envidia. —respondió Aiden, molesto.

Sophia lo miró, ofendida.

—¡Para nada! Yo le doy mil vueltas. Cuando ella está yendo, yo he ido y vuelto dos veces. —afirmó ella con aire chulesco.

Aiden asintió.

—Sí, claro. —respondió él con sorna.

Sophia se tensó un poco.

—No puede ser real. Cuando alguien parece tan perfecto, es que algo raro tiene. —advirtió.

—Es decir, que si es una mujer más atractiva que tú, algo malo tiene. ¿Ese es tu argumento? —preguntó, indignado.

—Eso sobra.—contestó, enfadada.—Además, yo no voy por ahí moviendo las caderas en plan dominatrix, ni haciéndome la interesante, ni poniendo morritos, para que alguien se fije en mí. Me parecen actitudes ridículas.

—Pues eso es lo que ha funcionado con Liam. —afirmó Aiden.

Sophia se sintió tremendamente dolida ante el comentario.

—Sí, y eso es lo que más me fastidia. No creía que fuera así. Pensaba que era capaz de mirar más allá de un cuerpo bonito.

Aiden se indignó.

—Sarah no es solo un cuerpo bonito. Es mucho más que eso.

—¿Ah, sí? —preguntó, aún dolida.

—Sí. Es cariñosa, amable y encantadora. Si te molestaras en conocerla, pensarías igual que yo. —respondió, furioso.

De repente, Sophia se sintió culpable. No había pensado que estaba hablando de la persona de la que él estaba enamorado. Puso un gesto de arrepentimiento y dijo:

—Lo siento, Aiden. Es mi complejo de inferioridad el que habla. He sido demasiado dura, no ha estado bien. —hizo una pausa, y a continuación, dijo: — A ver, Sarah no me parece una mala chica. En serio. De hecho, seguramente habríamos sido amigas en otras circunstancias. Pero somos rivales. Y una debe ser despiadada con las rivales. O eso creo.—afirmó sin estar segura.

Aiden dibujó una media sonrisa. No era capaz de enfadarse con ella.

—Lo sé. No te preocupes. Yo también he metido la pata. No debí decirte esas cosas. Lo siento. —dijo con sinceridad.

Ambos suspiraron, aliviados. Sophia miró su reloj, y se dio cuenta de que ya era la hora de irse.

—Anda, vamos a darles el regalo a los tortolitos.—dijo ella, levantándose del asiento.

Regresaron a casa, y ya estaba allí gran parte de la familia O'Brien. Todos iban a hacer entrega de los regalos, y para ello, se había organizado un gran banquete. Sophia contó al menos treinta personas en aquel enorme salón. Como hacía buen día, montaron una mesa alargada con varios tableros de madera en el

porche del jardín. La abuela Betty se dirigió a ella nada más verla.

—¡Sophia! ¿Cómo estás, preciosa?—preguntó con ternura, dándole un abrazo, que ella recibió encantada.

—Bien. ¿Han venido todos?

—¡Que va! Estos son solo la mitad. Ven, siéntate conmigo.—dijo, instándola a acompañarla.

Durante la comida, la abuela Betty se sentó entre Aiden y Sophia, y se dedicó a contar batallitas.

—Recuerdo cuando conocí a mi marido, Ciaran. Era uno de los muchachos más guapos de Kinsale. De hecho, Aiden ha salido a él. Tiene los mismos ojos y la misma sonrisa. ¡Menudo tipo tenía! Todas estaban locas por él. Por eso yo me resistí un poco.—explicó, mirando a Sophia.

—¿Ah, sí?—preguntó esta con interés.

La abuela Betty asintió con orgullo.

—Sí. Yo no se lo puse fácil. No me fiaba demasiado. Tenía la impresión de que era un poco caradura. Pero me equivoqué. Con mucha paciencia, y unos cuantos ramos de flores, me acabó conquistando. De ello aprendí que uno no debe dejarse llevar por las apariencias. A los pocos meses, nos casamos. Fue una boda preciosa, aquí en Kinsale. Llevaba un vestido blanco perla, con encaje en las mangas y en el bajo de la falda. Luego te enseñaré fotos, las tiene todas Carol.

Sophia sonrió y suspiró, soñando con su propia boda con Liam. La abuela se percató de la mirada atontada que tenía, y dio un ligero codazo a Aiden.

—Espero que pronto me deis una alegría. Sophia tiene cara de novia enamorada.—afirmó la mujer guiñando un ojo a su nieto, que tragó saliva, nervioso.

Aiden desvió la mirada y observó a Sarah, que se mostraba risueña y alegre, junto a Liam, hablando con una de sus primas. <<¡Qué bonita está cuando sonrío! Es capaz de iluminar incluso el día más soleado con su sonrisa.>>, pensó él, emocionado.

Después de comer, comenzó la entrega de regalos. Los invitados iban dándole los paquetes a Liam, y Sarah se encargaba de abrirlos. Una cafetera, una batidora, un vale descuento para una lavadora. Entonces, llegó el momento de abrir el regalo de Aiden y Sophia.

Sarah los miró, sonriente, como si fuera una niña pequeña, adorable y risueña. Abrió el regalo, y se emocionó al verlo, a pesar de que se trataba de una vajilla hortera y horrorosa. Sophia tragó saliva al ver que iba directa hacia ella. De repente, Sarah le dio un sentido abrazo, como si fueran amigas de toda la vida. Sophia se quedó paralizada, sin saber qué hacer.

—¡Muchísimas gracias por el regalo! Es estupendo. Os prometo que le daremos buen uso. Además, viniendo de vosotros, es muy especial.—afirmó Sarah, emocionada, mientras se separaba de ella.

A continuación, se dirigió a su amigo del alma, y lo abrazó con entusiasmo. Aiden notó como su corazón latía desbocado, y deseaba que el tiempo se detuviera en ese momento. Cosa que no sucedió, por supuesto.

Sophia se sintió débil, casi mareada, ante la actitud amigable y cálida de Sarah. De repente, notó que estaba contenta, incluso feliz consigo misma. Sí, Sarah definitivamente era una buena persona que hacía sentir bien a los demás. Incluso les había dado las gracias, con todo el cariño y el aprecio del mundo, por haberle regalado aquella horrorosa vajilla, que ellos habían comprado por puro resentimiento. Aquella mujer no tenía un ápice de maldad. Sophia lo sintió así. ¿Cómo podía haber pensado lo contrario? En ese momento, se sintió realmente estúpida.

El resto de la tarde estuvo conversando con diferentes miembros de la familia. Primos y tíos que siempre tenían algo que contar. Que si a uno le operaron del hígado el año anterior, otro soltaba pestes de una ex mujer que le sacó todo su dinero, y un largo etcétera de anécdotas parecidas. Una familia grande y ruidosa, como cualquier otra. Era imposible aburrirse en un ambiente así.

Horas más tarde, cuando los invitados se marcharon, incluida Sarah, que estaba derrotada tras la celebración, los O'Brien, con la abuela Betty, se quedaron sentados plácidamente en el salón de la casa, charlando. Liam estaba sentado justo enfrente de ella, al lado de su padre, y Sophia estaba encantada viéndole entre los suyos. Sonriendo, animado y jovial. Se sentía feliz por tener el privilegio de formar parte de su círculo más íntimo. A su lado estaba Aiden, que charlaba con su madre, mientras la abuela Betty observaba a toda la familia en conjunto, orgullosa de su prole.

Un rato después, la abuela Betty decidió que era un buen momento para recordar viejos tiempos, y le pidió a Carol que sacara los álbumes familiares. Esta los puso sobre la mesa, la abuela cogió uno, y lo abrió. Sophia, que estaba sentada a su lado, observaba con atención. Eran fotos muy antiguas, de los años cincuenta y sesenta. La abuela Betty le fue explicando cada fotografía que le mostraba.

—Esta soy yo el día de mi boda.—explicó con orgullo.

Sophia examinó la foto. La mujer había cambiado mucho, pero su mirada decidida seguía siendo la misma.

—Estoy segura de que rompiste más de un corazón.—comentó Sophia, al comprobar que, de joven, la abuela Betty había sido una auténtica belleza.

—Alguno que otro. —respondió, divertida.

Señaló otra foto en la que aparecía posando un caballero alto, moreno y con los ojos claros, vestido con traje y corbata.

—Y este es Ciaran, mi marido. Como verás, Aiden es casi idéntico a él.

Sophia pensó que era cierto. Se parecían mucho físicamente, sobre todo en la mirada.

Después llegaron a las fotos de la infancia y adolescencia de Liam y Aiden. Sophia enseguida reconoció al primero en una de las fotos. Pelo corto y rubio, mirada traviesa. Aparecía subido en un columpio, junto a Aiden, que tenía un gesto más serio.

—Aiden era el responsable, y Liam el travieso. Como el agua y el aceite.—sentenció la abuela Betty.

Pasó la página, y Sophia vio la época adolescente de ambos. Se quedó asombrada. Los dos eran guapos, atractivos y tenían un aire atlético que les hacía irresistibles, igual que ahora.

—Eran el terror de las nenas. —comentó Sean, divertido.

—Yo no tanto, papá. Era Aiden el que las volvía locas.—aclaró Liam.

Aiden se mantuvo callado, pero sonrió con cierto orgullo.

—¡Vamos, Liam! Tú tampoco te quedabas atrás—dijo Carol.

Sophia observó en una de las fotografías a Aiden, que aparecía apoyado en una pared, agarrando a una chica preciosa, que tenía el pelo largo y rubio. Se quedó fascinada. Seguramente, ella, en otras circunstancias, habría caído rendida a sus pies.

—¿Cómo se llamaba aquella chica, Aiden? La que te ligaste en sexto curso. —preguntó Liam.

Aiden pensó un momento, y miró bien la foto.

—Linda. Linda Matthison. Creo que estuvimos cinco meses. Fue mi relación más larga en aquella época.—respondió Aiden.

Sophia lo miró con suspicacia.

—No te preocupes, cariño, lo nuestro es para siempre.—dijo él poniendo cara de enamorado, y mirándola de forma seductora.

En ese momento, Sophia apartó la mirada, algo inquieta y nerviosa, al notar que los latidos de su corazón se aceleraban de forma inexplicable, ante aquellos ojos verdes tan sensuales.

Finalmente, llegaron a las fotos en las que aparecía Sarah retratada en compañía de Liam y Aiden. Esta, de niña, era adorable, con su pelo largo recogido en dos trenzas, su mirada dulce, y su alegre sonrisa.

En la adolescencia, se convirtió en una auténtica belleza. Era la típica chica guapa del instituto que eclipsaba a las demás.

Sophia observó la cara de Liam, que miraba las fotos, embobado, al igual que Aiden. Dos hermanos que amaban a la misma mujer. Pero uno de ellos, saldría herido irremediabilmente.

—Siempre con ellos. Eran inseparables. Luego cuando crecisteis, ya nada fue igual.—se lamentó Carol.

La abuela Betty pasó la página. De repente, Sophia se quedó sorprendida, al ver la siguiente serie de fotografías. Liam aparecía en todas ellas con varias de sus exnovias. Frunció el ceño, algo desconcertada.

—¿Esta es Rachel?—preguntó mirando a Liam algo seria.

Este miró bien la foto.

—Sí, es Rachel. ¿La recuerdas?—respondió él.

—Claro que la recuerdo. Salisteis en segundo. Pero solo durante el verano. Tres meses. ¿Dónde es esta foto?

—Es en Kinsale, en el muelle. —comentó Carol mirando la imagen.

Miró las demás fotografías en las que aparecían Mandy, Rebecca, Julia, y otras tantas, que habían sido las breves novias de Liam. Todas ellas siempre la trataron con desprecio y desdén. ¿Por qué demonios las había traído a Kinsale, y a ella no? ¿Por qué su familia las conocía, y en cambio, no sabían nada de ella?

Ella, que había sido su amiga y su paño de lágrimas durante doce años. Se sintió algo incómoda, y decidió que ya había tenido suficiente. Dejó de mirar las fotos y se desconectó completamente de la conversación, hasta que la abuela Betty anunció que se marchaba.

Cuando todos se disponían a irse a la cama, ella decidió quedarse un rato más despierta, y salir al jardín a tomar el aire. Aiden, que había notado su cambio de actitud, decidió ir tras ella. No tardó en encontrarla. Estaba al fondo del jardín, mirando la luna, con los brazos cruzados sobre el pecho, y con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, preocupado.

Sophia tragó saliva e intentó secarse las lágrimas con la mano.

—Nunca me ha tenido en cuenta. He sido siempre un cero a la izquierda.

Aiden frunció el ceño.

—¿A qué viene eso ahora?

Sophia se giró hacia él.

—Tu familia conoce a todas sus novias. Y la gran mayoría no le han durado más de cinco meses. Han sido relaciones pasajeras. Yo, en cambio, he formado parte de su vida durante doce años. Y ni siquiera les ha hablado de mí. Me siento una estúpida por tener esperanzas. ¡Y eso no es lo peor!—dijo mientras se paseaba delante de él. —Lo peor es que me he dado cuenta de que esto va a ser un fracaso.

Aiden se puso tenso.

—¿Qué quieres decir?

Sophia suspiró con pesar.

—Lo evidente, Aiden. Lo de Liam y Sarah es indestructible. No puedo competir con ella. Es guapa, adorable, maravillosa. Y lo peor de todo, es que me cae bien. Es una mujer fantástica, y sé que sería una grandísima amiga, a la que sería capaz de contarle cualquier cosa. Eso es lo más grave.

Aiden se revolvió incómodo.

—Entonces, ¿quieres decir que no vas a seguir con esto? ¿Qué lo dejas?— preguntó, indignado.

Sophia se paró delante de él.

—Aiden, mírame. Mírame bien. Sabes perfectamente que no tengo posibilidades. Soy como el jugador insignificante que nadie quiere en su equipo. El que se queda en el banquillo, limitándose a animar a los demás.

Él la miró, enfadado.

—Me parece lamentable que digas eso. De hecho, me cabrea que seas tan injusta contigo misma.

Sophia se rio con tristeza.

—Te lo agradezco, pero no hace falta que me adornes la evidencia. Ni siquiera despierto el deseo de mi mejor amigo. Y eso que hemos estado en situaciones propicias para ello. Más de una vez, nos hemos quedado en mi cuarto viendo películas románticas. Incluso en verano, llevando poca ropa. Y nada. Cero. Aunque bueno, en eso estamos igual.—dijo ella, intentando consolarse.

Aiden se calló de repente, y Sophia se percató de ello. Lo miró fijamente. Entonces, no tardó en llegar a la conclusión de que, obviamente, se había equivocado al hacer esa última afirmación.

—¡No me lo puedo creer! ¿Sarah y tú?

Aiden asintió.

—Sí, en Londres, hace unos años. No estaba entonces con Liam. Se sentía sola y me llamó. Y una cosa llevó a la otra.—explicó él con cierto apuro.

Sophia se sintió derrotada.

—Es increíble. Hasta tú has tenido esa oportunidad. ¡Joder! Soy una pringada.—afirmó.

Aiden suspiró, exasperado.

—Deja de decir tonterías. Para ella, solo fui un hombre objeto. Luego me dijo que no quería nada serio.

Sophia lo miró.

—Créeme, hubiera preferido eso.—negó con la cabeza.—Aiden, lo siento, pero no puedo hacerlo. Es inútil. Soy una fracasada.—dijo con tristeza, a punto

de volver a llorar.

Aiden se acercó más a ella.

—No digas eso. Lo único que necesitas es empuje y fuerza. Tienes que creer en ti. —dijo él, intentando animarla.

—Nunca seré una princesa. Solo seré la amiga de la princesa. Nunca tendré un príncipe.—afirmó Sophia, casi para sí misma.

Aiden sacudió la cabeza.

—¿Por qué demonios tienes que ser una princesa? Las princesas no están de moda. Tú estás hecha para ser una guerrera. ¡Deja de compadecerte! Tú vales mucho.—respondió él, convencido.

Sophia ya no tenía fuerzas.

—Aiden, no puedo, lo siento.—dijo, derrotada.

En ese momento, Aiden se sintió triste y desolado.

—Así que te rindes ¿no? Así de fácil.—dijo con sorna. —¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con mis sentimientos?—preguntó, dolido, llevándose la mano al pecho.

Sophia lo miró, sintiéndose terriblemente culpable.

—Aiden, es que no puedo hacerlo, de verdad, si pudiera yo...

Él alzó la mano, y la detuvo.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. Gracias por tu consideración. —respondió con ironía. A continuación, se alejó y entró en casa, enfadado.

Sophia se quedó allí, pensando en lo que acababa de pasar. Se sentía débil, triste, enfadada, angustiada y molesta. Siempre se sintió inferior, sobre todo en el instituto, cuando las chicas populares se metían con ella.

Ella era la empollona, la fea. Y esos complejos e inseguridades seguían con ella, a pesar de los consejos de sus amigos, que la animaban a confiar en sí misma, y a sacar lo mejor que llevaba dentro. Desde que tenía memoria, había aspirado a vivir su propio cuento de hadas. Pensó en Liam. Él era el príncipe de sus sueños, pero ella no era su princesa.

De repente, recordó la mirada triste de Aiden, y sintió una punzada de dolor. Él también sufría igual que ella, y necesitaba su ayuda desesperadamente. Le había dejado en la estacada, y eso no era propio de ella. Era una amiga fiel y leal, que nunca dejaba a nadie tirado. Se sentía fatal por su comportamiento, había sido una completa egoísta. Pero eso iba a cambiar. Tenía que cambiar.

En ese instante, sintió un impulso, una especie de fuerza que salió de su interior. ¿Qué demonios? *Wonder Woman*, su heroína del cómic favorita, le daría una paliza por rendirse sin pelear. Ella nunca había sido una princesa. Siempre había sido una auténtica guerrera que había luchado por sus sueños. Luchó por entrar en el Trinity College con uñas y dientes, y lo consiguió. Luchó por

quedarse en Irlanda, y lo logró. ¿Por qué rendirse ahora? No debía. Era el momento de darlo todo. No solo por ella, lo haría por Aiden. Él era un buen amigo, que la necesitaba más que nunca. Se irguió y se secó las lágrimas. A partir de ahora, las cosas iban a cambiar. ¡Iba a ir a por todas!

## Capítulo 12

Aiden se levantó más temprano de lo habitual, y salió a correr como cada mañana. Evitó cruzarse con Liam, ya que estaba demasiado enfadado y no quería verlo. Había estado dando vueltas toda la noche a lo que le había dicho Sophia. Ella, desesperada por el pasotismo de su hermano, había decidido rendirse y aceptar la realidad que a él tanto le costaba asumir.

Su plan no tendría éxito. Liam y Sarah se casarían delante de sus narices, y Sophia y él se quedarían con sus respectivos corazones rotos como único consuelo. Él no quería aceptarlo, pero así era. Sophia no tenía nada que hacer contra Sarah. Eran demasiado distintas.

Aunque Sophia tenía potencial, y si se arreglaba un poco, podría captar la atención de cualquiera, no iba a hacerlo. No se quería a sí misma, y Aiden odiaba el hecho de que ella tuviera tan poca estima. Era atractiva, y tenía un carácter agradable y divertido. Era una persona con la que cualquiera se sentiría a gusto y feliz.

En todos esos días que llevaban pasando juntos, Aiden se había encariñado con ella. Se lo pasaban bien, y habían conseguido ser buenos amigos. Por eso le fastidiaba tanto que ella no se valorara como debía. Pero él no podía hacer nada. Solo limitarse a intentar convencerla de que ella era maravillosa, y que, si Liam era tan tonto como para no verlo, el que tenía el problema era él.

Entonces, pensó en su hermano. A pesar de todo el apoyo que le había brindado Sophia durante todos esos años, él ni siquiera había hablado de ella con su familia. Al fin y al cabo, era una persona importante en su vida. Solo le habló de ella una vez, según recordaba ahora, hace muchos años, pero nunca llegó a presentársela. ¿Sería cierto que Liam no la tenía tan en cuenta? Quizás para él solo era una amiga más, y ya está. Y no supo por qué, le molestó esa especie de desprecio hacia ella. De hecho, corrió más deprisa, enfadado y molesto. Necesitaba despejar su mente.

Regresó a casa, y Sophia se acababa de despertar cuando él entró por la puerta. Se cruzaron en las escaleras, cuando él iba en dirección a su cuarto para cambiarse, y ella iba hacia la cocina para desayunar. Se miraron, y Sophia dijo con timidez:

—Buenos días.

—Buenos días. —respondió él.

Se quedaron unos instantes en silencio. Entonces, Aiden decidió preguntar:  
—¿Vendrás al partido?

Sophia asintió.

—Sí, iré más tarde, ahora tengo que prepararme. Disculpa.—dijo bajando las escaleras, y dejándole con una extraña sensación. Parecía nerviosa, como si estuviera escondiendo algo.

Sacudió la cabeza, y subió a su habitación. Minutos más tarde, ya estaba preparado, y se marchó al campo de fútbol.

Sophia desayunó rápidamente. Tenía mucho que hacer antes de irse. Apenas habló con Carol, que la miró con curiosidad. Parecía que tenía la mente puesta en otro sitio. Durante la noche, había estado maquinando lo que haría esa mañana. Sabía que Susan y Richard le habían metido algunas cosas en la maleta que le serían de utilidad. Una serie de zapatos, botines, faldas cortas, chaquetas y camisetas que romperían con su look habitual. Eso era lo que quería, mostrarse rompedora.

Entró en la habitación, y empezó a rebuscar en la maleta. Encontró la camiseta donde podía leerse la frase <<*Geeks do it better*>>. Sí, era perfecta para la ocasión. Después, escogió unos ajustados pantalones vaqueros negros, y una chaqueta de piel sintética del mismo color. Gracias a esta ropa, parecía tener un aspecto más gamberro.

A continuación, se duchó, se vistió, y se maquilló. Se aplicó colorete rosa en las mejillas, carmín en los labios, y sombra marrón claro en los ojos, aplicando *eyeliner* negro en la línea del párpado inferior, siguiendo las instrucciones de Richard: <<Si destacas los labios, no exageres los ojos.>>.

Dio el toque final al conjunto con sus gafas ochenteras de color azul, y unos botines negros de tacón bajo con tachuelas en la parte de arriba.

Sophia se miró en el espejo antes de irse, y vio algo que le encantó. Con su pelo suelto y rizado, parecía una mujer distinta. Estaba arrebatadora. Se gustaba mucho en ese momento.

—Eres fabulosa, maravillosa y nada ni nadie podrá contigo. —dijo ante el espejo, intentando aumentar su confianza.

Mentalmente repitió estas palabras, mientras salía por la puerta principal. Carol y Sean ya se habían ido hacia el campo de fútbol, así que Sophia se fue sola. Caminaba con seguridad y decisión. A su paso, hacía que las miradas de los pocos transeúntes que pasaban por allí, se centraran en ella. Estaba decidida a cumplir su sueño. Acabar en los brazos de Liam, que le suplicaría estar con ella. Sí, así sería.

Sonrió al imaginarlo rendido ante sus encantos, con un ramo de flores en la mano. Y entonces pensó en Aiden, abatido y triste la noche anterior. Sacudió la

cabeza. Esto también era por él. Si no la hubiera animado, dándole el empuje que necesitaba, ella no estaría paseando seductora y decidida por las calles de Kinsale.

El campo no estaba lejos de la casa, y en menos de diez minutos lo vio. El partido acababa de empezar. Liam se había puesto la misma indumentaria que Aiden, pantalones cortos, camiseta y botas. Este último llevaba su pelo recogido con una cinta, y parecía estar concentrado. Sophia vio al grupo de novias y mujeres de los jugadores. Sarah, como siempre, era el centro de atención.

En un momento dado, vio que Liam metió un gol, que, por supuesto, le dedicó a su novia. Sophia respiró hondo.

—Vamos allá, campeona.

Empezó a caminar de forma seductora, moviendo las caderas como hacía Marilyn Monroe en las películas. A través de sus gafas, miraba a Liam, que se estaba preparando para hacer un saque. Aiden estaba de espaldas a ella. Todos estaban preparados en el campo, cuando uno de los jugadores la vio.

—Madre mía, lo que viene por allí.—dijo este sin dejar de mirarla, fascinado.

Entonces, el resto de jugadores, incluido Liam, centraron sus miradas en ella. Aiden frunció el ceño al ver la cara embobada de su hermano. Este estaba perplejo, y estrechó la mirada para intentar saber quién era ese bombón que se estaba acercando al campo.

—Oye ¿qué te ocurre? ¿Qué...?—dijo Aiden dándose la vuelta para descubrir qué estaba pasando.

De repente, la vio y se quedó sin aliento. No tardó en reconocerla. Era Sophia. Parecía distinta, pero era ella, sin duda. En ese instante, sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué demonios había pasado? Anoche afirmó convencida que todo se había acabado, y hoy venía con una actitud rompedora. ¿Qué se proponía? ¿Qué le diera un ataque al corazón? Tragó saliva. No fue capaz de apartar su mirada de ella.

Sophia llegó a pie de campo. Alzó la vista, y miró a Aiden, sonriente. Este sintió que sus piernas perdían fuerza, y no entendía por qué. En ese momento, el árbitro pitó, para hacerles entender que debían continuar con el partido.

Aiden sacudió la cabeza, y procuró centrarse. El partido continuó, aunque no de la misma manera. Liam miraba de vez en cuando hacia donde ella estaba, buscándola, al igual que Aiden. Sophia se puso justo al lado del grupo de las mujeres y novias de los jugadores. Todas la miraban estupefactas, y algunas con cierta envidia. Saludó con la mano a Sean y Carol, que estaban al otro lado del campo. Ambos levantaron el pulgar en señal de aprobación, y Sophia sonrió ampliamente en respuesta.

—¡Vaya! Estás impresionante, Sophia. —dijo Sarah sin moverse del sitio.

—Gracias.—contestó con cierta timidez, pero con satisfacción.

En ese momento, Aiden pasó justo delante de ella, y miró en su dirección. Sophia se quitó las gafas, y le guiñó un ojo, haciéndole saber que no se rendía, y que podía contar con ella. Él se detuvo, y se quedó allí mirándola, embobado, sonriendo embelesado.

De repente, el balón, que venía de no se sabe dónde, impactó contra su cabeza, y Aiden cayó al suelo en el acto. Sophia se alarmó, y enseguida acudió a su encuentro. El partido se detuvo. Liam se arrodilló junto a su hermano, al igual que ella. La miró de reojo, algo inquieto. Pensó que estaba preciosa, y notó como su corazón latía sin control.

—Aiden, ¿estás bien?—preguntó Sophia, angustiada.

Este abrió los ojos despacio, y la miró. Entonces, asintió. Liam y Sophia le ayudaron a incorporarse. Se llevó una mano a la cabeza, justo donde le había dado el balón. Con cara de enfado miró a su alrededor y dijo:

—¿Quién me ha tirado el jodido balón?

Uno de sus compañeros entonó el *mea culpa*.

—Tío, estaba haciendo un pase, y tú estabas en medio. Lo siento, colega.

Aiden quitó importancia al asunto, y empezó a caminar despacio. Notó enseguida que se mareaba. Sophia, rauda y veloz, agarró su brazo, lo puso sobre sus hombros, y le llevó con ella lejos de allí, ante la mirada de Liam.

—Tranquilo, ya me ocupo yo de él.—dijo ella intentando tranquilizarle.

Aiden y ella se sentaron en el césped, fuera de la línea de juego. Sarah se acercó, preocupada.

—¿Estás bien? ¡Menudo golpe!—dijo alarmada.

Aiden asintió.

—Tranquila, sobreviviré.—respondió con una media sonrisa.

Sarah se alejó de ellos, y volvió a donde estaba, sin dejar de mirarles. Estaba un poco inquieta. No había dejado de observar a Aiden durante el partido. Parecía serio y taciturno, hasta que llegó Sophia. Entonces, volvió a parecer animado. Tenía una extraña sensación. ¿Quizás algo de envidia?

Sophia puso la vista al frente, aunque sin dejar de estar pendiente de Aiden.

—¡Vaya golpe más tonto! Es el típico golpe que te das cuando estás despistado. No deberías mirar tanto a Sarah, al final se va a notar.—le advirtió.

Aiden la miró frunciendo el ceño. ¿De qué hablaba? Si ella era la responsable de todo. Desde que llegó, Sarah se había convertido en un ente invisible para él.

—Sí, claro. Oye ¿qué has hecho? Te noto distinta.—dijo mirándola con interés y curiosidad.

Sophia lo miró, sonriente.

—He cambiado de idea completamente—entonces, se puso seria—. Aiden, quiero pedirte perdón. Anoche estaba muy desanimada y deprimida, y dije muchas tonterías. Tenías razón. Siempre me quejo por todo, y no hago nada. No tengo que ser una princesa. De hecho, no lo soy. Soy una guerrera. Y pienso luchar por él. Y por mí. Y también por ti. No pienso dejarte en la estacada. Eres mi amigo, y haré todo lo que esté en mi mano para que Sarah acabe en tus brazos. Van a caer rendidos a nuestros pies. Te lo prometo.—afirmó mirándolo con determinación.

Aiden asintió, y sonrió. Le alegraba ese cambio de actitud.

—Me alegra que cambiaras de idea. De hecho, ¿dónde tenías todo esto escondido? ¿Y qué es eso de que los geeks lo hacemos mejor?—preguntó, haciendo referencia al lema de su camiseta.

Sophia se rio.

—Culpa a Susan y Richard. Y en cuanto a lo de la camiseta... ¿En serio necesitas que te lo explique?—respondió ella, sonriendo con picardía.

Él sacudió la cabeza, asombrado.

—¿Sabes? Eres increíble. De verdad. —dijo mirándola fijamente, fascinado.

Ella apartó la mirada rápidamente. Notaba que su corazón latía velozmente, y que le faltaba el aire. Estaba empezando a preocuparse, porque últimamente le estaba pasando esto a menudo cada vez que Aiden la miraba, y eso no podía ser.

Alzó la vista en dirección al grupo de mujeres, y vio que Sarah los miraba. De repente, tuvo una excelente idea. Agarró el brazo de Aiden, se pegó a él, y apoyó su cabeza sobre su hombro. Este se irguió, nervioso, y Sophia dijo:

—Disimula, nos está mirando Sarah. Sígueme la corriente.

Aiden miró en dirección a donde Sarah estaba, y esta apartó la mirada. Parecía nerviosa. Aunque no tanto como él ante la cercanía de Sophia. Pudo oler su perfume. Era una fragancia con olor a fresa. Empezó a sentirse cómodo, y se dejó llevar, al igual que ella.

Mientras, Liam les observaba a lo lejos. Golpeó el balón con furia e intentó concentrarse, pero no lo consiguió. ¿Qué le había pasado a Sophia? ¿Y por qué estaba tan enfadado?

Terminó el partido, y una hora más tarde ya estaban todos de picnic. Cada pareja llevó una cesta con sándwiches, bebida y patatas fritas. Habían elegido un bonito paraje natural, muy cerca de la bahía. Liam se colocó inmediatamente al lado de Sophia, mientras Aiden se sentó con Sarah.

—¿Me estás diciendo que Batman es mejor que Superman? ¿Cómo es eso posible?—preguntó Liam, indignado.

Sophia se rio.

—Batman es un héroe de verdad, sin artificios. Todo lo tiene que hacer él. En cambio, Superman, sin sus poderes, no es nada. —respondió Sophia.

Liam negó con la cabeza.

—Superman es la caña, el mejor. Hasta puede hacer girar la Tierra. Batman es un rico con mucho tiempo libre que pega puñetazos y poco más.

—¡Más quisieras! Encima, tiene un mayordomo molón, que además de prepararle la comida, le repara los trajes y el Batmovil. Superman, por muy de la realeza que sea, tiene que conformarse con trabajar en un periódico de reportero, cobrando el sueldo mínimo.

Liam se llevó la mano al pecho indignado.

—¡Esto es tremendo! Que me digas estas cosas. Y ¿qué hay de Thor? —dijo Liam, sabiendo que le daba donde más dolía.

Sophia abrió la boca con gran dramatismo, y dijo:

—A Thor ni lo toques. Es un dios nórdico. Ante eso, no hay nada que hacer. —le advirtió.

Los dos rieron y bromearon durante el picnic, para asombro de Aiden, que los vio muy compenetrados. De hecho, notó que su hermano coqueteaba con Sophia con bastante descaro. O eso creía él.

Sarah miraba a Aiden de reojo, algo nerviosa. De repente, se sintió como si tuviera quince años, cuando bebía los vientos por él, pero este no la hacía ni caso.

—Es una pena que te hayas golpeado. Siempre he creído que juegas muy bien.—comentó ella.

Aiden la miró.

—Sí, bueno, creo que exageras, no soy tan bueno.

—¡Oh, claro que lo eres! Liam se enfada cada vez que se lo digo. Te tiene un poco de envidia.

Aiden la miró con curiosidad.

—¿Ah, sí? Así que, ¿sueles hablar de mí?—preguntó con interés.

Sarah se puso tensa y negó con la cabeza.

—No, claro que no. Es solo a veces, cuando hablamos de Kinsale y de la familia. Ya sabes. Eso es todo.—zanjó, nerviosa.

Aiden la miró fijamente, pero no dijo nada, fue ella la que volvió a hablar.

—¿Y os vais a ir a vivir juntos? Porque, parece que vais en serio ¿no?—preguntó sin mirarle.

Aiden sintió una pequeña sensación de satisfacción. ¿Estaba celosa?

—Sí, dentro de un tiempo. Y desde luego que vamos en serio.

—Aún estoy sorprendida. Pensaba que nunca tendrías novia formal.—dijo

ella, pensativa.

Aiden la miró con una media sonrisa.

—Pues estabas equivocada. —respondió.

—Bueno, era lo que parecía a primera vista. Siempre con una y con otra. Incluso en la adolescencia. Recuerdo que en aquella época me dijiste que el amor era cosa de críos. Además, hasta hace poco decías que solo habías querido a una persona, y que nunca podrías enamorarte de otra.

—Supongo que las cosas cambian.

—¿Qué hizo para hacerte cambiar de parecer?—preguntó ella con interés.

Aiden observó a Sophia, que se mostraba alegre y risueña, mientras hablaba con Liam. Se sorprendió al comprobar que no le era difícil encontrar la respuesta.

—Es inteligente, agradable, divertida y simpática. Es una persona que hace lo que sea por un amigo. Es leal y honesta. A veces dice lo primero que se le viene a la cabeza, y no suele valorarse como debería. Pero es una mujer maravillosa, que hace que te sientas feliz estando a su lado. ¿Cómo podría no quererla?—se dijo casi para sí mismo.

Sarah se quedó sin palabras. Sí, estaba de acuerdo con Aiden. Por lo que le había contado Liam, Sophia era una buena amiga y una excelente persona. Lo único que le molestaba era que había conseguido lo que ella nunca pudo. De repente, sacudió la cabeza. ¿En qué demonios estaba pensando? Ella tenía a Liam.

Este miraba embelesado a Sophia, que le sonreía mientras hablaban. Pensó que estaba preciosa ese día, luciendo ese look ochentero, con un toque rockero. Nunca la había visto así, y estaba fascinado. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se sentía tan atraído por ella de repente?

Por la noche, Sophia se puso para dormir un pantalón de pijama con ositos estampados, y una camiseta de manga corta. A continuación, se metió en la cama, sonriendo feliz y satisfecha. Todo había salido a pedir de boca. Liam no se había separado de ella en toda la tarde, mostrándose atento y juguetón. Había disfrutado de su compañía como nunca, y notaba que entre ellos había algo nuevo y especial. ¿Quizás se estaba dando cuenta de que iba a cometer un error?

Aiden entró en la habitación, y al igual que ella, parecía animado. Esa noche, hacía algo más de calor, así que este decidió dormir solo con el pantalón del pijama. Sophia vio, algo sorprendida, cómo se quitaba la camiseta, justo delante de ella, y esto hizo que se pusiera un poco nerviosa.

Observó sus curtidos abdominales, y su pecho cubierto por un poco de vello. Su torso era puro acero. Notó calor en sus mejillas, y un cosquilleo en el

vientre. Apartó la mirada, inquieta. <<Sophia, que no eres una quinceañera>>, se reprochó mentalmente.

Aiden se metió en la cama con naturalidad, como si la cosa no fuera con él. Sophia no pensaba decirle nada, porque estaba en su derecho de dormir como quisiera. Ella no era una mojiata.

Ajustó bien los cojines que los separaban, y se tapó, acurrucándose. Ambos estaban completamente de espaldas. De repente, Aiden se giró hacia ella.

—Oye.

Sophia hizo lo mismo, algo tensa.

—¿Sí?

—Quería darte las gracias por lo de hoy. Ha sido genial.

Ella sonrió con ternura.

—No hay de qué. Además, en esto estamos juntos. He visto que Sarah estaba muy cerca de ti.—dijo mirándole con picardía.

Él sonrió del mismo modo.

—Y Liam no se despegaba de ti. ¿Cómo ha ido?—preguntó con interés.

—Muy bien. O eso creo.—respondió, esperanzada.

—Ella me ha preguntado si íbamos en serio. Creo que está celosa.

Sophia sonrió con satisfacción.

—No lo creas, lo está. Dentro de poco les tendremos en el bote.

Aiden se puso serio de repente, y se tumbó mirando al techo. Sophia lo miró, preocupada.

—¿Cómo eras en la adolescencia?—preguntó Aiden, pensativo.

Ella se rio con sorna.

—Un desastre. Era una de las pringadas del instituto, la empollona. La verdad es que no es una época de la que me guste hablar.

Aiden la miró.

—¿Se metían contigo?

Sophia se encogió de hombros.

—No de forma exagerada. Simplemente me ignoraban. A mí me acabó dando igual, porque me refugié en los libros. En cambio, cuando llegué a la universidad, todo cambió. Fue la mejor época.—comentó, risueña. —Tú eras de los populares ¿no?

Aiden asintió.

—Sí, era de los populares. Tenía muchos amigos, las chicas suspiraban por mí, y era un pasota. —dijo mirando de nuevo al techo.

—En aquella época Liam y Sarah salían juntos ¿no?

Él volvió a asentir.

—Sí, y todo por mi culpa. Mi estúpido yo de entonces no la hizo ni caso. ¿Y

sabes lo más gracioso? Que para cuando me di cuenta de lo que realmente sentía por ella, ya estaba con Liam. Fui un imbécil.

—No seas tan duro contigo mismo. Todos nos equivocamos. Si yo le hubiera dicho a Liam lo que sentía hace años, no estaría aquí lamentándome. Y mira que he tenido ocasiones. La de veces que hemos estado a solas en su cuarto en la residencia, en situaciones propicias. Siempre pensé que sería él el que se declararía de repente, y que acabaríamos haciendo el amor en su cama. ¡Ay! Cuantas fantasías desaprovechadas.—se lamentó.

Aiden la miró, sorprendido, y ella se dio cuenta de lo que acababa de decir. De repente, sintió mucha vergüenza.

—Perdona, no debí decir eso.—dijo ella, avergonzada.

Él se rio.

—Tranquila, pensamos lo mismo.

—Sí, pero tú tuviste suerte. Al menos, lo hicisteis, eso que te quedas.—comentó ella, ya sin vergüenza.

—Sí, pero es una tortura tener a alguien tan cerca de ti. Tocarle y abrazarle, y después descubrir que no volverá a ser así. Que no sucederá más. Si por mí hubiera sido, estaría con ella siempre. Deseo poder estar a su lado, aunque solo sea hablando, no tiene nada que ver con el sexo ¿sabes?

Sophia asintió.

—Te comprendo perfectamente. Es más que eso.

—¡Exacto! Es estar a su lado en lo bueno y en lo malo. Apoyarnos, tener a esa persona que te comprende con tan solo una mirada. Que sabes que no necesitas explicarte, y que siempre va a estar ahí para ayudarte.

—Eso es amor, Aiden. Está clarísimo. —sentenció Sophia. Entonces puso su mano sobre su brazo, pasando por encima de los cojines.—No te preocupes, todo saldrá bien.

Aiden sonrió en respuesta. Ella apartó su mano, y apagó la luz. Sophia se durmió enseguida, pero él se quedó un rato más con la vista puesta en el techo. Finalmente, se dio la vuelta hacia el otro lado y se durmió. Había sido un día lleno de emociones, todas buenas. Solo esperaba que los avances no se detuvieran, a pesar de que el tiempo corría en su contra.

## Capítulo 13

Al día siguiente, Aiden fue a hacer una visita a un amigo suyo, para ayudarlo a reparar su coche, que tenía problemas de arranque, así que Sophia se quedó sola en casa, al igual que Liam. Sarah estaría ocupada toda la mañana ultimando los detalles de su vestido, de modo que este decidió hacer planes con su mejor amiga.

Aprovechando el buen tiempo, salieron a dar un paseo. Era un día soleado y en el cielo apenas había nubes. La temperatura era cálida y agradable. Sophia llevaba puesta una camiseta roja con un dibujo de *Wonder Woman*, unos pantalones vaqueros de color azul claro, y unas sencillas zapatillas deportivas de color blanco. Liam iba igual de informal, luciendo unos vaqueros oscuros, y una camiseta blanca. Sophia, al verle, pensó que estaba guapísimo, y se sintió afortunada por tener la oportunidad de poder pasar con él tiempo a solas.

Se sentaron en un banco cercano, con vistas al río. Estaban completamente solos, y Sophia se puso algo nerviosa. Sentía que era un encuentro muy íntimo, a pesar de que no era la primera vez que estaban en una situación así.

—¿Sabes? Anoche me vino a la cabeza nuestro primer encuentro ¿lo recuerdas? —comentó él.

Sophia asintió.

—Claro que sí. Menudo ridículo hice cayendo de culo.

Liam sonrió.

—Bueno, a partir de entonces no sería la primera vez.

Los dos rieron. De repente, su amigo se puso serio, y empezó a frotarse las manos, nervioso.

—Llevamos tantos años siendo amigos, que me doy cuenta de que he pasado por alto muchos detalles.

—¿Ah, sí?—preguntó ella.

Él asintió.

—Sí, ayer me quedé impresionado. No por tu aspecto, sino por tu actitud. Nunca, en todos estos años, había visto esa parte de ti.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, quizás no me conocías tan bien como creías.

Él la miró fijamente, y asintió.

—No, desde luego que no. Ahora lo veo claro.

—¿Qué ves claro?—preguntó, mirándole con curiosidad.

Él se tensó, y se frotó la nuca.

—No sé, es que esto de la boda me tiene en tensión todo el tiempo. Tengo una mezcla de emociones y sentimientos muy fuerte. Me siento confuso.

—¿Tienes dudas?—preguntó con interés.

—No sabría responderte. —contestó él, apartando la mirada.

Sophia sintió una pequeña sensación de triunfo. Parecía nervioso y confundido. Pero en vez de regodearse, decidió actuar como se esperaba de ella.

—No te preocupes, es lo normal. Es un momento importante, y es lógico que estés un poco abrumado. Tú tranquilo, todo irá de maravilla.—dijo, dedicándole una mirada seductora.

Él se quedó mirándola, asombrado. ¿Dónde estaba la Sophia que él conocía? ¿Esa que no desprendía sensualidad por ningún lado? Tragó saliva, y decidió que ya había sido suficiente. Se marcharon de allí, y Liam la evitó todo lo que pudo el resto del día. Necesitaba poner en orden su mente, y calmar aquel torbellino de sentimientos que Sophia acababa de provocar.

Unas horas más tarde, llegó el momento especial de aquel día. Después de cenar, Sophia se reunió con Sarah y sus amigas en casa de esta, para celebrar una noche especial solo de chicas. La idea de la novia era pasar una velada tranquila viendo películas románticas. Pero estaba completamente equivocada si creía que las cosas iban a hacerse como ella quería. Ni se imaginaba la sorpresa que le habían preparado sus amigas.

Por otro lado, Liam llevó a su grupo de amigos y familiares, incluido Aiden, a uno de los pubs de la ciudad. Allí bebieron y charlaron entre risas, contando anécdotas y brindando por la felicidad del futuro matrimonio.

Mientras, en casa de Sarah, sus amigas se dedicaban a preparar cócteles y bebidas para amenizar la velada.

Una hora después, cuando estaban todas sentadas charlando animadamente con una copa en la mano, llamaron al timbre. Sarah miró a sus amigas con suspicacia. Una de las chicas abrió la puerta, y se encontró con un hombre guapo y alto que decía ser amigo de Eve. Iba vestido con un abrigo largo, y llevaba consigo un equipo de música portátil y una bolsa.

Entró en el salón, donde estaban todas expectantes, y dejó el equipo apoyado en el suelo. Entonces, se desabrochó el abrigo, y mostró un disfraz de policía. Dedicó al grupo de mujeres una mirada seductora y una sonrisa pícara. Eve y las demás estaban muy contentas, y lo devoraban con los ojos, mientras Sophia permanecía impasible. Pensó que no era para tanto.

—¿Quién de vosotras es Sarah?—preguntó el *stripper*.

Sarah lo miró, desconcertada, y contestó:

—Soy yo.

En ese momento, el *stripper* encendió el equipo de música, y empezó a sonar la canción de Joe Cocker, *You can leave you hat on*. A continuación, miró a Sarah, y dijo:

—Está usted bajo arresto.

Los gritos de alegría y excitación pudieron oírse en todo Kinsale. Sophia miró asombrada al *stripper*, que empezó a contonearse, mientras la miraba de reojo. La guiñó un ojo, algo que la dejó un poco descolocada. Sí, era guapo y tenía un cuerpo escultural, pero prefería a su Liam.

Sarah estaba muerta de vergüenza, mientras sus amigas parecían lobas. Estas manoseaban al *stripper* todo lo que podían. A Sophia aquella actitud le parecía humillante, y se compadeció del hombre, que soportaba estoicamente los tocamientos. A Sarah tampoco le gustaba que sus amigas se volvieran locas con estas cosas, pero no le quedó otra que aguantar el tipo.

En un momento dado, Eve decidió saltarse el protocolo, y se abalanzó sobre el *stripper*, intentando quitarle la parte de abajo, y besándole el pecho y los abdominales. Aquello fue demasiado, así que tuvieron que poner remedio ante el apuro del hombre, que empezaba a tener miedo.

Eve estaba descontrolada, así que Sarah y las demás tiraron de ella, mientras Sophia ayudaba al *stripper* a huir de allí. Cogió el equipo de música y su ropa, y le ayudó a escapar de las garras de Eve, que, desesperada, le pedía que no se fuera.

—Por favor, quédate. Te pondré un piso o una casa ¡lo que quieras! Pero sé mío.—dijo como una gata en celo.

—¡Por el amor de Dios, Eve, déjale marchar!—gritó Sarah, nerviosa, agarrando a su amiga, y tirando de ella.

—¡No quiero!—exclamó, desesperada, aferrándose a la pierna de él.

—Eve, esto es acoso sexual, casi violación. Al final, acabaremos en comisaría.—dijo Sophia, mientras intentaba quitar los dedos de Eve de la pierna del *stripper*.

Cuando se liberó, y llegaron a la puerta, el hombre, que consiguió taparse un poco, agarró la mano de Sophia, y le entregó un papel. Esta lo miró, y él sonrió.

—Es mi número. Me has gustado mucho. Cuando quieras, llámame. —dijo guiñándole un ojo con picardía.

Sophia se quedó estupefacta y se rio después, sorprendida por el atrevimiento.

Después del escándalo, volvieron a relajarse y siguieron charlando mientras bebían sin pausa. Casi al final de la noche, la conversación empezó a subir de tono.

—Sophia, eres muy afortunada. Cazar a semejante hombre tiene todo el mérito del mundo.—declaró Eve.

—Sí, es increíble. Por cierto, ¿qué tal funciona...ya sabes?—preguntó Joan.

Sophia tragó de golpe, y tosió nerviosa. Se irguió, intentando disimular la vergüenza.

—Bien, muy bien, plenamente satisfactorio. —contestó con calma.

Todas chillaron al unísono, emocionadas.

—¿Y tú Sarah? ¿Cómo va Liam en ese apartado?—preguntó Eve.

Sarah, que estaba un poco achispada a esas alturas, asintió.

—Muy bien.—contestó sonriendo.

—Así que los dos hermanos funcionan bien. Y yo que me alegro. —comentó Clare.

—¿Qué ha sido lo más fuerte que habéis hecho? Es decir, en el plano sexual.—preguntó Joan con picardía.

—Yo lo he hecho en el baño de un avión.—respondió Clare. Todas la miraron, sorprendidas, pero con curiosidad. —Fue hace años, con un auxiliar de vuelo que estaba buenísimo. Yo todavía no estaba casada. Fue un encuentro nada más, pero os diré que no noté ni las turbulencias. ¡Estaba demasiado ocupada!—explicó.

—Yo una vez lo hice en un invernadero, en casa de mis padres. Fue con mi primer novio. Ese día no estaban y decidimos lanzarnos a la aventura. —comentó otra.

—Amor vegetal.—dijo Eve.

Sophia estaba alucinada con todas ellas. Ella era una monja en comparación.

—Bueno, creo que os supero. —afirmó Eve más seria. —Yo lo hice en una sacristía.—dijo tan tranquila.

Todas la miraron con la boca abierta.

—¿Hablas en serio?—preguntó Sophia sin darse cuenta.

Eve asintió.

—Fue con mi segundo marido. Justo antes de casarnos. Nos entraron unas ganas tremendas de hacerlo. Y bueno, me subió el vestido y allí que nos liamos. ¿Sabéis lo más curioso?

Todas negaron al unísono.

—¡Que ese día no recuerdo donde dejé las bragas!—dijo riéndose a carcajadas, ante la mirada atónita de todas.

—Seguro que el párroco aun las guarda de recuerdo.—comentó Clare.

Ahora Sophia comprendía los temores de Liam. Desde luego, las amigas de Sarah eran majas, pero estaban como una cabra. Se tomó otro sorbo de su mojito, intentando aguantar el resto de la noche, mientras ellas seguían con su conversación subida de tono. Aquella charla le hizo recordar la sequía que padecía desde hacía tiempo, en cuanto a ese tema se refería.

Finalmente, Sarah no pudo más y sentenció, borracha como una cuba, que ya era hora de irse a dormir. Sophia se ofreció a ayudarla a llegar a su cuarto, viendo que las demás tampoco estaban mucho mejor. Ella era la única sobria. Con gran dificultad llegaron a la planta de arriba, pero antes de entrar en su habitación, tuvieron que ir al baño para que Sarah vomitara.

En ese momento, a Sophia se le cayó el mito de la perfecta heroína del cuento. Sarah era mortal, igual que ella, y muy humana. Vomitó, y cuando terminó, miró a Sophia, que estaba a su lado.

—No sabes la suerte que tienes.

Sophia la miró con gesto interrogante.

—¿Por qué dices eso?

—Porque has conseguido al hombre de hielo, a Aiden. Yo he estado desde niña enamorada de él, siempre a su lado. Pero nada. —explicó, arrastrando las palabras.

Sophia se sintió incómoda y un poco molesta.

—Pero tienes a Liam. Además, sé que entre tú y Aiden...

—Sí, fue hace mucho tiempo. En ese momento, yo estaba confusa, y le dije que había sido una locura pasajera. Pero guardo buen recuerdo de aquello. Aiden es maravilloso en la cama, aunque tú ya lo sabes.—dijo Sarah. Sophia tragó saliva ante esa afirmación—. Pero es verdad, tengo a Liam. ¿Sabes? Siempre me ha querido. Es genial. Le quiero muchísimo—hizo una pausa, pensativa—. Entonces, si es así ¿por qué tengo dudas?—preguntó Sarah algo inquieta.

Estaba claro que Sarah todavía sentía algo por Aiden. Al fin y al cabo, había sido su primer amor, y eso nunca se olvida. Sophia debía sentirse alegre ante semejante revelación, pero no fue así.

Decidió no responderla, y la acompañó hasta su cuarto, donde por fin cayó rendida. A continuación, salió de la casa apresuradamente, y empezó a caminar a paso ligero. Necesitaba despejar su mente.

Nada más llegar a casa, entró en el salón. Pudo ver que Aiden estaba sentado en el porche del jardín. Se acercó a mirar, y comprobó que estaba solo. Tenía ganas de hablar con él, así que decidió hacerle compañía.

—Hola ¿qué haces despierto a estas horas?—preguntó ella, mientras se sentaba a su lado.

Aiden se encogió de hombros.

—Mirar las estrellas. ¿Qué tal ha ido la despedida?—preguntó, mirándola.

—Ha sido una locura. Al final ha venido un *stripper*. Era un portento de hombre ¿sabes? Todo habría ido bien, de no ser por Eve, que acabó abalanzándose sobre él como una gata en celo, intentando quitarle el tanga.

Aiden se rio a carcajadas imaginando la escena.

—No sé porque no me sorprende.

—Sí, ha sido tremendo. Entre Sarah y las demás han conseguido inmovilizarla, mientras yo le sacaba de allí. —explicó, riendo. Entonces, hurgó en su bolsillo, y encontró la nota que le había dado el *stripper*. —¿Y sabes qué? Mira—dijo entregándosela a Aiden, que la miró con curiosidad—. Me ha dado su número. Dice que le he gustado y que puedo llamarle cuando quiera.—explicó Sophia con picardía.

Aiden la miró, sorprendido.

—Encima te ligas al *stripper*. Estás que ardes.

—Bueno, la guardaré para cuando sea mi despedida de soltera, que nunca se sabe.—dijo guardando el papel en el bolsillo—. ¿Y a vosotros qué tal os ha ido?

—Bien, nada del otro mundo. Risas, charla y mucho alcohol. No hemos tenido *stripper*.

Sophia se rio, pero al momento se puso seria.

—¿Sabes? Hoy he hablado con Liam y con Sarah, por separado. Y creo poder decir que tengo buenas noticias.

Aiden la miró con atención.

—¿En serio?

Sophia asintió.

—Liam parece que se ha dado cuenta de que puedo llegar a ser algo más que una simple amiga. Me habló como si acabara de descubrir una obra de arte o algo así. Y Sarah me ha hecho ver que lamenta profundamente haberte rechazado aquella vez en Londres. Se arrepiente ¿sabes?

Aiden sintió como su corazón le daba un vuelco. No podía creerse lo que estaba escuchando.

—Así que, se arrepiente. —comentó, pensativo.

Sophia asintió.

—Creo que no habrá boda. Estoy casi segura.—dijo ella, convencida.

Aiden no parecía estar demasiado contento con el asunto. Había algo que no le gustaba en todo aquello, pero no sabía el qué. Minutos más tarde se fueron a dormir, agotados después de otro día ajetreado.

Sophia estaba en un lugar indeterminado. Parecía una especie de hotel.

Todos sus amigos estaban allí, celebrando su cumpleaños. Susan y Richard le habían preparado una fiesta, y estaban entusiasmados con la celebración. Un brindis y un poco de tarta, y llegó la entrega de regalos. No vio con claridad el contenido de ninguno de los paquetes que le entregaban, todo parecía estar borroso. Después de desenvolverlos todos, sus amigos se dirigieron a ella.

—El nuestro no está aquí. Ven con nosotros.—dijo Richard, agarrándola de la mano.

Subieron unas escaleras, y llegaron a la puerta de una habitación, que Susan abrió, entusiasmada. El cuarto estaba casi en penumbra, solo iluminado con una serie de velas que estaban colocadas en distintos puntos de la estancia. Había una cama con dosel, y las sábanas eran de seda de color rojo. Susan se acercó a ella, y le susurró al oído:

—Este es nuestro regalo.

A continuación, sus amigos desaparecieron, cerrando la puerta tras de sí.

Notó una presencia en la habitación, y le picó la curiosidad. Se acercó a la cama, y vio que había alguien allí, incorporado, con la cabeza apoyada en el cabecero. Era Aiden.

De repente, se sintió muy nerviosa, pero excitada a la vez. Comprobó que este no llevaba nada puesto, a excepción de una tela colocada en la zona de la pelvis. Él la miraba fijamente, de forma seductora. Sophia se quedó de pie justo delante de la cama, y él se acomodó, apoyando los brazos sobre los almohadones, como ofreciéndose. Entonces, con una voz ronca y sensual dijo:

—Feliz cumpleaños, princesa. Es hora de disfrutar de tu regalo.

Sophia tragó saliva.

—¿Y dónde está mi regalo? —preguntó con voz entrecortada.

Él sonrió, excitado, y se mordió el labio inferior. A continuación, señaló la zona de su cadera. Allí solo había un enorme lazo rojo que cubría sus partes íntimas.

—El regalo soy yo, preciosa, y tienes que desenvolverme.—contestó con picardía.

Sophia asintió, y suspiró. Notaba como su corazón latía velozmente. Se acercó más, y se dispuso a deshacer el lazo.

Una vez hecho esto, perdió el control, y se abalanzó sobre él, besándolo apasionadamente. Él le respondió de la misma manera, devorando sus labios. Empezaron a acariciarse mutuamente, excitados y emocionados. Sophia se sentía en la gloria entre sus brazos.

En ese momento, se despertó sobresaltada y acalorada. Estaba completamente aturdida y desconcertada. <<¿Qué ha sido eso?>>, se preguntó, inquieta. Necesitaba hablar con alguien del asunto, así que cogió su teléfono de

la mesilla, y salió de la habitación sigilosamente, procurando no hacer ruido.

Llegó al salón, donde reinaba la más absoluta oscuridad. Encendió una de las lámparas que había en la estancia, y comprobó que no había nadie a la vista. Entonces, cerró la puerta y llamó a Susan.

Esta estaba plácidamente dormida, pero el sonido de su teléfono la despertó, poniéndola de mal humor. Frunció el ceño, y vio quien la llamaba. Puso cara de sorpresa, ya que no se esperaba que Sophia la llamara a esas horas de la noche. Decidió descolgar para averiguar lo que quería.

—Sophia, ¿sabes qué hora es? —preguntó, malhumorada.

Esta suspiró, nerviosa, mientras se paseaba por el salón.

—Sí, lo siento, Susan.

Su amiga se incorporó un poco, y dijo:

—¿Qué narices te pasa? Como no sea importante, te vas a enterar.—la advirtió, enfadada.

—Si no fuera importante te aseguro que no te llamaría.

Susan suspiró, cansada.

—Cuéntame.

Sophia respiró hondo.

—Bien, allá va. Acabo de tener una fantasía erótica.

Su amiga resopló, y dijo, enfadada:

—¿En serio me llamas para decirme eso? ¿Y qué narices me importa? ¡Joder, Sophia!

Esta se apresuró a aclararlo.

—No, en serio, escucha. No sería nada raro de no ser porque no ha sido con Liam.

Susan frunció el ceño.

—¿Y con quién la has tenido? ¿No será con su padre o algún rollo raro?

—¡No! ¡Claro que no!—negó Sophia, indignada. —Ha sido...—miró a su alrededor, y cuando comprobó de nuevo que estaba sola dijo: —Con Aiden.

Susan se quedó callada, asimilando lo que acababa de decir.

—¿Susan? ¿Estás ahí?

Esta sacudió la cabeza, y sonrió. Vaya, la cosa se estaba poniendo interesante.

—Cuéntamelo todo. Quiero detalles.—dijo, emocionada.

Sophia puso los ojos en blanco.

—¿Hablas en serio?

—¡Pues claro! Si no tengo todos los detalles, no puedo aconsejarte. —contestó.

Sophia resumió escuetamente la fantasía sexual a su amiga Susan, que

escuchaba con atención. Cuando terminó el relato, esta estaba casi igual de excitada que ella.

—Madre mía, es que me lo imagino, y te aseguro que no respondo. Nena, está clarísimo. Te gusta Aiden.

—¿Qué?—preguntó Sophia, horrorizada.

—No hay otra respuesta. Te sientes atraída por él. —dijo Susan, convencida.

—Eso no es posible.—respondió, nerviosa —. Todo esto es fruto de lo del *stripper*, y el tema de conversación de anoche. Estuvimos hablando de experiencias sexuales. Y eso, unido a mi sequía sentimental, ha hecho el resto. Eso no quiere decir que me guste.

—Sophia, escucha. En esta vida, la mayoría de las veces, las cosas no salen como las planeamos. Tú nunca te dejas llevar. Eres una persona que no se arriesga. Pero tu cerebro está pidiendo aventuras, cariño. Tu subconsciente ha hablado. Y te está dando señales. Solo tú debes decidir si seguirlas o no. La decisión recae en ti.

Sophia pensó durante unos segundos. Era realmente absurdo pensar que ella y Aiden, bueno, que podría haber algo entre ellos. Ella quería a Liam, y no podía haber otro. No, no, y no.

—Quiero a Liam, y esto ha sido una tontería, un desliz de mi cerebro. Así que, no le daré importancia. —afirmó, convencida.

Susan decidió no insistir, aunque intuía que Sophia era consciente de que eso no era cierto.

—De acuerdo. Bueno, ya me contarás, ahora me voy a dormir. Buenas noches, cielo.—dijo Susan, antes de colgar.

—Buenas noches, y lo siento.

—Nada, para eso estamos. Un beso.

Las dos colgaron. Susan se fue a dormir con una sonrisa. Al día siguiente, le contaría a Richard todos los detalles. Mientras, Sophia decidió irse a dormir, e intentar olvidarse del tema.

Entró sigilosamente en la habitación, pero antes de meterse bajo las sábanas, echó un vistazo a Aiden, que dormía a su lado. Estaba tumbado boca arriba, con los brazos colocados sobre la almohada. Con su melena corta suelta, parecía un león durmiendo plácidamente. Sophia apartó la vista al notar como su corazón latía sin control. ¿Qué estaba pasando? Ella quería a Liam. Pensó en él. Su sonrisa, su mirada, su cuerpo escultural. Pero al segundo volvía a aparecer Aiden, solo con el lazo puesto. <<Va a ser una noche muy larga>>, pensó.

## Capítulo 14

Al día siguiente, Sophia se despertó muy cansada, ya que apenas había podido dormir. Durante toda la noche, estuvo dándole vueltas a la fantasía que había tenido con Aiden. No entendía por qué este había aparecido en uno de sus sueños más eróticos. En un momento dado, cuando consiguió volver a dormirse, intento concentrarse solo en la imagen de Liam, creando otra fantasía llena de amor y pasión. Pero, de repente, la cara de Aiden volvió a colarse en sus pensamientos, y fue con él con quien disfrutó en sueños. Estaba hecha un lío.

Se alegró de no verlo nada más levantarse, pero no pudo evitar el encuentro. Justo cuando ella llegó al comedor, Liam y Aiden ya estaban desayunando. Dio los buenos días, y se sentó un poco lejos de ellos. Evitó el contacto visual, centrando la mirada en su tostada, mientras los hermanos hablaban. Pero Carol se percató de que Sophia tenía un aspecto distinto. Tenía las mejillas sonrosadas, y su piel resplandecía.

—¡Vaya! Alguien debió pasárselo muy bien anoche. Sophia, tienes un aspecto maravilloso.—comentó Carol, con toda la naturalidad del mundo.

Sophia alzó la vista, sorprendida, y al mismo tiempo, avergonzada. ¿Habría deducido Carol lo bien que se lo había pasado en sueños? Porque era cierto, se lo había pasado muy bien. Agachó la mirada y se limitó a soltar una suave carcajada, mientras Liam, Sean y Aiden la miraban con curiosidad. Carol miró a su hijo mayor y le guiñó un ojo, gesto que él respondió con una mueca de desconcierto. Entonces, este fijó su atención en el rostro de Sophia.

Recordó que anoche había estado moviéndose mucho en la cama, algo que hizo que él se despertara más de una vez. Cuando la miraba en la oscuridad, le daba la impresión de que estaba teniendo sueños muy agradables, porque sonreía mientras dormía. Ahora que la observaba bien, pensaba que estaba preciosa sin maquillaje, al natural, con sus mejillas sonrosadas. De repente, notó un fuerte latido en su corazón. Esto hizo que se pusiera nervioso, y que desviara la mirada hacia su bol de cereales.

Al mirar detenidamente a Sophia, Liam comprobó que sus dudas no se habían aclarado, y menos ahora. Estaba muy bonita esa mañana, con el rostro resplandeciente. Sí, parecía que se lo había pasado bien con Aiden, aunque él no los había oído en toda la noche. No supo por qué, pero se sintió incómodo, y una

amarga sensación lo invadió. Sacudió la cabeza, y decidió darse prisa en terminar su desayuno. Necesitaba pensar con claridad, y allí era imposible.

Una vez terminaron de desayunar, se prepararon para disfrutar de un día de diversión en la playa de Castlepark. Decidieron ir en coche para llevar con ellos neveras portátiles, y alguna sombrilla para protegerse del brillante sol. Hoy hacía calor, y era el día perfecto para bañarse en las frías aguas del río Bandon. Irían en el coche de Liam, aunque Aiden sería el conductor, ya que no le gustaba que le llevaran. Se reunirían con la pandilla directamente en la playa.

Sophia decidió que no se bañaría, porque le daba un poco de vergüenza lucir su cuerpo rechoncho y nada escultural delante de desconocidos. Bueno, más bien delante de Liam y Aiden. Aunque le gustaba ir a la playa y bañarse en el mar, o en este caso, en el río, ese día prefería quedarse sentada en un rincón contemplando el horizonte. Se puso unos pantalones azul claro de lino que le llegaban hasta los tobillos, una gorra del mismo color, y una camiseta de manga corta amarilla con el logo de *Flash Gordon*.

Subieron al coche, y fueron a buscar a Sarah, que tenía un terrible dolor de cabeza debido a la resaca. A pesar de esto, su actitud era la de siempre, jovial y agradable.

La única que estaba tensa era Sophia, que no podía olvidarse de todo lo acontecido la noche anterior. Aiden notó que estaba algo apagada, y puso una mueca de preocupación. No le gustaba verla así, parecía disgustada por algo.

En ese momento, en la radio empezó a sonar la canción *Crazy little thing called love* del grupo Queen. Sophia empezó a canturrearla, mientras daba palmaditas sobre su pierna al ritmo de la canción, como hizo en el viaje a Kinsale. Aiden la miró por el retrovisor, y sonrió. Parecía ser ella misma otra vez, así que subió el volumen de la radio.

Sophia lo miró sorprendida, y él empezó a canturrear también, divertido y alegre. De repente, ante la cara de sorpresa de Liam y Sarah, se desmelenaron, y empezaron a cantar y a menearse al ritmo de la música. Sophia se sintió más ligera y animada, y Aiden sonrió, satisfecho.

Llegaron a la playa, y ya estaban casi todos esperando, con sus toallas extendidas sobre la arena. Castlepark era de las pocas playas de arena que había en la zona, ya que prácticamente todo eran acantilados. El agua era de un tono azul oscuro, y la arena era de color marrón claro, con una textura algo dura y húmeda. Era un lugar pequeño, que solía llenarse de turistas en los meses de verano. Hoy, por suerte, la playa sería prácticamente suya, porque apenas había bañistas.

Pusieron las toallas una al lado de la otra, y Aiden colocó la sombrilla justo encima de donde estaba sentada Sophia, así podría quedarse allí sentada,

resguardada de los rayos del sol.

Enseguida, Aiden, Liam y Sarah empezaron a quitarse ropa, y Sophia se sintió algo abrumada ante el hermoso espectáculo. Sarah llevaba puesto un biquini de color negro, que contrastaba con su piel blanca y tersa. Tenía un cuerpo escultural, sin un atisbo de grasa, pero tampoco era excesivamente delgada. Simplemente, tenía la talla perfecta.

Observó a Liam, que lucía unos abdominales bien formados, y un cuerpo de infarto. Aunque no era la primera vez que lo veía semidesnudo. En la universidad, se había quitado la camiseta delante de ella en más de una ocasión, porque: <<Eres mi amiga, Sophia. Hay confianza.>>, decía él siempre. Y entonces ella se derretía, y se moría de la vergüenza, mientras intentaba controlar los latidos de su corazón. Pero ahora no causaba el mismo efecto en ella. De hecho, no sintió nada.

Sin embargo, todo fue distinto cuando miró a Aiden, que estaba justo a su lado. De repente, todo pareció moverse a cámara lenta. Este se quitó la camiseta, y Sophia contempló su torso robusto y perfecto en todo su esplendor. Tenía una espalda ancha, amplio pecho, abdominales marcados, brazos musculosos, y piernas bien torneadas. Hizo increíbles esfuerzos por evitar desmayarse allí mismo, y finalmente, consiguió apartar la mirada.

Se llevó la mano al corazón, que no dejaba de latir, inquieto. Y notó que empezaba a tener mucho calor. Se abanicó con las manos, pero no dio resultado. Solo empezó a calmarse, cuando se metieron todos en el agua, mientras ella se quedaba allí sentada.

Fue entonces, cuando disfrutó de las vistas más allá de la orilla. Cerró los ojos, y se dejó acariciar por la brisa. Se sintió tranquila y relajada, tras semejante sofoco.

Instantes después abrió los ojos, y divisó a Aiden a lo lejos, delante de ella. Este estaba metido en el agua mirando a Sarah, que estaba en la orilla intentando meterse despacio. Él, con una mirada juguetona, llegó hasta ella, y la cogió en brazos sin esfuerzo, a pesar de las protestas de esta. Sophia se tensó, y entonces vio cómo Aiden la metió en el agua, sin ningún miramiento. Sarah, completamente empapada, le puso cara de fingida indignación, mientras él se reía.

Sophia suspiró con tristeza, y sintió una terrible sensación de incomodidad mezclada con algo de envidia. Le molestaba un poco esa cercanía entre Aiden y Sarah. Los veía reír y jugar en el agua, y aquello no le gustaba.

Entonces, sacudió la cabeza. ¿En qué narices estaba pensando? Por fin, todo estaba saliendo como habían planeado. Era importante que se acercaran, y que Sarah cayera rendida a los encantos de Aiden. Porque encantos tenía, eso desde

luego. Ella estaba pensando en tonterías, por culpa de lo que le había dicho Susan. Debía centrarse para que el plan fuera un éxito.

Después de pasar toda la mañana de risas, juegos en el agua y conversaciones varias, llegó la hora de comer. Aiden salió del agua, y al verlo, Sophia sintió que le faltaba el aire. Era una visión espectacular. El agua resbalaba por su cuerpo torneado e irresistible, y a ella se le empezó a secar la garganta. Entonces, su voz la despertó de su ensoñación:

—¿Me pasas una toalla, por favor?—preguntó Aiden desde donde estaba.

Sophia asintió, al mismo tiempo que se maldecía por pensar en lo que no debía.

—Sí, enseguida.—cogió una de las toallas secas que tenía a su lado, y se levantó.

Solo había dado dos pasos cuando se desencadenó la tragedia. Sin saber cómo, pisó mal, se resbaló y se cayó encima de Aiden. Este perdió el equilibrio, y cayó sobre la arena de espaldas, mientras agarraba a Sophia. Se llenó toda la espalda de arena, pero no le importó.

Ambos se miraron, sus caras estaban a la misma altura. A Aiden le gustó la sensación de tener a Sophia tan cerca, entre sus brazos. <<¡Qué ojos tan bonitos!>>, pensó ella, perdiéndose en ellos. Él acarició su espalda en un gesto instintivo.

—¿Estás bien?—preguntó él, con voz ronca.

Sophia asintió.

—Sí. Lo siento mucho, te has llenado de arena.—respondió ella, apurada.

Él sonrió tiernamente.

—No importa.

De repente, se separaron. Sophia notó como alguien la sujetaba por detrás, y la levantaba. Giró la cabeza, y vio a Liam con gesto serio.

—Gracias.—dijo tímidamente.

Liam no respondió, y se alejó, sin ayudar a Aiden a levantarse. Entonces, Sophia le tendió la mano, y le ayudó a incorporarse. Una vez estuvo en pie, ella apartó su mano rápidamente. Ambos desviaron la mirada, nerviosos.

En ese momento, Aiden decidió enfriar su mente y todo lo demás, y volvió a meterse en el agua. Aún notaba el calor que desprendía el cuerpo de Sophia sobre el suyo, y comprobó con horror, cómo sus partes íntimas compartían con el mundo la excitación que le había producido aquel contacto tan íntimo con su amiga y novia postiza. Esto era un contratiempo considerable.

Por la tarde, regresaron a casa para prepararse para la cita de esa noche, la última antes de la boda.

Aiden se arregló rápidamente y salió al jardín, donde su padre estaba arreglando el rosal. Decidió hacerle compañía, mientras Sophia y Liam terminaban de arreglarse. Se había puesto una camisa de color azul oscuro, pantalones de vestir negros y zapatos a juego. Llevaba el pelo suelto peinado hacia atrás, y lucía un gesto de preocupación en su cara, que su padre no tardó en detectar.

—¿Qué te ocurre, hijo?—preguntó Sean, sin mirarlo mientras hacía su tarea.

—¿Cómo sabes que me pasa algo?—preguntó a su vez Aiden detrás de él.

—Porque soy tu padre y te conozco. Tienes mis genes. Cuando nos preocupa algo, nos callamos. —se giró para mirarlo, mientras sostenía en la mano unas tijeras de podar. —Vamos, cuenta.

Aiden suspiró.

—Es que lo de la boda me pone sentimental, eso es todo. —mintió.

—Ya, y yo me lo creo. ¿Tienes problemas con Sophia?.

Aiden negó con la cabeza.

—No, con Sophia no hay ningún problema.

—Si se me permite, debo decir que me parece una chica estupenda. Me alegro mucho de que estéis juntos, ya era hora de que sentaras la cabeza.

Aiden sonrió, nervioso.

—Sí, bueno.

—Sé que en el fondo aún sientes algo por Sarah.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, mirándole, asombrado.

—A mí no puedes engañarme, Aiden. Sé que cuando llegaste aquí, aún querías a Sarah. —respondió su padre.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión? —dijo, frunciendo el ceño.

Sean lo miró, incrédulo.

—Porque esas cosas se notan. Observaba cómo la mirabas, con esa cara de tonto que siempre pones al verla. Con Sophia no te comportabas de la misma forma. —Aiden empezaba a preocuparse. ¿Y si sabía algo del plan? —. Pero, algo ha cambiado en estos días. Ya no te comportas igual con ella.

Aiden sintió el peso de esas palabras. Su padre lo conocía bien, y había acertado de pleno. Entonces, Sean dejó lo que estaba haciendo, y se acercó a su hijo.

—Aiden, las cosas no siempre salen como planeamos. El destino da giros muy interesantes. Yo que tú, reconsideraría muchas cosas. Quizás antes ibas por el camino equivocado.—dicho esto, le dio dos palmaditas en el hombro, y volvió a centrarse en su tarea.

Aiden se quedó pensando en lo que acababa de decirle su padre, hasta que

Sophia llegó hasta él. Al verla, se quedó atónito. Tragó saliva, y la miró de arriba abajo, fascinado.

Se había puesto un vestido de color rojo, con escote en forma de uve, sin mangas, y falda con vuelo hasta la rodilla. El vestido se ajustaba a ella por la parte del torso, y le sentaba muy bien. Para completar el conjunto, llevaba unos zapatos rojos de tacón de aguja que le estilizaban las piernas.

El único problema era que no estaba acostumbrada a andar con tacones tan altos, y caminaba con cierta torpeza. En ese momento, vio a la Sophia de siempre, y le gustó aún más.

—¿Qué tal estoy?—preguntó ella, agarrándose la falda, expectante.

Aiden y Sean la miraron, y asintieron.

—Estás preciosa.—respondió Aiden con una sonrisa, que hizo que el pulso de ella se acelerara.

Instantes después, se despidieron de Sean, y entraron en la casa. Liam les esperaba en el recibidor, algo nervioso. Se quedó impresionado al ver a Sophia, y pensó que estaba maravillosa con ese vestido. Esta estaba tan concentrada mirando al suelo, intentando no caerse, que no se fijó en él. Aiden se puso a su lado y le ofreció su brazo, que ella, gustosa, agarró. Liam se sintió irracionalmente molesto al verlos juntos.

—¿Nos vamos?—dijo este, mientras abría la puerta y les cedía el paso.

Se fueron andando hasta el pub, que estaba a menos de cinco minutos de la casa. Liam decidió adelantarse, debido al lento ritmo que llevaba Sophia, que caminaba despacio, tratando de mantener el equilibrio. Aiden demostró ser un caballero gentil y paciente, y no se apartó de su lado.

Llegaron al pub, y empezó la fiesta. La música de violines, tocando melodías típicas irlandesas, llenaba el local, y había una multitud bailando en una improvisada pista de baile. Sophia estaba entusiasmada. Había visto una vez en directo el espectáculo de *Lord of the dance* en Dublín, pero aquello era pura esencia irlandesa.

Se sentó al lado de Aiden, justo enfrente de Sarah y Liam. Todos empezaron a conversar de forma animada y alegre, pero había dos personas que no estaban para nada contentas.

Sarah, en un gesto que no era propio de ella, dibujó una mueca de molestia y fastidio, al igual que Liam.

Este estaba enfadado consigo mismo, por haber estado tan ciego, y no haberse dado cuenta de lo atractiva e irresistible que era su amiga del alma. Por otro lado, notaba la enorme distancia que había entre ellos últimamente. Jamás pensó que Sophia se alejaría tanto de él. Ella siempre estaba ahí, a su lado. Pero ahora, las cosas eran bien distintas. Ella estaba perdidamente enamorada de su

hermano, y él se había convertido en un ente invisible.

Así mismo, Sarah pensaba con envidia y resentimiento, que Sophia no encajaba con Aiden en absoluto. Y para colmo, Liam se comportaba de manera extraña cada vez que la tenía cerca. Parecía que estaba enamorado de ella. Los celos estaban empezando a envenenarles. Pero lo peor estaba por venir.

—Oye, tengo una idea. Para recordar los viejos tiempos. ¿Os acordáis del juego del beso?—preguntó Eve, intentando animar la velada.

Todos se rieron.

—Vamos, eso es más viejo que la tos.—dijo uno.

—Oh, vamos, es muy romántico.—dijo Joan.

—¿En qué consiste?—se atrevió a preguntar Sophia.

—Verás, cada pareja se da un beso, y entre todos votamos a la pareja que lo haya hecho mejor.—explicó Eve.

—Una chorrada.—sentenció Aiden.

—¿Tienes miedo de perder, hermanito?—preguntó Liam, desafiante.

Aiden lo miró, sorprendido. ¿Lo estaba poniendo a prueba? Pues lo llevaba claro.

—¿Miedo?—dijo, riendo con sorna. Entonces miró a Eve. —Cuando quieras.

Se oyeron gritos de júbilo, mientras Sophia miraba a ambos hermanos, horrorizada, al igual que Sarah, que negaba con la cabeza.

—¿Hablas en serio?—le preguntó a Aiden, nerviosa.

—Vamos, es solo un beso. Nada más. Será rápido, como en las películas. —contestó él, intentando tranquilizarla.

Sophia se irguió en su silla intentando mantener la calma. Era un beso, sí. Pero a ella le daba vergüenza, sobre todo delante de tanta gente.

Empezó la ronda de besos, a cada cual más apasionado. Finalmente, llegó el turno de Sarah y Liam. Antes de besar a su prometida, este dedicó a Sophia y a Aiden una mirada desafiante, con cierto aire de superioridad. A ella le molestó un poco el gesto, y se revolvió en la silla. Liam y Sarah se besaron apasionadamente con lengua, lentamente, disfrutando del momento. Todos se quedaron en silencio, fascinados.

Entonces, llegó su turno. Sophia se puso tensa, mientras que Aiden parecía estar tranquilo. Este se giró hacia ella, y le acarició la mejilla, mirándola con intensidad.

—Tranquila ¿de acuerdo?—dijo él con voz ronca.

Sophia empezó a respirar entrecortadamente, notaba calor por todo el cuerpo, mientras se perdía en la penetrante mirada de Aiden. De repente, no pudo más, y su cuerpo reaccionó solo. Había decidido dejarse de tonterías, y

hacer caso a su cerebro, pero, sobre todo, a su corazón, que le decía que se entregara por completo.

Agarró a Aiden por la nuca, y empezó a besarle dulcemente en los labios. Primero, despacio, mordisqueando su labio inferior, hasta que él decidió profundizar más, instándola a abrir los labios, e introduciendo su lengua en su boca. Sus lenguas empezaron a bailar al mismo ritmo, con pasión y desenfreno. Aiden puso sus manos en su cintura, y la acercó más a él. Cuando estaban en pleno disfrute, Sophia oyó que alguien decía:

—¡Madre mía! ¡Menudo beso!

Fue entonces cuando volvió a la realidad, y se apartó de él bruscamente. Se colocó en su silla, arreglándose las arrugas del vestido, y se echó el pelo hacia atrás con la mano. Respiró hondo, mientras Aiden la miraba, desconcertado.

—Sin duda, sois los ganadores.—declaró Eve, entusiasmada.

Liam y Sarah se revolviéron, incómodos, en sus asientos. Mientras, Sophia y Aiden sonreían, nerviosos.

Lo que parecía que iba a ser un simple beso, se había convertido en un momento de pasión desenfrenada. Pero ¿cómo habían llegado a esa situación?

Salieron del pub después de las doce, solos, sin Liam, que se quedó allí con los demás. Caminaron en silencio, uno al lado del otro. Ambos estaban inquietos, y se miraban de reojo de vez en cuando. Alguno de los dos debía romper el hielo, y fue Aiden el encargado de hacerlo.

Se detuvo en seco, y se giró hacia ella. Sophia hizo lo mismo.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?—preguntó, algo nervioso.

Sophia se puso tensa, y tragó saliva.

—No lo sé, solo me dejé llevar.

Él asintió, pensativo.

—Te dejaste llevar. Entiendo—dijo rascándose la cabeza—. Desde esta mañana estás muy rara, y ahora me dices que te has dejado llevar. Y, por otro lado, no sé por qué, este beso no me ha molestado en absoluto. Estoy muy confuso, Sophia. No entiendo qué nos está pasando.

Ella se mordió el labio inferior, nerviosa.

—Lo sé. Sé que he estado rara.

—¿He hecho algo malo?—preguntó él, preocupado.

Sophia negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No! Para nada. Al contrario. Soy yo la que ha hecho, o más bien, pensado algo malo. Aunque no sé si es malo, en realidad. —dijo, pensativa.

Aiden la miró fijamente a los ojos, con gesto serio.

—¿Me lo explicas, por favor?

Ella respiró hondo.

—Anoche, no sé por qué, tuve una fantasía erótica un poco fuera de lo normal. Suelo tener fantasías, bueno, no todos los días, pero siempre son con Liam. El problema es que esta vez...—suspiró, nerviosa. —Ha sido contigo, Aiden. —él la miró, sorprendido, mientras ella continuaba hablando—. En la fantasía eras mi regalo de cumpleaños. Solo llevabas un lazo puesto. —explicó ella, avergonzada.

—¿En serio?

—Sí, lo sé, es horrible. No pude evitarlo, me vino a la cabeza. Yo creo que todo esto es fruto de que llevo mucho tiempo sin tener relaciones, y encima en la fiesta estuvimos hablando de sexo. Y una cosa llevó a la otra. Vamos, que al final, no sé qué me está pasando.—dijo Sophia, desesperada y confusa—. Lo más curioso es que... Me gustó. Y en cuanto a lo del beso. Realmente, lo hice porque quería hacerlo.—confesó finalmente.

Aiden sintió una sensación de alivio y alegría enorme. Sonrió, mientras ella miraba al suelo, muerta de vergüenza.

Se acercó a ella y la agarró por el mentón, haciendo que sus miradas se encontraran. Él acarició su mejilla, y la observó con deleite. Descubrió en ese momento algo que ya sabía, pero que no quería admitir. Que adoraba su cara, su mirada y sus labios. Y no supo por qué, él también decidió dejarse llevar.

—¿Puedo confesarte algo?—dijo con voz ronca, mientras la miraba.

—Claro.—respondió ella, con la respiración entrecortada, debido a su cercanía.

—Ese beso me ha encantado, y me gustaría repetirlo. Ya sabes, para comprobar si lo que he sentido era de verdad.—dijo él con una sonrisa pícaro en los labios.

Sophia sonrió sin dejar de mirarle.

—¿En serio te gustó?

Aiden asintió.

—Sí. ¿Puedo?

Ella asintió, y a continuación él descendió sobre sus labios. Se besaron, despacio, saboreando el momento, mientras se abrazaban. Enseguida empezaron a besarse con pasión y deseo. Sophia sintió que sus piernas apenas tenían fuerza para sostenerla, y se aferró más a él. Entre sus brazos, se sentía segura y feliz. Se separaron tras el beso, y entonces intercambiaron unas miradas que lo decían todo.

Pocos minutos después, llegaron a la habitación de Aiden, y allí siguieron besándose. Él cerró la puerta tras de sí, sin dejar de besarla. Sophia lo deseaba, y estaba completamente loca de excitación. Para ella, no había nadie más, solo ellos dos.

Empezó a desabrocharle la camisa, mientras él le acariciaba los brazos, la espalda, el trasero. De repente, notó que él se apartaba. Ella se quedó quieta, y vio que iba hacia la puerta a echar el pestillo. Volvió con ella rápidamente.

—Hola otra vez.—dijo, contento.

—Hola.—respondió ella, sonriente.

Siguieron besándose mientras él se desprendía de su camisa. Una vez quedó su torso al descubierto, Sophia empezó a acariciarle el pecho y el vientre. A continuación, él se quitó los calcetines y los pantalones, quedándose solo con sus bóxer puestos.

Sophia empezó a darle besos por el cuello y el torso. Después, giró por detrás de él, y repartió besos por su ancha espalda. Aiden sintió mariposas en su estómago, y una maravillosa sensación de placer. Deseaba besarla por todas partes.

Se sentó al borde de la cama, y la atrajo hacia sí. La agarró, y empezó a darle besos en el cuello y la clavícula, mientras apartaba uno de los tirantes del vestido, para descubrir más piel. Buscó en su espalda la cremallera, y una vez la encontró, empezó a bajarla.

Sophia estaba disfrutando como nunca, cuando alzó la vista, y vio una foto de Liam, que estaba colocada encima de una de las estanterías. De repente, la invadió un enorme sentimiento de culpa. Se apartó de Aiden bruscamente, y se apoyó en la puerta de la habitación. Él la miró, desconcertado.

—¿Qué ocurre?—preguntó, preocupado.

Ella se llevó las manos al pecho, sujetando su vestido.

—Esto no está bien.—afirmó, nerviosa. Él frunció el ceño, pero no dijo nada. Sophia trató de calmarse, pero estaba demasiado excitada—. Se supone que nosotros queremos a Liam y Sarah, y no deberíamos estar haciendo esto.

Aiden se mostró algo molesto, ante el hecho de que ella nombrara a Sarah y Liam justo en ese momento tan íntimo. Por eso, decidió castigarla un poquito. Puso cara inocente, y preguntó:

—¿Hacer el qué?

Sophia lo miró, perpleja.

—Pues hacer el amor.—contestó ella, nerviosa. Estaba decidida a acabar con aquello, pero la visión del torso desnudo de Aiden la distraía—. Vamos a parar esto ahora, antes de hacer una locura. Y haz el favor de taparte.—indicó ella, un poco alterada.

Aiden se estaba riendo por dentro. <<Es simplemente adorable.>>, pensó. Entonces, suspiró.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer?— se lamentó, dibujando una tierna sonrisa. De repente, oyó un suspiro. Observó que Sophia lo miraba, embobada.

—Dios mío, esa sonrisa. —dijo ella, anhelante.

Aiden se rio.

—¿Qué pasa con mi sonrisa?

Ella se puso más nerviosa.

—Pues que es preciosa. ¡Y lo que estás haciendo es provocarme!

Él la miró, fingiendo indignación.

—¿Provocarte?

Ella asintió.

—Sí. Lo que quieres es que me lance a tus brazos y te coma a besos. Porque eso es lo que va a pasar como sigas así.—le advirtió.

En ese momento, él la miró fijamente de manera seductora, y dijo:

—Me encantaría que hicieras eso.

Sophia finalmente se rindió. Dejó caer su vestido sobre sus pies, mostrando su bonito conjunto de lencería de encaje rojo, y se lanzó a los brazos de Aiden, que la recibió encantado.

Volvieron a besarse en los labios apasionadamente. Él le desabrochó el sujetador, dejando al descubierto sus pechos, aunque ella se los tapó con las manos rápidamente, un poco avergonzada.

—No está permitido taparse. —dijo él, mientras la agarraba por las muñecas, y apartaba sus manos.

Ella sonrió con timidez.

—Es que me da un poco de vergüenza. No soy Angelina Jolie, precisamente.

Él besó su cuello.

—No, pero eres Sophia, la única e inimitable. Y es contigo con quien quiero estar ahora.—respondió él, con voz ronca.

Ella finalmente se relajó, disfrutando de sus besos y caricias.

Se tumbaron, y Aiden se puso encima de ella. Empezó a besarla, descendiendo por su clavícula. Llegó hasta sus pechos, y acarició uno de ellos con una mano. Enseguida, sus pezones se pusieron duros, y entonces, él succionó uno de ellos con su boca. Sophia se arqueó, ayudándole a saborearla.

Notó calor por todo el cuerpo, sobre todo, en la zona de su vientre. Él siguió descendiendo, y finalmente, le quitó las bragas de encaje, descubriendo su sexo. Fue entonces cuando volvió arriba, y la besó en los labios.

A continuación, empezó a acariciarla, introduciendo su dedo y moviéndolo dentro de ella. Sophia empezó a gemir y se aferró a él, mientras se entregaba al placer. Él la miraba complacido, mientras crecía su erección. Sophia llegó al clímax, y fue entonces cuando él no pudo más.

Se quitó los bóxer, se puso un preservativo que cogió de la caja que siempre

llevaba, y se introdujo en ella, despacio. Él empezó a moverse lentamente, dejándose envolver por su calidez, su suavidad y su tacto.

Poco a poco, fue aumentando el ritmo, mientras la besaba en los labios, en las mejillas y en el cuello. Sophia se arqueaba con cada una de sus embestidas, agarrándose a su ancha espalda, mientras gemía de placer.

Nada parecía importar ya, ahora que habían decidido dar rienda suelta a sus emociones.

Finalmente, culminaron al mismo tiempo, aferrándose el uno al otro, extasiados.

## Capítulo 15

El canto de un pájaro cerca de la ventana la despertó. Los primeros rayos de sol ya se habían colado tímidamente en la habitación, a través de las finas cortinas. Sophia abrió los ojos, se estiró lentamente, y suspiró. Miró bajo las sábanas y comprobó que estaba desnuda. Después giró la cabeza, y vio a Aiden, plácidamente dormido junto a ella.

No había sido un sueño. Había sido la noche más emocionante y bonita de toda su vida. Sophia se había dado cuenta, por fin, de lo que en el fondo ya intuía. Que estaba completa y perdidamente enamorada de Aiden. Sí, así era.

En esos momentos, era la persona más feliz del mundo. Había encontrado al hombre de sus sueños. Ella siempre creyó que era Liam, pero se había equivocado por completo. Lo más increíble de todo era que estaba segura, de que Aiden sentía lo mismo.

Lo miró, embelesada. Estaba muy guapo, ahí tumbado, con el torso desnudo. Era como un león durmiendo. Una bestia con un corazón tierno. Suspiró mientras lo miraba, enamorada. Se sentía dichosa y afortunada. No había otro como él.

A pesar de que no hizo ruido, Aiden se despertó, y la miró, dibujando una sonrisa en su rostro.

—Buenos días.—dijo aún un poco dormido.

—Buenos días. —contestó ella, sonriente.

Aiden notó como su corazón brincaba de alegría al ver a Sophia ahí tumbada a su lado, tapada solo con la sábana. Se incorporó un poco, y la miró fijamente con ternura.

—¿Has dormido bien?

Sophia se rio.

—¿Dormir? Bueno, he dormido poco después de tanta actividad, pero sí, he dormido bien.

Él la miró, fascinado. De repente, le entraron unas ganas tremendas de repetir lo de anoche, así que se acercó a ella, y la besó tiernamente. A continuación, se puso encima de ella, y empezó a besarla con deseo, mientras le acariciaba los pechos, que habían quedado al descubierto. Sophia se dio cuenta de lo que pretendía, e intentó detenerlo, sin éxito.

—Aiden, ya es muy tarde. Estoy segura de que tu madre está a punto de

venir a despertarnos.—dijo intentando controlar su respiración. Él la besaba el cuello, y no la hizo caso.

—No te preocupes, da tiempo.—respondió contra su cuello, sin apartarse de ella.

En ese momento, llamaron a la puerta. Era Carol.

—Vamos, dormilones, a desayunar. —dicho esto, se alejó de la puerta, y bajó a la cocina.

Aiden resopló, molesto, y se apartó, enfurruñado. Sophia se rio, y le dio un beso en la mejilla.

—Vamos, no te preocupes. Tenemos mucho tiempo.—dijo ella, sonriente.

Él la sonrió, embobado, le dio un rápido beso en los labios, y se levantó de la cama. Sophia contempló el cuerpo desnudo de Aiden en todo su esplendor.

Suspiró con anhelo, y él la sonrió con picardía, mientras se vestía. Ella apartó la mirada, algo avergonzada, y comenzó a buscar algo que ponerse. Él terminó de vestirse, y se dispuso a marcharse.

—Te veo abajo.—dijo, mientras cerraba la puerta tras de sí.

Sophia se quedó sola, y terminó de vestirse, sonriendo, soñadora.

Cuando estaba a punto de irse, se fijó en una foto que había colocada sobre el escritorio. En ella aparecían Sarah y Aiden juntos, tiempo atrás. Al mirarla bien, se dio cuenta de que, evidentemente, hacían una buena pareja.

De repente, se puso seria, y empezó a reconsiderar lo ocurrido. Él estaba enamorado de Sarah, y ese hecho no iba a cambiar por una noche de pasión.

Entonces, sus miedos e inseguridades volvieron a hacer acto de aparición.

Trató de convencerse de que todo había sido fruto de un momento tonto, en el que ambos se habían sentido solos, y se habían dejado llevar por sus instintos más primarios.

Al mismo tiempo, se dio cuenta de que, en realidad, no quería tanto a Liam como pensaba. Quizás desde mucho antes de que esto sucediera. Siempre pensó que él era el hombre de sus sueños, su hombre perfecto, pero claramente, se había equivocado.

Aiden la comprendía y la apreciaba. Con él, era capaz de compartir cualquier cosa. Él hizo que creyera en sí misma, cuando ella era toda inseguridad y miedo. Siempre atento, siempre a su lado. Pero, para su desgracia, otra vez se trataba de un amor no correspondido.

Debía hacer lo correcto, y dejar que fuera feliz con su verdadero amor, aunque le doliera. Ya se ocuparía ella de Liam y de su corazón roto, como siempre había hecho. Respiró hondo, y finalmente, salió de la habitación.

Antes de entrar en el comedor, dibujó una sonrisa, intentando mostrar normalidad, y a continuación, abrió la puerta. Allí estaban Liam, con cara de

pocos amigos y una considerable resaca, Sean, que leía el periódico como cada mañana, Carol, que estaba sirviendo el desayuno, y Aiden, que la miró con una enorme sonrisa. Este la hizo una señal, invitándola a sentarse a su lado, con entusiasmo. A Sophia le dio un vuelco el corazón. Se sentó, y Aiden la miró con ternura, algo que la hizo sonrojarse.

—Me gusta esta atmósfera. Parecéis dos adolescentes.—comentó Carol, sonriente, mientras se sentaba.

—Bueno, es que cuando uno está contento se nota ¿no?—respondió Aiden, risueño, mirando a su madre.

Sophia sonrió, intentando disimular su tristeza, sin éxito. Aiden notó enseguida que algo no iba bien. Entonces, se puso serio, y la preguntó, preocupado:

—¿Te encuentras bien?

Sophia asintió sin mirarle. No tenía la suficiente confianza para enfrentarse a esos bonitos ojos verdes, que tanto le gustaban.

Mientras, Liam la miraba de reojo, con gesto serio. De repente, sus miradas se cruzaron. ¿Por qué tenía ese gesto taciturno que no era propio de él? Más tarde intentaría averiguarlo.

Liam desapareció de su vista después de desayunar, saliendo apresuradamente de la casa. Aiden la invitó a ir a dar un paseo. Poco o nada le importaba adonde fueran, sólo deseaba estar con ella.

Sophia se mostraba pensativa mientras caminaba a su lado. Debía hablar con él sobre lo sucedido la noche anterior, y aclarar la situación.

Ella tenía claro lo que sentía. Estaba enamorada de Aiden, y Liam ya no estaba en sus planes de futuro. A pesar de esto, aceptaba la realidad. Estaba plenamente convencida de que para él solo había sido una aventura de una noche. Solo sexo, nada de amor. Aunque su actitud tierna y risueña con ella, la desconcertaba.

—Creo que debemos hablar.—dijo ella, de repente.

Aiden se puso tenso. No le gustaba cómo sonaba eso.

—Tú dirás.—respondió, en tono serio.

Sophia respiró profundamente, intentando mantenerse serena.

—Lo de anoche fue maravilloso, Aiden.—afirmó ella con emoción en la voz. Él la miró, aliviado, y sonrió tímidamente—. Pero...

En ese instante, él se detuvo, y dejó de sonreír.

—¿Pero? —preguntó, inquieto, mirándola fijamente.

—Se supone que no debió pasar ¿verdad?—preguntó ella, angustiada. Él

iba a responder, pero ella no le dio margen—. Aiden, no pienso arrepentirme de lo que ocurrió entre nosotros. Fue una de las mejores experiencias que he tenido en esta vida. Pero sé que esto es un problema en la situación en la que estamos. Tú quieres a Sarah, y eso no va a cambiar porque hayamos pasado la noche juntos.

Aiden suspiró, y consideró lo que acababa de decir. Por un lado, se sentía feliz y halagado. Para él había sido una experiencia maravillosa, inolvidable.

Sin embargo, una duda lo asaltaba. ¿Todavía, después de lo sucedido, quería a Sarah? Miró a Sophia, que parecía estar a punto de llorar. Por ahora, no tenía una respuesta contundente a esa pregunta.

Sophia le gustaba mucho, pero no estaba seguro de que lo que sentía por ella fuera amor. Suspiró, pensativo, sin saber qué hacer, mientras ella permanecía callada, con la vista puesta en el horizonte que tenían delante.

De repente, oyeron unos gritos. Se giraron, y vieron a Sarah y Liam discutiendo, muy cerca de allí. Parecían estar totalmente fuera de sí.

—Así que, ¿esas tenemos?—gritó Liam.

—¡Sí! De repente, empiezas a pasar de mí, y te dedicas a hablar solo de ella.—respondió Sarah, alterada.

—¿Y tú qué? Hablas constantemente de él. Y bueno, no hablemos de la forma en que lo miras. ¡Te lo comes con los ojos!—afirmó Liam, furioso.

Aiden y Sophia llegaron en ese momento.

—¿Qué está pasando aquí?—preguntó ella, algo nerviosa.

Ambos la miraron, molestos, y fue entonces cuando Sarah soltó la bomba.

—¡Esta boda queda cancelada!—sentenció. A continuación, se alejó de allí, llorando.

Liam no fue tras ella, se quedó allí quieto, enfadado y apretando los puños.

Sophia y Aiden se quedaron paralizados, sin saber qué hacer. Todo ese tiempo habían estado deseando que esto sucediera, y ahora que lo habían conseguido, no sabían cómo actuar. Ella no estaba contenta, como pensaba que lo estaría ante esta situación. Por el contrario, sentía una enorme sensación de culpa.

Liam, de repente, se alejó de ellos calle abajo, dando enormes zancadas, totalmente furioso. Sophia miró a Aiden, que seguía allí, de pie, a su lado, viendo como Sarah se alejaba. Entonces, tomó una dolorosa decisión. Tocó el brazo de Aiden, y dijo con determinación:

—Ahora es el momento de actuar. Ve tras ella. ¡Rápido! —dicho esto, siguió a Liam.

A pesar de sentirse confuso, decidió obedecer, y fue en busca de Sarah. No tardó en encontrarla. Estaba en la puerta de la casa de sus padres, sentada en la

escalera de la entrada, llorando desconsoladamente. Le dio un vuelco el corazón al verla en ese estado. No le gustaba verla triste. La pobre estaba hecha un desastre. Ojos hinchados y rojos, y nariz moqueando. Aiden se sentó a su lado, y puso su mano en su espalda.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó él con ternura.

Sarah suspiró con pesar.

—Es un capullo, Aiden. Ha estado todos estos días hablando de Sophia, y comiéndosela con los ojos. —se giró hacia él. —Se supone que está enamorado de mí, pero estos días no lo parecía. Creo que está enamorado de ella. —dijo angustiada, y abrazándose a Aiden.

Este puso una mueca de tristeza. La culpa lo estaba devorando por dentro. De momento, se limitó a acariciar su pelo, intentando calmarla.

—No pienses eso, anda. Son ideas tuyas. Siempre has tenido mucha imaginación.

Sarah negó con la cabeza, sin separarse de él.

—No, además, hay otro problema.

Aiden frunció el ceño. La agarró por los hombros, la separó de él, y la miró.

—¿Cuál?

Ella lo miró con timidez.

—Creo que también siento algo por ti, Aiden. Se han despertado los viejos fantasmas. Al verte con Sophia, me he puesto muy celosa. Y ya sabes que eso solo significa una cosa. —dijo volviendo a abrazarlo—. Empecemos una nueva vida juntos, solos, los dos. Y dejemos que el estúpido de Liam se muera de celos.

Aiden suspiró, y pensó detenidamente en lo que Sarah acababa de decir. Era lo que siempre había querido, y ahora que lo tenía al alcance de su mano ¿por qué no sentía mariposas en el estómago, ni una sensación de felicidad completa y desbordante?

De repente, las dudas parecieron disiparse como por arte de magia. En otras circunstancias, él habría sido el más feliz del mundo ante semejante situación, pero ahora ya no era así. Y finalmente entendía por qué. Todo estaba claro como el agua.

—Déjame contarte una historia. —dijo, comenzando su relato de todo lo acontecido en aquellos meses.

Liam había llegado hasta un hermoso acantilado, que había cerca de su casa. Le gustaba ir allí a pensar cuando las cosas iban mal. Sophia lo siguió como pudo, y se colocó justo detrás de él. Su amigo contemplaba el horizonte, en silencio. Estaba intentando asimilar lo que acababa de pasar. Entonces, ella, algo nerviosa, decidió hablar.

—Vamos, Liam, estas cosas son normales. Dicen que antes de una boda, los

nervios están a flor de piel. Estoy segura de que si hablas con Sarah, todo se arreglará.—dijo Sophia, en tono conciliador.

Liam suspiró, y se giró para mirarla. Ahí estaba su mejor amiga y su tormento. Tenía un brillo especial en la mirada que él nunca había visto. Y todo era gracias a Aiden, eso estaba claro. Ambos estaban hechos el uno para el otro. Se maldijo varias veces en esos días, al darse cuenta de lo ciego que había estado.

—¿Por qué no me di cuenta antes?—se lamentó.

—¿Darte cuenta de qué? —preguntó, desconcertada.

Liam soltó una suave carcajada.

—De lo que tenía delante de las narices todo el tiempo. —entonces, la miró a los ojos—. Nunca me había dado cuenta de lo preciosa que eres. Siempre habías sido esa amiga que estaba ahí cuando me hacía falta, para lo bueno y para lo malo. Incluso te veía como una hermana. Solía pensar: <<Sophia, no, Sophia es especial. Ella tiene un lugar privilegiado que nunca tendrán otras en mi vida>>. Y ahora me doy cuenta de que debí haberte mirado con otros ojos.

Sophia puso una mueca divertida. Hace pocos días, habría saltado de alegría ante esas palabras. Era lo que siempre había querido. Pero ahora, ya no sentía nada. De hecho, confirmó lo que ya sabía, que Liam no era para ella.

—Contéstame sinceramente. ¿Ha hecho falta que me ponga un poco de maquillaje y un vestido espectacular para darte cuenta de eso?—preguntó con interés.

Liam frunció el ceño, y negó con la cabeza.

—No, es algo más que eso.

Sophia dibujó una media sonrisa.

—Liam, mírame. ¿Qué ves ahora?

Él obedeció, y la miró con atención.

—Te veo a ti. A Sophia. —contestó.

—No he cambiado en todos estos días. Soy la misma, Liam. No hay nada diferente en mí. Soy yo. La divertida, alocada, y torpe Sophia. La que te pasaba a limpio los apuntes, porque tu letra era un desastre. La que te cubría las espaldas con tus ex novias. La que fingió ser tu novia en el concurso de parejas para ganar una tarta gratis. —explicó.

Liam se rio recordando esos momentos.

—Sí, pero hay algo diferente.

Sophia lo miró con ternura.

—Lo que pasa es que, a veces, ansiamos tener algo que otro tiene. Creemos que el césped siempre es más verde en la casa del vecino—suspiró, pensativa—. Aunque sí, hay algo diferente, en eso no te equivocas.

Él se mantuvo en silencio, expectante. Entonces, ella respiró hondo, y dijo:

—Antes de nada, debo hacerte una importante confesión. Durante estos doce años, he estado enamorada de ti.

Liam la miró, sorprendido.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Como una tonta. Y siempre lo oculté, por miedo a perder tu amistad. Y ahí va otra confesión. Nunca fui novia de Aiden.

Liam abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo?—preguntó, desconcertado.

—Lo que oyes. De hecho, quiero terminar esta farsa de una santa vez. Todo esto de estar juntos lo hicimos porque tanto Aiden como yo, que somos un par de estúpidos, estábamos enamorados de vosotros. Aiden de Sarah, y yo de ti. Y se nos ocurrió la estúpida idea de fingir que estábamos juntos, para que os pusierais celosos, y así acabar en la situación en la que estamos ahora.

Liam se llevó las manos a la cabeza.

—¡Joder! ¿Qué demonios?—dijo Liam, enfadado.

Sophia sintió un nudo en la garganta, y tragó saliva.

—Pero ¿sabes lo peor de todo? Que al final, se me ha vuelto en contra, porque he acabado enamorándome de Aiden. —explicó con lágrimas en los ojos.

Liam la miró, y dejó su enfado a un lado. Se acercó a ella, y agarró sus manos entre las suyas.

—Así que, al final...

—Sí, me he enamorado, otra vez, de alguien que nunca me va a querer. ¿Lo ves? Al final todo ha sido un desastre. Vosotros os separáis, y yo acabo enamorada de otro. Un completo y absoluto desastre.—sentenció con tristeza.

Liam secó sus lágrimas con su dedo pulgar, suspiró, y la miró con ternura. No tenía fuerzas para enfadarse con ella. Sophia siempre había estado a su lado, y él le debía mucho. Ahora todo cobraba sentido. Él también había sido un tonto.

—No te preocupes, te prometo que te ayudaré. ¿vale?

Sophia negó con la cabeza.

—No, tú tienes que hablar con Sarah y arreglarlo. Estáis hechos el uno para el otro.

Liam la agarró el rostro, y le plantó un beso en la frente. Entonces, la miró, y dijo:

—Tú quédate aquí. Arreglo todo con Sarah, y luego te ayudo con Aiden.

Sophia negó de nuevo con la cabeza.

—Lo nuestro es imposible. —afirmó con tristeza.

—Confía en mí ¿de acuerdo? —dijo él, decidido.

Ella asintió, aunque no estaba muy segura. Finalmente la dejó allí sola con sus pensamientos.

—Ahora me encaja todo.—dijo Sarah, aún consternada por la historia que le acababa de contar Aiden.

—Sí, y lo peor de todo es que me he enamorado de ella, Sarah. Completa e irremediabilmente.—confesó, abatido.

Ella lo miró con ternura.

—Algo intuía. —dijo con una media sonrisa—. De hecho, siempre he pensado que hacéis una pareja excelente.

—Ya, pero ella no me quiere. Quiere a Liam.—afirmó con tristeza.

Sarah lo miró, dubitativa.

—¿Estás seguro de eso? Porque a mí no me lo parece. De hecho, estoy segura de que ella te quiere a ti.

Aiden la miró, incrédulo.

—¡Ni hablar!—negó con la cabeza.

—Créeme, esas cosas se notan.—afirmó Sarah con absoluta certeza.

Aiden la miró, esperanzado.

—Entonces crees que...

—Debes hablar con ella, Aiden. Estoy segura de que ella tiene tus mismas dudas. Y debéis resolver esto. Mañana quiero que todos seáis felices en mi gran día.—dijo, dando una palmadita en la espalda de él.

Aiden sonrió.

—Así que ¿habrá boda?

Sarah asintió.

—¡Pues claro que sí! Ha sido todo un enorme malentendido. Confusión. Nervios. Estas cosas pasan. No he dicho nada más que estupideces. Y me he dado cuenta de que quiero a Liam, y que siempre le he querido. A pesar de todo.

Aiden se sintió feliz de oír eso. Entonces, suspiró, y se puso en pie, decidido.

—Bueno, será mejor que arregle este embrollo. ¿Hablarás con Liam?

—Sí, descuida. Anda, vete ya.—dijo, animándole con una sonrisa.

Aiden se alejó a toda prisa, dejándola sola.

Minutos después, se cruzó con Liam, que iba en dirección a la casa de Sarah. En un principio, Aiden se puso un poco a la defensiva, ante el gesto serio de su hermano. Pero este enseguida se relajó.

—Ya me ha contado todo. Te está esperando.

Aiden lo miró, serio, y dijo:

—Siento todo lo ocurrido.

Liam negó con la cabeza.

—No importa. Solo te pido que no la hagas daño. ¿De acuerdo?—le advirtió.

—Ni en sueños la haría daño.—aclaró Aiden. Dicho esto, se alejó rápidamente de allí.

Liam y Sarah se encontraron finalmente. Después de unos pocos minutos, los futuros novios se reconciliaron con un apasionado beso.

Sophia miraba el horizonte, ya con las lágrimas secas. Estaba expectante, y no sabía qué esperar. Confiaba en tener la fuerza suficiente para declararse, y al mismo tiempo, afrontar la negativa de Aiden. Este llegó justo en ese momento, y se quedó mirándola. Él también estaba nervioso. No recordaba haberse sentido tan vulnerable nunca. Solo esperaba que ella lo rechazara con delicadeza.

—Hola.—dijo, por fin.

Sophia se giró, y lo miró.

—Hola.—respondió, nerviosa.

Él se acercó a ella, despacio.

—Esos dos ya se han reconciliado.

Ella asintió.

—Estupendo. Así podré estrenar el vestido.—dijo, intentando relajar el ambiente, que estaba algo tenso.

Aiden sonrió, nervioso.

—Sí. Es genial.

Se metió las manos en los bolsillos, y se balanceó sobre sus talones. Sophia lo miraba, y estaba empezando a hartarse de tanta timidez. Por eso, decidió soltarlo todo de una vez.

—Aiden, sé que lo que te voy a decir, seguramente, sea problemático, pero es que no aguanto más. Me gustas. Bueno, no, de hecho... Ay, madre, estoy muy nerviosa.—respiró hondo, mientras él la miraba, emocionado y expectante —. Aiden, te quiero, y estoy enamorada de ti. Solo quería decírtelo para que lo supieras. No pasa nada si no me quieres, no estás obligado a...—no pudo decir más.

El apasionado beso que Aiden la estaba dando, mientras la rodeaba con sus brazos, la impedía hablar. Entonces, dejó de besarla, y dijo, emocionado:

—Te quiero, Sophia. Has conseguido robarme el corazón, sin darme apenas cuenta. Y quiero que sepas que para mí, lo de anoche fue maravilloso, y espero poder repetirlo muchas veces el resto de mi vida. Porque solo quiero estar contigo.

Sophia sonrió.

—¿De verdad? ¿Hablas en serio?

Aiden asintió, energético, y la miró, embelesado.

—Estoy locamente enamorado de ti.

En ese momento, Sophia se puso de puntillas, le rodeó la nuca con sus brazos, y lo atrajo hacia ella. Entonces, lo besó apasionadamente.

—Tengo una idea.—dijo ella, sin dejar de abrazarlo.

—¿Cuál?—preguntó él.

—¿Qué te parece si, a partir de ahora, estos dos corazones rotos y solitarios pasean por la vida juntos?

—Me encanta esa idea.—respondió él, sonriente.



Al día siguiente, todos se levantaron temprano para prepararse para el gran día. Sophia se puso aquel precioso vestido, que se había comprado para la ocasión. Se miró en el espejo unos instantes antes de bajar las escaleras. Se sentía hermosa y feliz. No podía pedirle más a la vida en esos momentos.

Bajó las escaleras, y se encontró con Liam al pie de ellas. Intercambiaron unas miradas de complicidad, y este sonrió.

—Estás preciosa, Sophia. Menuda suerte tiene Aiden.

Ella sonrió tímidamente.

—¡Vamos! No es para tanto. Además, tú tampoco puedes quejarte.

Liam asintió.

—Sí, en eso tienes razón. Aun así, estoy muy nervioso.

Sophia se acercó a él, y lo miró con ternura.

—Todo saldrá bien. Es normal sentir vértigo. Pero, de verdad, estoy convencida de que todo irá estupendamente. Piensa que por fin estarás con la mujer de tus sueños. Ese privilegio no lo tiene todo el mundo. Vais a ser muy felices, ya lo verás. —afirmó, guiñándole un ojo.

Liam sonrió en respuesta. En ese momento, sintió una enorme sensación de orgullo por tener una amiga tan especial. Y encima, ahora iba a ser parte de la familia. ¿Quién se lo iba a decir hace doce años?

De repente, Sophia oyó un sonoro silbido a su espalda. Se giró, y vio a Aiden mirándola de arriba abajo, fascinado.

—¡Madre mía! ¡Menudo bombón!

Ella se rio.

—Gracias.

Aiden se acercó despacio, con una mirada seductora que casi la deja sin respiración. Y cuando llegó hasta donde ella estaba, le dio un tierno beso en la mejilla. Entonces, miró a su hermano.

—Bueno, será mejor que nos vayamos, o si no me entrarán ganas de hacer otra cosa.—dijo, mirando a Sophia con picardía.

Ella se ruborizó, y sonrió con timidez, mientras Liam ponía los ojos en blanco.

—Estos tortolitos... Vamos, anda, no quiero llegar tarde en mi gran día. —dijo.

La ceremonia fue maravillosa. Sarah estaba preciosa con su vestido de novia, de corte medieval y con escote en forma de uve. Era una novia radiante y sonriente, y Sophia se sintió tremendamente feliz por el hecho de ver que, al final, nada había salido como lo había planeado. Observó a los novios, que se miraban con ternura. Aquellos dos estaban hechos el uno para el otro.

Durante el banquete, las conversaciones se sucedieron. Los invitados bailaron, charlaron, rieron y se emocionaron.

Sarah y Sophia tuvieron ocasión de hablar durante un largo rato sobre todo lo sucedido.

—De verdad, siento mucho todo lo que pasó. —dijo Sophia con el sentimiento de culpa aún latente.

Sarah negó con la cabeza.

—Está todo olvidado. Además, si te soy sincera, entiendo por qué lo hiciste. Yo me sentí igual durante muchos años. La frustración es muy mala consejera ¿sabes? Y muchas veces tenemos una idea fija en la cabeza, que nos impide ver lo que tenemos justo delante. Yo siempre tuve a Liam, pero me empeñaba en conseguir a Aiden. Hasta que me dejé llevar, y le di una oportunidad. Como verás, al final, todo ha salido mejor de lo que esperaba. Ahora solo deseo, que Aiden y tú seáis felices. Que lo seréis, de eso estoy completamente segura. Desde el principio, noté la química que había entre vosotros.

Sophia alzó la mirada, y vio a Aiden a lo lejos, riendo y charlando con unos amigos. Sonrió, embelesada. ¿Era posible sentir tanto amor por alguien?

—Sí, siempre supe que algo había, pero prefería no verlo. Menos mal que me he dado cuenta a tiempo. —suspiró con alivio.

Pasadas unas horas, después del baile, llegó el momento de despedir a los novios. Sarah anunció que había llegado la hora de lanzar el ramo, y así saber quién sería la próxima en casarse. Sophia, que estaba con Aiden en ese momento, no tenía el menor interés en participar.

—Venga, si es por hacer la gracia.

Sophia negó con la cabeza.

—No, es una tontería. Además, no creo en esas cosas. No soy supersticiosa, ni nada de eso.

Aiden la miró, divertido.

—¿Es que tienes miedo?—preguntó, desafiándola.

—Sí, claro. Miedo ¿yo? Además, no me va a tocar. —comentó, divertida.

—Ya, ya. No te atreves, lo entiendo.—dijo Aiden como si nada.

Sophia puso los ojos en blanco, y suspiró, cansada.

—De acuerdo. Intentaré coger el ramo. —dijo.

Sarah lanzó el ramo, y este voló unos metros. Todas estaban como locas por cogerlo, incluso llegando a darse empujones, intentando atraparlo. Sophia estaba colocada algo lejos del grupo, y no puso demasiado interés en el asunto.

Se giró y miró a Aiden, diciéndole mentalmente: <<¿Lo ves? A mí nunca me toca nada>>. Pero, de repente, notó que algo caía a sus pies. Miró hacia abajo, y vio el ramo. A continuación, lo cogió del suelo.

Todas se giraron hacia ella y la aplaudieron, aunque algunas parecían estar perdonándole la vida con la mirada. Aiden se empezó a reír a carcajadas, mientras se ponía a su lado.

—Estoy alucinando ahora mismo.—dijo mirando el ramo, sorprendida.

Aiden colocó su brazo sobre sus hombros.

—Bueno, esto debe ser una señal ¿no crees? —comentó con aire enigmático.

Sophia se encogió de hombros.

—No sé si es una señal o no. Lo único que sé, es que ya tengo todo lo que siempre quise. —afirmó, mirándolo, embelesada.

En esos momentos, no sabían lo que les depararía el futuro. Lo único cierto era que el destino les había puesto en el mismo camino, y querían averiguar si para ellos también habría un final feliz. A partir de ahora, comenzaba su propia historia.

## Epílogo

Dublín, dos años más tarde.

Era principios de agosto. Esa noche, en la que el cielo estaba despejado, se produciría un fenómeno muy especial, un hermoso espectáculo. Se trataba de las Perseidas, también conocidas como Lágrimas de San Lorenzo.

Sophia estaba en el jardín de su casa, mirando al cielo, mientras acariciaba su alianza. Estaba esperando a que Aiden le trajera una chaqueta, pues hacía un poco de frío esa noche.

—Ya estoy aquí. Toma. —dijo él detrás de ella, mientras la ayudaba a ponerse la chaqueta.

Una vez tuvo la chaqueta puesta, se dio media vuelta, se puso de puntillas, y le dio un tierno beso a Aiden en los labios.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa.

Volvió a ponerse en la posición en la que estaba antes, y fijó su vista en el cielo. A pesar de llevar la chaqueta puesta, aún tenía un poco de frío, y empezó a frotarse las manos, intentando entrar en calor.

Aiden, al verla, la abrazó, dándole a continuación un beso en la mejilla. Ella, por supuesto, recibió el gesto encantada, y colocó sus manos sobre sus antebrazos.

Muchas cosas habían pasado, desde que nuestra entrañable pareja empezó su historia de amor. Después de regresar de Kinsale, se compraron una casa en Dublín, y se fueron a vivir juntos.

La convivencia no mató su amor, al contrario, demostró que, a pesar de sus diferencias, seguían siendo la pareja perfecta. Como todo iba tan bien, Aiden decidió dar un paso más, y hace un año, le pidió a Sophia que se casara con él.

La proposición tuvo lugar en el pub O'Neal, un lugar especial para ambos, ya que fue donde se conocieron. Aiden le regaló un anillo de plata, con la forma de dos manos sosteniendo un corazón. Todo un símbolo de su amor y entrega. Sophia aceptó sin dudarle, y se casaron dos meses más tarde en una preciosa y emotiva ceremonia celebrada en Kinsale.

Mientras miraba al firmamento, la mente de Sophia voló a otra parte, hasta un lugar lejano en el tiempo. Estaba en el pub O'Neal, aquella noche de hace casi tres años, sentada, comiendo tarta de chocolate, hecha un mar de lágrimas.

Aiden estaba sentado justo a su lado. Cruzaron sus miradas. Sophia nunca lo había visto antes, pero recordó que sintió una extraña sensación cuando se encontraron. En ese instante, supo que su vida no volvería a ser la misma.

Dos corazones rotos que se encontraron una noche en un pub, y acabaron sentados juntos, contándose sus penas. Sophia sonrió al recordarlo. ¿Quién le iba a decir en aquel entonces, que todo tendría un inesperado final feliz?

Mientras, Aiden recordaba otra cosa. Aquella charla con su hermano, doce años atrás, y esa frase que le dijo sobre ella: <<Estoy convencido de que, si la conocieras, se te metería en el corazón y no podrías olvidarla.>>

Aiden sonrió. Su hermano acertó de pleno. No solo se había metido en su corazón, sino que, sabía con certeza, que su vida no sería la misma sin Sophia.

—He estado pensando en algo. —dijo, de repente.

Sophia se giró un poco, y sus miradas se encontraron.

—¿En qué? —preguntó ella con curiosidad.

—Ahora entiendo por qué nunca me enamoraba de nadie. De hecho, ni siquiera estuve enamorado de Sarah, ahora que lo pienso.

—¿En serio?

Aiden asintió.

—Sí. Y sé cuál es la razón.

—¿Y cuál es? —preguntó ella con interés.

Él la miró con ternura, y declaró:

—Siempre estuve esperándote.

¿Te ha gustado mi novela? Entonces, por favor, no olvides dejar tu reseña en Amazon o en Goodreads. Tu opinión es importante.

**SOBRE LA AUTORA**

**Andrea Muñoz Majarrez** (Madrid, 1987) es escritora y traductora. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid, y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Es autora del libro de relatos **Corazones rebeldes** (Amazon, 2017), y de la novela **Charlotte Beverly** (Penguin Random House, 2018). Además de escribir y ejercer como traductora, colabora en el canal de YouTube *Retrolocatis*, hablando sobre videojuegos, entre otros muchos temas. Si quieres saber más sobre esta autora, visita su página oficial: [corazonrebelde.com](http://corazonrebelde.com).

[1] Traducción del inglés: Taller O'Brien.

[2] Manga creado por la mangaka japonesa Aya Nakahara.

[3] Trastorno psicológico temporal que aparece en la persona que ha sido secuestrada. Consiste en mostrarse comprensivo y benevolente con la conducta de los secuestradores e identificarse progresivamente con sus ideas, ya sea durante el secuestro o tras ser liberada.

[4] Barreiros Diesel S.A. fue una empresa española del sector del automóvil, fundada por Eduardo Barreiros. Tuvo sede en Madrid, y estuvo activa entre 1954 y 1978.

[5] Serie de manga y anime japonés sobre carreras de coches, creada por Shuichi Shigeno.

[6] Traducción del inglés: Los geeks lo hacen mejor. El término geek en inglés hace referencia a los aficionados al cine de ciencia ficción, el cómic, los videojuegos y/o las nuevas tecnologías.

[7] Fundador de la marca automovilística italiana Ferrari.

[8] Hace referencia al Museo del Transporte de Coventry (Coventry Transport Museum).